

# LOS GUÁIMAROS Y EL TAPÓN

La masacre invisible

Asociación de Luchadores  
por la Verdad y la Justicia  
de Los Guáimaros

Dejusticia





# LOS GUÁIMAROS Y EL TAPÓN, LA MASACRE INVISIBLE

## Por Dejusticia:

Carolina Gutiérrez Torres  
Alejandro Jiménez Ospina  
Irina Junieles Acosta

## Por la comunidad de familiares de las víctimas de la masacre de Los Guáimaros y El Tapón:

Luz Estela Barrios Flórez  
Milena Barrios Flórez  
Adalberto Barrios Serrano  
Carmen Sofía Barrios Serrano  
Isaías Barrios Serrano  
Marlyn Barrios Serrano  
José Joaquín Barrios Serrano  
Ernesto Blanco (+)  
Casta Isabel Cantillo Roa  
Elizabeth Campo Herrera  
José Carlos Contreras Lang  
José Luis Contreras Lang  
Alicia Esther de la Rosa de Luna  
Dolores García Sierra  
Carmen María Herrera Barrios  
Jennifer Herrera Sánchez

Sergio Herrera Sánchez  
Elizabeth Lang Vergara  
Adriana Luna de la Rosa  
Alicia Luna de la Rosa  
Magola Luna de la Rosa  
Mariana Luna de la Rosa  
Rodolfo Luna de la Rosa  
Yamidt Luna de la Rosa  
Janeth Meléndez  
Yesica Meléndez Cárdenas  
Otto Mercado García  
Alan Mercado García  
Gloria Ortega Hernández  
Gina Ortega Pardo  
Enith Pardo de Ortega  
Lucila Quintana Luna

Liz Karina Ramírez Barrios  
Rider Ramírez Barrios  
Elsa Josefa Sánchez Barrios  
Ana Marcela Santana  
Julio Santana Manjarrez  
María Alejandra Santana  
Rafael Gustavo Santana Serrano  
Alicia Serrano de Santana  
Anabel Serrano Castillo  
Amira Serrano Muñoz  
Yurleidys Tapia Campo  
Ana Zenaida Yepes Sánchez  
Luis Yepes Muñoz  
Luz Marina Yepes  
Mercedes Yepes Muñoz



ISBN 978-958-5441-47-7 versión digital  
ISBN 978-958-5441-46-0 versión impresa

Ilustraciones  
**Rafael Posso Parra**

Fotografías  
**Luis Gabriel Salcedo**  
excepto páginas 48 y 64 que son  
de archivos familiares particulares

Revisión de textos  
y preparación editorial  
**Diego Alberto Valencia**

Ilustración cubierta  
**Tobías Arboleda**

Cubierta  
**Alejandro Ospina**

Impresión  
**Ediciones Antropos**

Primera edición  
**Bogotá, D.C., Colombia, agosto de 2018**

Este texto puede ser descargado gratuitamente en

<https://www.dejusticia.org>



Creative Commons Licence 2.5  
Atribución – No comercial – Compartir igual

Dejusticia  
Carrera 24 # 34 – 61, Bogotá, D.C., Colombia  
Teléfono: (571) 608 3605  
[www.dejusticia.org](http://www.dejusticia.org)

# Contenido

**AGRADECIMIENTOS / 7**

**DÉCIMAS PARA EL DOLOR DE UN PUEBLO / 9**

**Rafael Posso Parra**

**INTRODUCCIÓN / 11**

**PARTE UNO**

**LOS GUÁIMAROS Y EL TAPÓN: LA MASACRE INVISIBLE / 15**

**Irina Junieles Acosta**

**PARTE DOS**

**QUINCE VIDAS / 31**

**PARTE TRES**

**RUTAS JURÍDICAS POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA / 93**

**Alejandro Jiménez Ospina**

**SOBRE LOS AUTORES / 107**

*En homenaje al señor Ernesto Blanco, quien con sus últimos alientos reconstruyó la vida de su hijo, Roberto Carlos Blanco Rodríguez, esperando una verdad que no alcanzó a conocer.*

# AGRADECIMIENTOS

## *Agradecimientos de la Asociación de Luchadores por la Verdad y la Justicia de Los Guáimaros*

A todos aquellos que nos han apoyado para salir adelante.

A quienes en Montes de María han estado con nosotros: Colectivo de Comunicaciones Línea 21 de Montes de María (Soraya Bayuelo), a Rafael Posso Parra por los dibujos que realizó para homenajear a nuestros seres queridos, a la comunidad de Mampuján (Juana Ruiz), al Espacio Regional de Construcción de Paz de los Montes de María, a la Normal Superior Montes de María, a la profesora Betty Sánchez Serrano, al señor Licinio Herrera Campo, y a los jóvenes del programa radial de San Juan Nepomuceno.

A los estudiantes y profesores de universidades que en un momento u otro nos han acompañado: Universidad San Buenaventura, Universidad Tecnológica de Bolívar, Universidad Jorge Tadeo Lozano - Seccional Caribe y Universidad de Cartagena.

A las instituciones: Alcaldía Municipal de San Juan Nepomuceno, Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Unidad para las Víctimas, Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos – Sede Barranquilla, y de manera especial por su trabajo comprometido a Ivonne Díaz y Juliana Poveda.

Al centro de estudios Dejusticia, especialmente a Irina Junieles, Carolina Gutiérrez, Alejandro Jiménez y Diana Guiza. A los medios de comunicación en los que hemos tocado puertas y que nos han ayudado a salir del olvido.

### *Agradecimientos de Dejusticia*

A la comunidad de luchadores y luchadoras por la verdad y la justicia de Los Guáimaros y El Tapón, por su valentía para enfrentar el pasado, el presente y el futuro, y por su resiliencia, la cual abre la esperanza de superar el conflicto armado que ha amenazado con destrozar este país.

A Rafael Posso por las bellas ilustraciones en las páginas internas del libro, construidas a partir de las historias sobre los ausentes. A Tobías, por la maravillosa ilustración de la portada, que representa lo que la comunidad soñaba ver allí. A Luis Gabriel Salcedo, por las impactantes fotografías que recogen los rostros de las familias. A los profesores Santiago Burgos, Elvis Martínez y Augusto Otero, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional del Caribe, por su apoyo con las entrevistas iniciales.

A la Defensoría del Pueblo y a la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, que nos han permitido acompañar ejercicios pedagógicos sobre justicia transicional para las familias de Los Guáimaros y El Tapón.

A Cheryl Morris y Larisa Zehr, que participaron en el proceso de edición final del libro; a los compañeros y compañeras de Dejusticia, que nos leyeron y nos dieron sus recomendaciones; a nuestro director, César Rodríguez; a Vivian Newman; a Elvia Sáenz y al equipo administrativo por todo su apoyo y colaboración.

*Irina, Carolina y Alejandro*

## **Décimas para el dolor de un pueblo**

*Guáímaros dolor de un pueblo  
Reclama luz y verdad  
Que cese la impunidad  
Licencia Dios para verlo  
Es un derecho saberlo  
Nadie la ha reconocido  
Quieren echarla al olvido  
Es la masacre invisible  
El sueño no es imposible  
Florece nuestro tejido.*

*Hoy todos nos abrazamos  
Alma vida y corazón  
No olvidamos El Tapón  
Somos caminos hermanos  
Nos estrechamos las manos  
En aquel verde imponente  
Majestuoso está presente  
Simbolizando esperanza  
Enramadas de confianza  
De un espesor reluciente*

*Fuerza, justicia y unión  
Superan impunidades  
Enigmas, dudas, maldades  
Crimen, dolor y desazón  
Fortalece el corazón  
Surgen verdades ocultas  
El odio cruel lo sepultas  
Con el nuevo renacer  
Ver un claro amanecer  
Pues las penas catapultas*

*Reconciliarnos queremos  
Saber a quién perdonar*

*Aquella mano estrechar  
Porque en la paz sí creemos  
De los paisajes hablemos  
De la libertad del campo  
Que no se derrame llanto  
Ni una gota más de sangre  
Que el corazón se desarme  
Que se escuche nuestro canto.*

Rafael Posso Parra\*

\*San Juan Nepomuceno. Artista y comprometido luchador por la defensa de los Derechos Humanos, trabaja por la reconciliación de la región de Montes de María. Autor de numerosas canciones, décimas y obras artísticas, entre ellas, las ilustraciones internas del libro *Del ñame espino al calabazo, objetos que despiertan memorias*, publicado en 2015 por el CNMH, a partir de la iniciativa y el trabajo de la Asociación de Víctimas de la Masacre de Las Brisas (11 de marzo de 2000), que dio lugar a la sentencia de Justicia y Paz del caso “Mampuján, Las Brisas y San Cayetano”.

## INTRODUCCIÓN

Los días 30 y 31 de agosto de 2002, 15 personas fueron asesinadas en las fincas Los Guáimaras y El Tapón, ubicadas en zona rural del municipio de San Juan Nepomuceno, Montes de María bolivarenses. El primer día fueron torturados y masacrados en las fincas ocho campesinos, oriundos de la región, reconocidos por su laboriosidad en los trabajos del campo y la ganadería. El segundo día, un grupo de siete personas, entre familiares, compadres y amigos de las primeras víctimas, partieron de la cabecera municipal de San Juan en búsqueda de los cuerpos y en el camino encontraron la muerte.

En los últimos años Dejusticia ha venido analizando los procesos de Justicia y Paz, el Marco Jurídico para la Paz, la Ley de Víctimas y, actualmente, el Acuerdo Final de Paz, con el fin de aportar a la discusión nacional sobre mecanismos de referendación, judicialización, penas alternativas y comisión de la verdad; siempre con la óptica de una justicia distributiva y unas reparaciones transformadoras. En nuestro trabajo regional, que busca contribuir a la implementación de los acuerdos de paz con enfoque en las víctimas, conocimos el reclamo de los familiares de las víctimas de Los Guáimaras y El Tapón por el olvido en el que han permanecido.

Esta masacre es la tercera con mayor número de víctimas en el departamento de Bolívar, después de las ocurridas en los corregimientos de El Salado y Macayepo en El Carmen de Bolívar, ubicados también en la subregión de Montes de María. Sin embargo, hasta la fecha de publicación de este libro, ningún actor armado se ha adjudicado los hechos; así mismo, 16 años después, las autoridades de investigación

tampoco han avanzado en el proceso de identificar y judicializar a los responsables. Además, los hechos han sido escasamente difundidos en los ejercicios de memoria, permaneciendo “invisibles” y sin que se reconozca su impacto para la sociedad.

La idea de un libro que hiciera memoria de las 15 víctimas, reconstruyendo sus historias de vida a través de la mirada de sus familiares, nació de la propia comunidad. Las familias han sentido siempre la necesidad de contar quiénes eran sus seres queridos, más allá de una cifra o de un listado de nombres. Pero además, quieren que se sepa cómo esa partida violenta y repentina cambió sus vidas y sus destinos.

*Que los conozcan a ellos. Que se sepa que fueron ejemplo para su familia y que no se fueron de esta vida porque quisieron sino porque otros se la arrebataron. Que se sepa cómo fue la vida de nosotros cuando ellos se fueron. Que Colombia se entere de esta masacre para que esto no vuelva a repetirse. Queremos saber la verdad.* Esto respondieron los familiares cuando apenas estábamos construyendo las bases para este libro y les preguntamos qué querían encontrar en él.

El siguiente paso fue realizar una serie de entrevistas a profundidad en las propias casas. Nos reunimos alrededor de un café, de un álbum fotográfico y de innumerables recuerdos, para construir juntos los perfiles de sus seres queridos. En estos encuentros se desempolvaban anécdotas, historias y remembranzas, que ayudaron a perfilar la vida de esas 15 personas.

En las facultades de comunicación o de cine del país es común escuchar que el género del perfil o de la biografía son exclusivos para personajes extraordinarios y sorprendentes; que esas son las historias que vale la pena contar. Nosotros y las familias nos aventuramos a perfilar a 15 hombres con vidas comunes y corrientes: hombres trabajadores, hombres de campo, hombres de familia. Y el resultado fue una serie de relatos llenos de cotidianidad, de nostalgia y de humanidad, que nos reafirmaron que cualquier persona, que cualquier vida, es un universo digno de ser contado.

En junio volvimos a reunirnos para revisar los detalles de cada texto y para nutrirlo con nuevos paisajes humanos, hasta que cada uno de los involucrados se sintió satisfecho con lo producido. Así, en el proceso de creación de este libro, los seres queridos de quienes murieron en Los Guáimaras y El Tapón son coautores del segundo capítulo, que es el centro de esta publicación. También se construyeron colectivamente el nombre y la portada del libro. En un ejercicio creativo, decidieron llamarlo *Los Guáimaras y El Tapón, la masacre invisible*, porque querían llamar la atención y, al mismo tiempo, romper el silencio de tantos años; que todos conocieran lo que pasó y lo que no puede volver a pasar.

Y, juntos, eligieron para la portada la imagen de un campesino mirando al campo, a los Montes de María, porque la zona rural de San Juan Nepomuceno es una parte esencial de ellos y de lo que fueron sus seres amados. Hay, además, un árbol que representa los lazos que se han creado entre los familiares de los 15 caídos, en la búsqueda de la memoria, la reparación y la verdad; un árbol frondoso, que sigue creciendo y fortaleciéndose, como ellos mismos lo están haciendo en la asociación que crearon, a la cual han llamado Asociación de Luchadores por la Verdad y la Justicia de Los Guáimaros. Y en el cielo, 15 pájaros que representan cada una de esas vidas que fueron segadas, pero que se resisten al olvido.

El primer capítulo del libro presenta un reportaje introductorio para el lector, entregándole un breve contexto de los Montes de María, de San Juan Nepomuceno y del sector rural donde ocurrió la masacre. Asimismo, luego de recuperar notas de prensa de la época y de realizar entrevistas a familiares de las víctimas y a otras personas cercanas al caso, se construyó una cronología de los hechos, la cual sirve de marco a los perfiles que van en el segundo capítulo y que hemos descrito arriba.

Para finalizar, en el tercer capítulo, nos volvemos testigos del esfuerzo de los familiares de las víctimas por rescatar la memoria y de su capacidad de organizarse para lograr ese objetivo. Además, planteamos un análisis jurídico de las rutas que podría tomar este caso en la justicia ordinaria y en la justicia transicional, para aventurar un escenario de las posibles acciones que pueden sobrevenir para garantizar escenarios de justicia, verdad, reparación y no repetición. Esperamos que el análisis también les sirva a otras personas que tienen casos semejantes sin resolver.

# CRONOLOGÍA Y PARENTESCOS MASACRE DE LOS GUÁIMAROS Y EL TAPÓN 2002

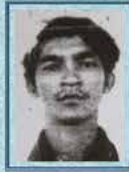
Hecho 1. Día 1. 30 de agosto  
Finca Los Guáimaros



Francisco  
Contreras Lang



Eugenio  
Mercado García



Joaquín  
Ortega Hernández



Sergio Luis  
Herrera Barrios



Manuel de Jesús  
Yepes Muñoz

Hecho 2. Día 1. 30 de agosto  
Finca El Tapón



José Manuel  
Tapia Pájaro



Danilson Danid  
Cantillo Meléndez



Eberto  
Meléndez Martínez

← Sobrino  
Tío →

Hijo  
Padre

Tío de la esposa de Rider

Hecho 3. Día 2. 31 de agosto  
Finca Los Guáimaros  
Familiares y amigos van en busca de sus seres queridos

Esposo de la sobrina de Manuel



José Luis  
Contreras Ardila



Rider  
Ramírez Cantillo



Rafael Benito  
Barrios Serrano

Cuñados

Compadres



Manuel Joaquín  
Luna Barrios



Andrés José  
Romero Quintana



Roberto Carlos  
Blanco Rodríguez



Rafael Gustavo  
Santana Manjarrez

## PARTE UNO

# LOS GUÁIMAROS Y EL TAPÓN: LA MASACRE INVISIBLE

*Irina Junieles Acosta*

Durante tres días unos helicópteros militares rompieron el silencio que se había instalado en San Juan Nepomuceno, Bolívar, desde que se conoció la noticia que cambió la vida a muchos habitantes de este pueblo: 15 personas habían sido asesinadas en las fincas Los Guáimaros y El Tapón, los días 30 y 31 de agosto de 2002.

El 1 de septiembre de ese año, los helicópteros transportaron al pueblo los cuerpos de José Manuel Tapia, Eberto Meléndez y Danilson Cantillo, tres campesinos que fueron torturados y asesinados en una zona rural. Tres días después, el ruido de los rotores alertó nuevamente a la población: un helicóptero llegaba con los cadáveres de José Contreras, Rafael Barrios, Roberto Blanco, Manuel Luna, Rider Ramírez, Andrés Romero y Rafael Santana.

El último día, el 5 de septiembre de 2002, arribaron los cuerpos de Francisco Contreras, Sergio Herrera, Eugenio Mercado, Joaquín Ortega y Manuel Yepes. Todos llegaron colgando de las aeronaves en bolsas negras y en un alto grado de descomposición, por lo que el pueblo completo se impregnó con ese olor a muerte.

A pesar del desconuelo y el dolor de los deudos, la incertidumbre más cruel había pasado. Los cuerpos de las 15 víctimas que dejó la incursión de un grupo

armado ilegal hasta ahora desconocido, estaban de regreso a casa con sus familiares; de vuelta a un pueblo que pasó de la consternación al luto.

## CONFLICTO EN LOS MONTES DE MARÍA

San Juan Nepomuceno es uno de los ocho municipios de Bolívar que, junto a otros siete del vecino departamento de Sucre, conforman la subregión de los Montes de María, en el Caribe colombiano. Los demás municipios por Bolívar son María La Baja, El Guamo, Zambrano, Córdoba, San Jacinto y El Carmen de Bolívar. Por Sucre están Chalán, Colosó, Morroa, Ovejas, Toluviejo, Los Palmitos, San Onofre y San Antonio de Palmito. Hasta el año 1966, estos dos departamentos constituían una sola unidad administrativa territorial conocida como el Bolívar Grande.

De acuerdo con estudios del Banco de la República, dos quintas partes de la población montemariana viven en el campo, y la subregión continúa considerándose una despensa agrícola a pesar de las transformaciones en el uso del suelo de los últimos 20 años. Es posible que hayan cambiado muchas cosas después de la enorme ola de desplazamiento forzado que dejó el conflicto armado, pero será el censo de 2018 el que diga con mayor certeza cuáles son hoy las características de esa zona rural.

Los Montes de María son un cruce obligado entre el río Magdalena y el Golfo de Morrosquillo, en el Mar Caribe, y se sitúan a medio camino entre el departamento del Cesar y la subregión del Urabá. Se trata de una zona-corredor estratégica para el tránsito de personas, animales y productos, que históricamente ha sido codiciada por actores del conflicto armado colombiano. Su privilegiada posición geográfica contrasta con sus altos índices de pobreza y analfabetismo y, en general, con un Índice de Desarrollo Humano inferior al promedio nacional, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

En el último siglo, el primer embate que sufrieron los pobladores rurales de los municipios de Montes de María provino de la guerrilla. Desde los años 60 estos grupos hicieron presencia en la zona, y aunque las organizaciones campesinas de la época intentaron desmarcarse de su influencia, la violenta incursión de la insurgencia tuvo un alto costo político para las comunidades.

Entre los años 1990 y 2000 la situación empeoró. En un principio, la acción de tres grupos guerrilleros (FARC-EP, ELN y ERP) dio lugar a frecuentes combates con la fuerza pública, que dejaron en medio a la población civil y abrieron paso a las primeras formas de autodefensas. Posteriormente se consolidó el ingreso de narcotra-

ficantes y grupos paramilitares, los cuales dominaron el territorio y fueron decisivos para elevar el nivel de la confrontación, la violencia, la corrupción y deteriorar los gobiernos locales.

Los grupos paramilitares sembraron una estrategia de control con las masacres que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), en el informe *¡Basta Ya!*, llama “Tierra Arrasada”, “pues generaron desplazamientos masivos en las zonas de retaguardia guerrillera, lo que, en consecuencia, dejó a los insurgentes débiles y aislados”. Agrega que esta “modalidad de exterminio fue complementada con una estrategia política de incidencia nacional. En ella, las grandes masacres contra la población civil se presentaron ante la opinión pública como golpes destinados a combatir y desmoralizar la guerrilla”. Como ejemplo proponen las masacres de los Montes de María: El Salado (Bolívar), en febrero de 2000, que dejó 60 víctimas; Chengue (Ovejas, Sucre), el 17 de enero de 2001, con 35 víctimas; Macayepo (El Carmen de Bolívar, Bolívar), el 16 de octubre de 2000, con 17 víctimas; y Las Brisas (San Juan Nepomuceno, Bolívar), el 11 de marzo de 2000, con 12 víctimas.

Luego, en el 2005, vendría la desmovilización paramilitar en todo el país y, en el 2007, la derrota militar de las FARC-EP, que despejó a los Montes de María de actores armados formales. Sin embargo, quedaron las huellas de la guerra, entre otras, el deterioro de lazos sociales, la desmembración de grupos familiares, la desconfianza en el Estado, la destrucción de la infraestructura social de las comunidades rurales, el despojo de tierras, el cambio en el uso del suelo y el desarrollo local truncado.

## EL TAPÓN: TRES VIDAS

Han pasado casi 16 años desde que Yurleydis Tapia perdió a su padre José Manuel en aquella masacre. Hace un año, la joven, de piel clara y ojos expresivos, se percató de que el rostro de José Manuel comenzaba a borrarse de su memoria. Preocupada, visitó a una de sus tías y consiguió la única foto que la familia tiene de él, en la que se ve a un hombre joven que mira fijamente a la cámara.

Mientras cuenta su historia, Yurleydis encoge el rostro, sus ojos brillan, sonrío tímidamente y se acaricia el brazo derecho, en el que puede verse un tatuaje reciente: un símbolo del infinito en el que se unen los nombres de José Manuel y Eli, su madre. *Quería tener su nombre en mi piel porque aunque no esté a mi lado, siempre está conmigo*, dice, mientras vuelve a pasar sus dedos con suavidad sobre su brazo.

Yurleydis quiere tener presente a su padre, no sólo por lo que le cuentan,

sino por lo que ella recuerda, como esa última vez que lo vio, poco antes de su muerte. Ese día fueron a visitarlo a El Tapón, la finca donde trabajaba, propiedad del señor Luis Barrios. Yurleydis, hoy de 21 años, habla emocionada pero sin alterarse: *Yo tenía cinco años, mi hermano tres y el más chiquito casi dos. Mi madre nos dio un pedacito de panela y una totuma pequeña a cada uno. Caminamos en fila hasta donde mi papá ordeñaba y cuando nos tenía cerca estiró la teta de la vaca hacia nosotros y nos roció. La leche estaba caliente. Nunca olvidaré nuestras risas.*

Unas horas más tarde me encuentro con Yaneth Meléndez, quien me recibe en la terraza de la modesta casa que compró con el dinero que Acción Social le entregó después de la muerte de su hijo, Danilson Cantillo Meléndez. Yaneth se toca su pelo corto y me mira con tristeza. *El corazón de madre le avisa a uno. Ese día (el 30 de agosto de 2002, fecha del asesinato de su hijo y de su hermano) yo no quería hacer nada, ni arreglar la casa, ni cocinar, ni lavar una ropa que tenía pendiente.*

Cuando ocurrieron los hechos, Danilson tenía 24 años y era quien sostenía a su madre y a sus dos hijos, de uno y tres años. A falta de un oficio estable, se rebuscaba como podía, entre otras cosas haciendo turnos de descanso a los trabajadores de la finca El Tapón, donde trabajaba su tío Eberto Meléndez. La finca está ubicada a unos 20 kilómetros del casco urbano de San Juan Nepomuceno, en la vía que conduce al corregimiento de San Agustín, a orillas del río Magdalena. Para llegar allí desde la cabecera del municipio, primero hay que atravesar los corregimientos de San José del Peñón y Corralito.

Yaneth recuerda a su hermano Eberto con cariño: *Tenía una letra bien bonita y eso que era zurdo. Le iba muy bien en el colegio, pero en lo que más sobresalía era en el sóftbol. Era el pitcher del equipo de San José del Peñón. Allá toda la vida se ha jugado sóftbol y los niños aprendían de los viejos.* Tal como lo describe, era un hombre simpático, de piel morena y ojos cafés, con cabello abundante, cejas gruesas y bigote.

En la mañana del 30 de agosto de 2002 había cinco trabajadores en El Tapón: José Manuel, el papá de Yurleydis; Danilson y Eberto, el hijo y el hermano de Yaneth; y dos personas más, que se salvaron por distintas circunstancias. Uno de ellos se había ido ese mismo día temprano para la cabecera de San Juan a hacer una diligencia, y el otro era un menor de edad que alcanzó a ver a varios hombres armados por el camino y puso en alerta a sus otros tres compañeros.

*El que nada debe nada teme,* respondieron los trabajadores de El Tapón ante las advertencias de aquel joven, quien se escondió en el monte hasta el amanecer y, cuando regresó a la finca, encontró los cadáveres. Después de ver aquella escena, el

muchacho caminó varias horas, rompiendo monte, hasta dar aviso de lo que había ocurrido. Más tarde se sabría que, además de las tres víctimas de esta finca, otros cinco campesinos también habían sido asesinados en un predio cercano: Los Guáimaros.

## SAN JUAN NEPOMUCENO

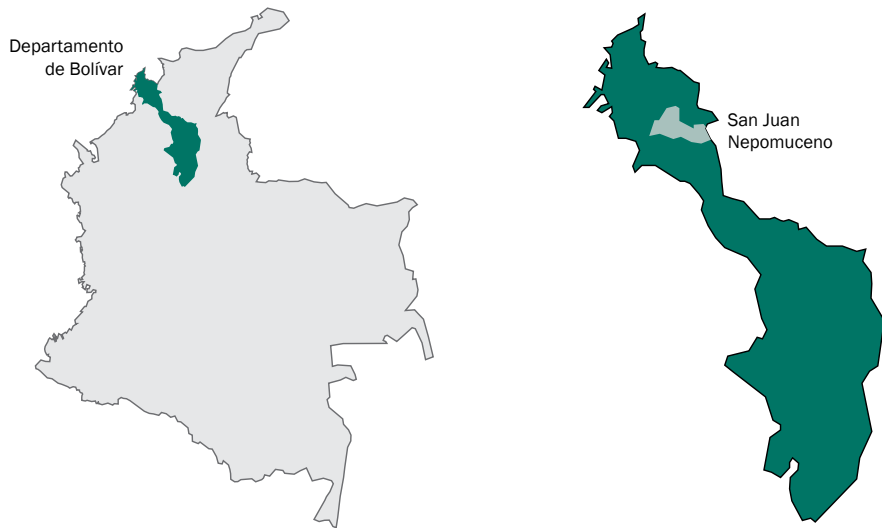
San Juan Nepomuceno es *un pueblo donde la inteligencia es peste*, sostienen con gracia sus habitantes. Allí no sólo han nacido grandes poetas como Diógenes Arrieta, considerado el personaje más importante en la historia del pueblo, sino decimeros, cuenteros y maestros, que sacan la cara por Bolívar. Resulta significativo que cuatro docentes, egresados de la Normal Superior de los Montes de María, han sido galardonados con el Premio Nacional Compartir al Maestro, el cual se otorga a los maestros y rectores más sobresalientes del país.

Lo anterior sucede en medio de la pobreza y vulnerabilidad en la que viven muchos de sus habitantes, asociadas a las secuelas del conflicto armado. Según la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, a mayo de 2018, en los Montes de María estaban registradas 239.043 personas como víctimas del conflicto armado, lo que representa al 54% de la población de sus 15 municipios. A la misma fecha, en San Juan Nepomuceno estaban reconocidas como víctimas 21.713 personas: el 65% de toda la población del municipio. Entre 1985 y 2018 el mayor número de hechos victimizantes declarados fueron causados por el desplazamiento, seguido de los homicidios y las amenazas.

La posición geográfica de San Juan Nepomuceno es estratégica porque comienza en la ribera del río Magdalena, donde limita con el departamento del mismo nombre, y por el otro extremo se interna en la zona montañosa montemariana. Limita al norte con los municipios de El Guamo y Calamar; al oeste, con Mahates y María La Baja; al este, con Tenerife, Magdalena; y al sur, con los municipios de Zambrano y San Jacinto.

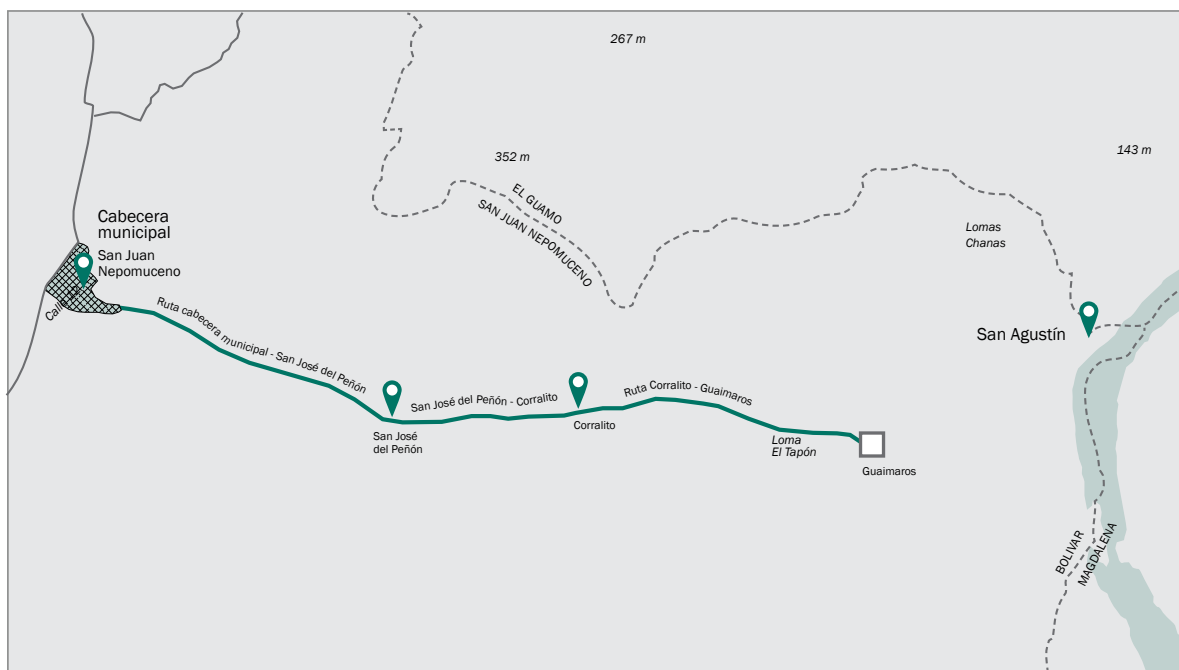
Su área rural está conformada por seis corregimientos: San Cayetano y La Haya, que están a un costado de la carretera Troncal de Occidente; y San Pedro Consolidado, San José del Peñón, Corralito y San Agustín, que están en dirección al río Magdalena. Entre Corralito y San Agustín, como se observa en el mapa a continuación, están ubicadas las fincas El Tapón y Los Guáimaros.

Mapa 1 - San Juan Nepomuceno en el departamento de Bolívar, Colombia



Fuente: Elaboración propia

Mapa 2 - Ruta cabecera municipal, recorrido corregimental y lugar de los hechos.



Fuente: Elaboración propia

## LOS GUÁIMAROS: CINCO VIDAS

La finca Los Guáimaros está ubicada a escasos tres kilómetros de El Tapón, y en la fecha en que ocurrieron los hechos era propiedad del señor José Guardela. El 30 de agosto de 2002, día de la masacre, se encontraban allí cinco trabajadores: Joaquín Ortega, Manuel Yepes, Sergio Herrera, Francisco Contreras y Eugenio Mercado. Al parecer, un grupo de hombres armados arribaron a la finca, los intimidaron y los condujeron a un desmontado, donde los torturaron y asesinaron.

Enith Pardo, la compañera de Joaquín Ortega, lo vio prepararse dos semanas antes para salir con destino a la finca. Sentada en una mecedora en su casa de San Juan, intentando calmar el llanto que la asalta cuando rememora esos días, cuenta que le dijo: *Juaco, ¿para qué te vas para allá? ¿Y si un tiro te suena? Y éste le respondió: Vas a ver que nada me va a pasar.* Ella se lo decía en broma, pero acepta que se rumoraba que por esos lados estaban la guerrilla y los paramilitares. *Donde está esa gente, siempre se espera una tragedia,* pensaba.

Manuel Yepes tenía tres días de estar en la finca. El último fin de semana de descanso que tuvo, visitó a su familia en San Juan y preparó uno de sus famosos

sancochos para la familia. Su hermana Mercedes –de quien era íntimo amigo– y su hermano Luis recuerdan la última vez que lo vieron: siempre alegre y dicharachero, con su mochila terciada y, tal vez, alguna botella de ron encajetada en ella.

Sergio Herrera también trabajaba en Los Guáimaras. Sus hijos, que para esa época tenían ocho y nueve años, lo recuerdan siempre impecable y muy bien arreglado. Cuando hablan de él, no pueden dejar de mencionar a Jennifer, su madre, quien no resistió el golpe de la muerte de su marido. Sin Sergio, se sumió en la depresión y murió un año después. La familia está convencida de que fue de tristeza, aunque los médicos hayan dicho que fue de producto de una falla cardíaca.

Es posible que ese 30 de agosto, en el camino que conducía a la finca, Sergio se hubiese encontrado con Francisco Contreras, quien ejercía como administrador y viajaba con Eugenio Mercado, otro de los trabajadores y víctima de la masacre de Los Guáimaras. Quizá llegaron al mismo tiempo. Todos tenían el mismo destino y los unía el oficio urgente de recoger un ganado que se encontraba en “cuarentena” y listo para ser transportado. Esa misma tarde todos –Francisco, Eugenio, Manuel, Sergio y Joaquín– saldrían con las reses y las dejarían resguardadas en una finca cerca de la carretera Troncal; confiaban en estar cada uno en su casa en horas de la noche.

Por su parte, Eugenio y Francisco estaban juntos casi por casualidad. El primero, según cuenta su mamá Dolores, ya había ensillado unas mulas para llevarlas al pueblo de San Cayetano, que queda en la dirección contraria a Los Guáimaras, cuando se encontró con Francisco y decidió cambiar el rumbo para acompañarlo.

Pocas veces he conocido a una mujer con la fuerza de esta matrona de rasgos árabes, que se ha sobrepuesto a la muerte violenta de dos de sus diez hijos y de la de su marido. Que fue capaz de ir a San Vicente del Caguán, en el sur del país, en los años de la zona de despeje, para exigir a la guerrilla la liberación de otro de sus hijos, miembro de la fuerza pública, que fue secuestrado y por el que batalló hasta que lo liberaron. Una mujer que ha ido a todas las oficinas públicas exigiendo y reclamando contra el olvido, y que, mientras me cuenta paso a paso su historia, me muestra las fotos de Eugenio en el álbum familiar.

## LA MASACRE EN LOS MEDIOS

La revisión de la prensa regional y nacional de la época deja ver que los graves hechos ocurridos en Los Guáimaras y El Tapón tuvieron poca cobertura, y que los reportes que existen sobre lo sucedido y sobre los responsables son confusos.

Además de tardías y carentes de contexto y análisis, casi todas las informaciones estuvieron basadas en fuentes oficiales, como la Policía y la Infantería de Marina.

Ni durante los seis días que duró la zozobra de la población, porque no podían confirmar la noticia de la masacre, ni luego de que se entregaran los cadáveres, la noticia tuvo mayor difusión en la prensa nacional. Sólo el diario *El Tiempo* publicó, el 6 de septiembre de 2002, una nota informativa bajo el título “Son 15 los muertos en San Juan, Bolívar”. En el cuerpo de la noticia se lee: “Ayer fueron hallados los cuerpos de los cinco labriegos cuya suerte se desconocía. La Infantería de Marina, que investiga todo el caso, y que responsabiliza al frente 37 de las FARC, reveló que el macabro recorrido de la muerte comenzó el viernes 30 de agosto cuando un grupo de aproximadamente 15 hombres, fuertemente armados, llegó a la hacienda El Tapón, a pocos kilómetros del corregimiento de Corralito. Allí mataron a los tres jornaleros que encontraron. Luego fueron a la finca Los Guáimaras y sacaron a la fuerza a cinco campesinos y se llevaron 300 reses”.

Por su parte, la prensa regional –*El Universal* de Cartagena, *El Meridiano* de Córdoba y *El Heraldo* de Barranquilla– reprodujo la información que entregaban las fuerzas armadas y dio voz a algunos de los familiares.

Reconstruir la historia a través de los medios resulta complejo para quien no está familiarizado con los hechos. Los titulares de la época hablan indistintamente de muerte, secuestro y desapariciones.

El 2 de septiembre, *El Universal* menciona tres muertos y 12 desaparecidos; a su vez, el titular de *El Meridiano* es “Masacre en San Juan”, dando cuenta de la muerte de nueve labriegos y señalando que habrían sido “ajusticiados” por las FARC-EP por considerarlos colaboradores de las autodefensas.

El 5 de septiembre, *El Universal* titula “Los desaparecidos fueron asesinados” e informa que el día anterior siete cuerpos habrían sido trasladados hasta la cabecera de la población, y cinco más llegarían ese día. La foto que ilustra la noticia muestra a tres personas con pañuelos y tapabocas en el rostro, que reafirman las narraciones del estado en el cual regresaron los cadáveres. Los días siguientes, 6 y 7 de septiembre, los medios regionales hicieron un recuento general de los hechos: quince muertes y hurto de 570 reses, las cuales habrían sido recuperadas por la Infantería de Marina.

Las publicaciones de la prensa coinciden en que las autoridades militares atribuían la autoría al frente 37 de las desmovilizadas FARC-EP. El coronel Miguel Ángel Yunis, por ese entonces comandante del Batallón de Infantería de Marina N° 3 de Malagana, insistió a los medios en esa hipótesis. Por su parte, el comandante de

la Policía de Bolívar, coronel José Javier Toro Díaz, dio declaraciones en el sentido de que “llegaron hombres pertenecientes a alguno de los grupos armados que se ubican en la región y dieron muerte a los lugareños” (*El Universal*, 4 de septiembre de 2002). La presencia paramilitar en la zona no se menciona como hecho relevante.

## LA BÚSQUEDA

La noche del viernes 30 de agosto de 2002, la señora Elizabeth Lang no podía contener el llanto. Con las manos en la cabeza, se preguntaba por qué Francisco, el segundo de sus tres hijos, no había llegado todavía de la finca donde trabajaba. Su esposo, José Luis, llamó a un lado al hijo menor de la familia y le dijo en voz baja: *Si tu hermano no ha regresado es porque pasó algo; mejor prepárate para lo malo, no te imagines nada bueno*. Intentó calmar a su esposa y le dijo que quizás estaban retrasados porque había llovido y el camino estaba difícil. Sin embargo, Elizabeth cuenta que a pesar de sus esfuerzos por ser positiva, el mal presentimiento estaba en su cabeza y se asomaba a las ventanas cada vez que le parecía escuchar la llegada de alguien.

A Francisco y a la mayoría de los trabajadores de las fincas de El Tapón y Los Guáimaros, sus familiares los esperaban al final de la tarde de ese viernes. Por eso, para la madrugada del sábado 31 de agosto, ya los había invadido la angustia. Las familias hicieron todo lo que estuvo a su alcance por saber qué estaba pasando: llamaron y visitaron a las autoridades, con el fin de esclarecer las informaciones contradictorias que recibieron; hicieron sus propias averiguaciones con gente de la zona; y, finalmente, decidieron empezar una búsqueda por su propia cuenta que agrandaría la tragedia.

## LA VERSIÓN DE LAS AUTORIDADES

A pesar de la gran cantidad de información recolectada y procesada sobre el conflicto armado por centros de investigación y universidades, e incluso de la publicada por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), las referencias a lo ocurrido en las fincas El Tapón y Los Guáimaros son muy pocas. La mayor fuente de datos está en los periódicos de la época pero es dispersa, imprecisa y con poca pluralidad de voces.

En la fecha en que ocurrieron los hechos, Beatriz Valencia era la alcaldesa de San Juan Nepomuceno. La señora Valencia tiene el cabello liso y rubio, sus manos son fuertes y su rostro es de facciones delicadas. El acento de su voz sigue siendo paisa, a

pesar de que se casó muy joven con un sanjuanero y que ha vivido toda su vida allí. En el 2001, cuando asumió la alcaldía de San Juan, tenía 40 años.

Estaba en Mompo en una reunión oficial, cuando recibió la noticia de lo ocurrido en El Tapón. Llegó al pueblo el sábado 31 de agosto y a partir de ese momento su casa se convirtió en sala de crisis: allí llegaban los coroneles de la Armada y de la Policía encargados de atender la situación. La primera información que recibió fue que todos los trabajadores de Los Guáimaras estaban vivos, pero que la fuerza pública no podía acercarse a las fincas porque las condiciones de seguridad no lo permitían. Después de esto –no recuerda ni el día ni el momento exacto–, recibió una llamada en la que le informaban que todos estaban muertos y que la zona sería dinamitada y declarada camposanto.

Al dolor de la muerte, dice la señora Valencia, no se le podía agregar la angustia de no recuperar los cuerpos. Había que actuar. *Esa era mi gente, no podía permitir que eso sucediera.* Como pudo, hizo llegar su mensaje al presidente de la época, Álvaro Uribe Vélez. Media hora después, una llamada desde Bogotá ordenó que helicópteros que fumigaban cultivos ilícitos en el departamento del Magdalena, volaran hasta San Juan y apoyaran la búsqueda y traslado de los cadáveres.

El momento más duro fue el entierro colectivo, recuerda: *Sentía cientos de ojos sobre mí, preguntándome ¿por qué? Un por qué para el que no tenía respuesta y que te hace un hueco enorme aquí adentro. Me preguntaba, ¿qué hago aquí? ¿cómo respondo? Sentía la impotencia de no poderlos devolver, de no poder decir nada.*

*Los días siguientes fueron terribles, de una tristeza enorme. Entonces comenzaron los rumores y toda la información que ha circulado y que lo deja a uno en el limbo. Todo lo que me contaron en esos días lo puse en conocimiento de las autoridades, de las que sentí pleno apoyo en esos momentos. En esa época no había una presencia total de las autoridades en el territorio porque los actores armados no lo permitían. Me tocó muy difícil, creo que cuando me lancé a la Alcaldía no comprendía la dimensión de lo que significaba la zona en esos tiempos, dice.*

Valencia cuenta que, mientras ejerció como Alcaldesa, no tuvo una respuesta concreta sobre el resultado de las investigaciones. *Eso quedó en un mutismo grande, que creo que continúa hasta hoy. Fue una época de mucha presión, recibí muchas amenazas y mis hijos se tuvieron que ir de San Juan.*

Frente a lo que pasó en Los Guáimaras, todos los días se pregunta: ¿por qué pasó? *Aquí había un conjunto de gente campesina buena, gente entregada a su familia, jefes de hogar; de esos papás dedicados a su hogar. Todos tenían esas características: ser padres*

*ejemplares de familias felices. Toda era gente conocida en el pueblo. ¿Qué ganaron con tanto dolor? ¿Qué ganaron desmembrando tantas familias? Ese dolor persiste.*

## SIETE VIDAS CRUZADAS

A primera hora del 31 de agosto de 2002, José Luis Contreras, tan desesperado como su esposa Elizabeth por la suerte de su hijo Francisco, buscó un carro para irse a Los Guáimaros. Logró que le prestaran uno y emprendió el viaje. En el camino, se encontró con personas que especulaban sobre lo que había pasado en las fincas y le aseguraban que el vehículo en el que iban no aguantaría la vía, dañada por el invierno. Aunque José Luis lo habría intentado, el conductor no quiso avanzar y se devolvieron a San Juan.

Elizabeth cuenta que José Luis llegó a la casa pálido y muy alterado, diciendo: *Francisco, mataron a Francisco. Dios y María Santísima me ayudaron a coger fuerzas para ir a la policía y contar lo que estaba pasando*, dice ella. Entonces empezaron a buscar otro carro más potente y el primero que encontraron fue un Toyota descapotado, que no quiso encender. Y el segundo, un *jeep* Willys, que tenía la batería dañada. Como pudieron, los arreglaron.

Había tanta gente con deseos de colaborar, que tuvieron que pedirle a varias personas que se bajaran de los vehículos para poder avanzar más rápido. A pesar de las precauciones, en el camino uno de los carros se averió y no pudo continuar.

En el Willys de placa UAF-428, que sí pudo seguir el recorrido, viajaban José Luis Contreras Ardila, padre de Francisco Contreras Lang; Manuel Luna, compadre y amigo de la familia Contreras; Rafael Barrios, sobrino de Manuel Yepes; Rider Ramírez, cuñado de Rafael; Andrés Romero y Roberto Blanco, conocidos de las familias de las víctimas; y Rafael Santana, el conductor. El 6 de septiembre, una foto del periódico *El Universal* mostraría el mismo vehículo, consumido por las llamas, en medio de un potrero en Los Guáimaros, así como las imágenes de los cuerpos masacrados.

El día de la búsqueda, en la madrugada, Manuel Luna estaba listo para irse al monte en su caballo pero, finalmente, sin explicación alguna, decidió no ir: quitó la silla y soltó al caballo. Estaba sentado en la puerta, cuando escuchó el rumor de la masacre. Entró a la casa, se vistió y le aseguró a su esposa, quien se resistía a que fuera, que tenía que ponerse a la orden de su compadre José Luis Contreras. La familia Luna recuerda que uno de los vehículos que consiguieron esa mañana no encendía por falta de batería; entonces, Manuel puso una parte del dinero para comprar una nueva.

Por su parte, Rider Ramírez llegó ese sábado madrugado a la casa de Luis Yepes, un tío de su esposa, con el fin de ayudarlo a matar un cerdo. Pasaron las primeras horas del día entre chistes y trabajo cuando, aproximadamente a las nueve de la mañana, llamaron a informar sobre la muerte en Los Guáimaros de Manuel Yepes, hermano de Luis. Con mucha prudencia, Rider les dijo a todos que se quedaran ahí, que él averiguaba lo sucedido y les avisaba. Se fue directo hasta su casa, dejó en la cocina un corte de cerdo, tomó una jaula con un pájaro y algo de dinero, y le dijo a su hija Liz Karina, de nueve años, que le pasara una gorra. Se montó en su bicicleta y salió sin decir para dónde.

Mientras tanto, Rafael Barrios había salido temprano de su casa a hacer una diligencia, pasó por la esquina del hospital y allí se encontró gente reunida que comentaba el asesinato de unos trabajadores de la finca Los Guáimaros. Entre las víctimas estaba su tío materno Manuel Yepes. Enseguida se acercó a un grupo de personas que estaban listas en un *jeep* Willys para salir a buscar los cadáveres y se subió al vehículo. La familia aún no entiende cómo alguien tan precavido como Rafael se fue en ese viaje tan arriesgado.

El azar hizo que se encontrara en el camino con Rider, su cuñado, y le animó a subirse al carro. Éste dejó el pájaro y la bicicleta guardados en una casa a la salida del pueblo y se embarcó.

El 31 de agosto, Andrés Romero había estado en una fiesta hasta las cinco de la mañana. Unas horas más tarde escuchó a uno de sus hermanos hablar sobre una masacre en la finca Los Guáimaros, en la que había muerto Francisco Contreras, amigo suyo e hijo José Luis Contreras, compadre de la familia, quien iría a buscarlo. Andrés se arregló con rapidez y se acomodó en el carro en el que iban a buscar los cadáveres. Mientras tanto, su madre le suplicaba *Lore, bájate, bájate*. Él alcanzó a contestar *No me va a pasar nada*, y el *jeep* arrancó. En el vehículo ingresó una sexta persona, animada por la voluntad de ayudar: Roberto Blanco.

El *jeep* era conducido por Rafael Santana, que ese día se había quedado en su casa porque el carro tenía la batería dañada. Cuando fueron a buscarlo, para que acompañara a una gente a Los Guáimaros, porque al parecer habían matado a varios trabajadores, él explicó el problema de la batería. Entre varias personas recogieron 150.000 pesos, hicieron el arreglo y, al final de la mañana, partieron con rumbo a la finca.

Cuando se intentan encontrar las razones que pusieron a esas siete personas en ese *jeep*, no hay otra explicación que la solidaridad y el espíritu de colaboración. Eso dicen hoy sus familiares, con un poco más de *tranquilidad en el alma*.

## ENTRE EL SILENCIO Y LA INCERTIDUMBRE: LA MASACRE INVISIBLE

Mientras trata de reconstruir lo que sucedió ese día 31 de agosto de 2002, Elizabeth Lang de Contreras, recuerda: *José era una persona que hablaba mucho y tenía la capacidad de convencer a cualquiera. Si algún cliente llegaba al negocio bravo a cobrar, salía abrazándolo y riéndose con él. Con su parla de comerciante, vendía hasta un tornillo dañado. Como su compadre 'Mane', eran personas que solucionaba las cosas hablando con la gente, sin peleas. ¿Qué no habría dicho José para convencer a los asesinos de que no lo mataran a él o a su hijo? Siempre nos hacemos esa pregunta.*

Ese día cayó la noche sin que hubiera noticias de las personas que salieron en el jeep. Entonces, varios familiares fueron a la policía de San Juan a reportar lo que estaba pasando y a preguntar si ellos tenían alguna información; la respuesta de los agentes fue: *No se preocupen, que ya nos llamaron los siete hombres que se fueron en el jeep. Están con los muertos que encontraron en la finca y no hay problema.*

Al día siguiente, seguían sin tener ninguna noticia. Y de repente, la Policía apareció con una nueva versión: que los trabajadores de Los Guáimaros, y quienes los habían ido a buscar, estaban secuestrados. Así pasaron dos, tres, cuatro días más, sin saber nada, hasta que los helicópteros trajeron a sus muertos.

Yamid y Rodolfo Luna cuentan que, cuando estuvieron frente al cuerpo de su padre, Manuel, no les importó el alto grado de descomposición en que estaba. Lo tocaban, entre el dolor y la incredulidad, para saber si era cierto. No pudieron comer durante días y en las noches tenían pesadillas con esa imagen. *Ni siquiera pudimos hacer un entierro para cada uno. El sacerdote se paró en la entrada del cementerio, leyó los nombres de los muertos y esa fue toda la ceremonia. Por lo menos pudimos recuperar los cuerpos, dejarlos abandonados habría sido un martirio,* recuerda Yamid.

En esos días en que los helicópteros transportaron los cadáveres, los sanjuaneros conocieron el olor de la muerte: un olor que descendió con los helicópteros hasta el campo de juegos municipal, un olor que también atravesó el centro del pueblo en los carros de la Policía hasta el cementerio municipal, un olor que se esparció y se instaló durante varios días en cada rincón de este sitio de Montes de María.

*Lo que más recuerdo es el silencio y luego el ruido de los helicópteros, que llegaron con una hedentina que inundó el pueblo entero, se nos pegó en el cuerpo y duró semanas en salir. Aún tengo ese olor vivo,* dice Juan Vásquez, habitante del lugar. Aunque ningún familiar suyo murió en estos hechos, el señor Vásquez afirma que ningún sanjuanero “cuerdo” puede olvidar esos días.

## LUCHADORES POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

De las pocas cosas sobre las que hay certeza en el caso de Los Guáimaros y el Tapón es que, 16 años después de ocurrida, la masacre sigue impune. Después de dar muchas vueltas de oficina en oficina, los familiares por lo menos lograron conocer que hay indagaciones sobre los hechos en tres fiscalías de Barranquilla. Una fiscalía de la Dirección de Derechos Humanos donde se sindicó a las desmovilizadas FARC-EP, y dos fiscalías de la Dirección de Justicia Transicional donde se documentan hechos atribuibles al bloque Héroes de los Montes de María, de las extintas Autodefensas Unidas de Colombia. Al parecer, hasta la fecha, ningún miembro de estos grupos ha negado o se ha atribuido la participación en los hechos.

Muchas de las familias a las que juntó esta tragedia no se conocían, pero con el tiempo se han ido organizando y han ido estrechando lazos porque los une un objetivo: el reclamo por justicia y verdad. Asimismo, buscan rechazar cualquier sindicación que en aquel momento relacionara a sus familiares con miembros de grupos armados al margen de la ley y, por el contrario, resaltan su vocación campesina, su condición de padres de familia amorosos y de hombres de bien. En ese camino, también se han reunido para hacer ejercicios de memoria histórica, como parte de las conmemoraciones que realizan anualmente, desde hace tres años.

Este libro es de ellos y para ellos. También, para toda la comunidad de San Juan Nepomuceno, los Montes de María y el país. Quienes vivieron el conflicto necesitan y quieren que las nuevas generaciones reconozcan lo que pasó y que exijan y pongan todos sus esfuerzos individuales y colectivos para que nunca más se repita algo así.



## PARTE DOS

# QUINCE VIDAS

## INTRODUCCIÓN

Los familiares de los 15 hombres que murieron en las masacres de Los Guáimaras y El Tapón, reconstruyeron las historias de vida de sus seres queridos, que están aquí recogidas. Por eso, en los siguientes testimonios la voz que se escucha es la de ellos, la de las familias.

Las historias están ordenadas de acuerdo a la información que se tiene sobre la ocurrencia de las muertes.

*Finca Los Guáimaras, 30 de agosto de 2002*

- Francisco Contreras
- Sergio Herrera
- Eugenio Mercado
- Joaquín Ortega
- Manuel Yepes

*Finca El Tapón, 30 de agosto de 2002*

- Danilson Cantillo
- Eberto Meléndez
- José Manuel Tapia

*Finca Los Guáimaros, 31 de agosto de 2002*

- Rafael Barrios
- Roberto Blanco
- José Luis Contreras
- Manuel Luna
- Rider Ramírez
- Andrés Romero
- Rafael Santana



*José Luis y José Carlos Contreras Lang*

## **FRANCISCO JAVIER CONTRERAS LANG, 'PELO DE MUÑECA'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Elizabeth Lang Vergara y José Luis y José Carlos Contreras Lang, madre y hermanos de Francisco Contreras Lang.*

La casa de la familia Contreras Lang era de bahareque y tenía un techo de palma que, como no era tan alto, cualquier persona que pasaba por la calle podía tocar. Por eso en las fiestas de diciembre sufríamos tanto: cualquier velita o chispa de bengala podía prender el techo y nos tocaba correr a echarle agua para sofocar la candela. Francisco, el hijo del medio de José Luis Contreras Ardila y Elizabeth Lang Vergara, siempre decía que soñaba con comprarle una casa mejor a su mamá. De ese matrimonio nacieron otros dos hijos: José Luis y José Carlos.

Francisco era un muchacho alegre, sencillo, echado para adelante, que se le medía a cualquier cosa. Francisco y José Luis, su hermano menor, eran muy apegados, siempre estaban juntos jugando al fútbol o haciendo cualquier otra cosa. En cambio con José Carlos, que era el mayor, siempre había alguna diferencia por bobadas de pelaos; tenían gustos muy diferentes. Cuando los tres hermanos peleaban, José Carlos

siempre salía perdiendo, no sólo porque los otros dos eran compinches, sino porque Francisco era más acuerpado que él.

A Francisco le encantaban las colonias, prácticamente quería bañarse con ellas. Cuando no tenía, se iba hasta la casa de la abuela, se echaba los perfumes de ella y se los gastaba. Entonces la abuela le peleaba, pero con un abrazo él la contentaba rápido. También le gustaba la música moderna y el baile: escuchaba una emisora llamada Radio Activa, en la que ponían rock. Él grababa en casetes las canciones que pasaban en la emisora para seguirlas oyendo; tenía más de 50 casetes ordenados en el escaparate, marcados con lapicero rojo y negro.

Tenía un amor muy grande por el campo y no le gustaba el estudio, por eso se graduó a empujones. Cuando terminó el bachillerato ni siquiera fue a reclamar el diploma; tuvieron que mandárselo a la casa.

Cuando era niño, Francisco solía decirle a su papá: *Papi, por favor, llévame al monte*. Y casi siempre él le respondía que tal vez lo llevaba *mañana*. Pero, como se la pasaba ocupado en su compra y venta de ganado, se le olvidaba. Por eso un día Francisco, cansado, le preguntó a su mamá: *Mami, ¿cómo hago para quitarme el apellido de mi papá? Es que es muy embustero. Yo mejor me voy a poner Lang, porque tú no me dices mentiras*. Eli le contó la conversación a su esposo y luego le recriminó: *¿Para qué le prometes cosas que no vas a cumplir?* Así era Francisco: si las cosas no ocurrían, él reclamaba y hacía que se cumplieran.

Elizabeth enseñó a trabajar a todos sus hijos. Ellos ayudaban a preparar la comida y Francisco era el gran pelador de papas. A él le gustaron siempre los negocios. Cuando tenía unos diez años, se iba para donde la vecina a barrer la casa y en la tarde le decía: *Págueme por la barrida*. Otras veces traía mamón de la finca y ponía una venta en la terraza de la vecina. Así se la pasaba, de negocio en negocio, buscando salir adelante.

Como nunca se quedaba quieto, tuvo varios accidentes. Un día estaba jugando béisbol en la calle y la pelota cayó encima de la casa de la abuela. Él se montó a recogerla y, de pronto, se partió el techo de eternit. Francisco atravesó el tejado y el cielo raso, y cayó parado en la mitad de la sala; no le pasó nada pero fue un gran susto. En otra oportunidad estaba volando un barrilete (una cometa) y se le dio por montarse en el techo de la terraza de la abuela. Empezó a jalar el hilo caminando hacia atrás, sin darse cuenta de que se le acababa el piso, y fue a dar a la calle de espaldas; le tuvieron que dar respiración para levantarlo. La abuela pasó muchos sustos con él.

Pero así como nos hacía pasar sustos, también nos hacía reír. Durante un tiempo tuvimos un expendio de carne en una calle donde había un cuadro enmar-

cado de San Martín de Loba: el santo de la prosperidad que aparece montado en un caballo, con una espada y una manta en la mano. Un día Francisco llegó temprano a la casa y cuando la mamá le preguntó si había vendido todo, él respondió: *Sí, le puse una vela a Simón Bolívar y vendí todo*. La mamá sabía que se estaba refiriendo a San Martín de Loba, claro, pero no perdió oportunidad para reírse con él: *¡Qué!, ¿Simón Bolívar? ¡Carajo!, ¿ahora Simón Bolívar hace milagros? ¡Alabado sea Dios!*

Siempre fue muy dedicado al trabajo en el expendio, pero con una falla: entregaba la carne a crédito, y como no sabía el nombre de los deudores escribía en el libro de las cuentas: *10.000 pesos al señor del sombrero, 3.000 pesos al señor de la mochila, 2.000 pesos al señor de la ruana*. Cuando su papá revisaba las cuentas lo regañaba porque no sabía a quién cobrarle, ¡con tanta gente que pasaba por esa esquina con sombrero, mochila y ruana! Y como siempre, después del regaño se reían de sus ocurrencias. Al fin y al cabo, esa falla también era una virtud, porque él confiaba mucho en la gente.

Su alegría era contagiosa. Si traía un cerdo de cuarenta kilos para el negocio, salía a promocionarlo por las calles porque era más rentable venderlo en porciones que entero. Su ayudante era José Luis, quien se gastaba la plata saliendo con sus amigos y aportando para comprar una panchita de aguardiente o de Ron Medellín.

En una ocasión, cuando todavía era un muchacho, Francisco salió muy bien vestido y perfumado a la calle. Llevaba apenas dos cuadras de camino, cuando se encontró con un muchacho de Guapango, un barrio de San Juan Nepomuceno. En la conversación Francisco le dijo que vendía carneros y el muchacho le respondió: *Entonces márame dos, que yo los voy a buscar en la noche*. Francisco se devolvió a la casa. Elizabeth le abrió la puerta y lo primero que hizo al entrar fue quitarse la camisa y tirársela encima a ella. Hacía ese tipo de juegos todo el tiempo. Cuando la mamá le preguntó *Ajá, ¿y tú qué vas a hacer?*, él contó la historia del negocio que le acababa de salir. Don José le ayudó a matar los animales. Tan buen negociante era que si se proponía vender un hueco, lo lograba. Siempre estaba sonriente, echando cuentos o inventando planes. Tenía muchos amigos en el pueblo.

En ese entonces teníamos una finca pero nos tocó abandonarla porque eran tiempos difíciles y nos amenazaron. Antes de dejarla, Francisco logró sacar una yegua que quería mucho. Después de eso, la situación se complicó en la casa y Francisco aceptó trabajar en fincas, para estar cerca de los caballos, porque los amaba; no se perdía una cabalgata. Si no nos hubieran quitado la finca, quizá él no habría estado en la finca Los Guáimaros el día de la masacre, y nada de esto hubiera pasado.

Francisco sabía de veterinaria porque, después de terminar el bachillerato, se fue a Montería a trabajar con un tío, que había sido vacunador de la Federación de Ganaderos de Bolívar y le enseñó mucho. Francisco se ganó premios como el mejor vacunador de la zona. También trabajó con el Comité de Ganaderos de San Juan. Cuando salía a comprar las vacunas, siempre traía a la casa un cerdo, gallinas, carneros, o cualquier otro animal, y le decía a Elizabeth: *Mami, búscate una plata porque con la plata de las vacunas compré esto*. Siempre salía con invenciones como esa.

También era muy enamorado. Se pegaba unas verdaderas “tragas” de cada novia y por eso nos burlábamos de él. Tuvo una novia que se fue a vivir a Montería y se comunicaban todo el tiempo a través de cartas. Cuando fuimos a recoger sus cosas, después de la muerte, ahí estaba el centenar de cartas. Era muy sentimental y su papá lo regañaba por eso: *Saliste a los Lang, porque los Contreras no lloran a una mujer*, decía. Pero de nada servía: él seguía llorando. Quiso mucho a su última novia, que vivía en el barrio La Floresta. Cada vez que iba a la finca La Unión, donde hacía unos trabajos, pasaba por donde ella y hacía estación; la familia de la muchacha lo quería mucho. Así como se entregaba a las novias, se entregaba a todo lo que hacía.

Francisco andaba con una cola rubia, que el papá amenazaba con mocharle cuando estuviera dormido. Por eso le decían ‘Pelo de Muñeca’. Su mamá todavía conserva un mechón de su pelo.

Después de muerto pudimos mejorar la casa con unos recursos que nos entregó el Estado; por eso Elizabeth dice que sí le cumplió el compromiso de arreglarle la casa. Pero la felicidad no era verdadera. Incluso un día su hermano José Luis, tirado en la terraza, dijo que no quería una casa de material; que sólo deseaba que su papá y su hermano estuvieran vivos. Poco a poco hemos venido superando la pérdida.

Todos queremos recordar a Francisco con alegría. Si algo le gustaba en la vida era bailar. No le gustaba mucho el trago pero sí las fiestas con baile, y ese era el premio que se daba después de trabajar. En San Juan muchos conservan la imagen de Francisco en una esquina, parado sobre su yegua y bailando “La camisa rayada”. Él era así.



*Jennifer Herrera Sánchez*

## **SERGIO LUIS HERRERA BARRIOS**

*Este testimonio es el resultado de una entrevista a Carmen María Herrera Barrios, hermana; Sergio Herrera, hijo; y Jennifer Herrera Sánchez, hija, de Sergio Luis Herrera Barrios.*

Los papás de Sergio –Manuel Herrera y Blanca Esther Barrios– se conocieron en El Desconsolado, un corregimiento de San Juan Nepomuceno. Cuando se casaron, se fueron a vivir a una casa en Barrio Abajo, en el centro del pueblo. Sergio fue el “bordón” de los varones, o sea el menor. Entre las mujeres, la “bordona” era María del Carmen.

Cuando eran niños, a los hermanos Herrera Barrios se les iban las tardes jugando al caballito con un palo de madera, o a la corraleja. Alguien hacía de toro y el resto salía a “mantiar”, a provocarlo con un trapo. La mamá se encargaba de cuidarlos, mientras el papá se dedicaba a trabajar el campo, a sembrar, a ordeñar vacas, donde lo llamaran. Con la plata que resultaba sobrevivían pero, como era poquita, la mayoría de los niños no pudieron estudiar. Salvo por Manuel, el mayor, que trabajaba haciendo pan y estudiaba de noche. Orlando, el tercero, también estudió un poquito.

Sergio siempre se dedicó al monte; es que desde chiquito su papá lo llevaba

a trabajar con él y lo ponía a cortar leña y a mover los terneros. Cuando estaba más grandecito, su hermano Orlando le enseñó a ordeñar y comenzaron a trabajar juntos.

Con su esposa, Jennifer del Socorro Sánchez, se conocieron en San Juan Nepomuceno. Cuando se casaron, se fueron a vivir con Orlando. Ellos dos –Sergio y Orlando– eran los hermanos más unidos. Tenían juntos una carreta para vender agua por la calle y la cargaban con entre ocho y diez potes de agua. En la casa casi todos trabajaban como vendedores ambulantes, vendiendo pescado, mondongo, agua ...

A Sergio le encantaba la música de Farid Ortiz y de Diomedes Díaz. Era muy buen bailarín. Tenía una vida muy alegre y los fines de semana le gustaba echarse sus traguitos. Era muy trabajador, muy bueno, muy tratable; si se enteraba de que uno estaba sin un peso, ahí mismo se metía la mano en el bolsillo.

Sergio medía 1,69 de estatura. Tenía los ojos cafés, el pelo chino y cortico, la nariz afilada y larga, las cejas gruesas, y no se puede decir si era flaco o gordo porque adelgazaba y engordaba muy fácil. Siempre llevaba bigote, aunque más que bigote era una sombra; y usaba las patillas largas. Siempre estaba muy limpiecito, arregladito. Y era muy enamorado.

Unos ocho meses antes de la masacre, murió doña Blanca, su mamá. Estaba sufriendo del corazón y le dio un paro cardiaco. La noticia le pegó muy duro a Sergio. Es que el que pierde la madre es como el que pierde un hijo. Todos en la familia estábamos muy mal, pero Sergio más. Él era el que se hacía cargo de ella, el que trabajaba para darle el bocadito. Y el papá, Manuel Herrera, ya había muerto también, atropellado por un carro en Cartagena.

No se había cumplido ni el año de la muerte de Blanca, cuando le tocó el turno a Sergio. Por esa época él trabajaba en una finca llamada La Unión, en la entrada del pueblo. En verano él tenía que llevar el ganado de La Unión a Los Guáimaras, para que los animales se alimentaran. Por eso estaba en Los Guáimaras cuando pasó lo que pasó. Un año después murió su esposa, Jennifer. La muerte de Sergio la deprimió mucho y terminó muriéndose de un soplo en el corazón.

Su hija, también de nombre Jennifer, que tenía ocho años, se fue a vivir a Cartagena con una tía materna. Y su hijo, que también se llama Sergio y tenía nueve, se fue para María La Baja con su madrina. Unos dos años después, los hermanos volvieron a reunirse y se fueron a vivir con su tío Orlando, el hermano de Sergio. Él fue como un papá para ellos y siempre los trató bien; fue el que les dio todo y todavía sigue preocupado por ellos.

La mayoría de recuerdos que Sergio tiene de su papá es montado en un caballo, regresando del monte. Siempre lo recibía con abrazos y caricias y le preguntaba si ya había comido. Físicamente se parecían mucho, pero en la forma de ser eran completamente distintos. El hijo es malgeniado y en cambio el papá era muy humilde, alegre y juguetón. Todo lo cogía en juego. Echaba chistes todo el tiempo y la gente se moría de risa. Era muy chusco.

Dicen que, antes de la masacre, Sergio estaba jugando dominó con sus compañeros, cuando alguien les advirtió: *Ojo, que los van a matar*. Y que alguno de los cinco, que en ese momento estaban en Los Guáimaras, respondió: *El que nada debe nada teme*. Ese día tenía puestas unas botas de caucho, un overol, una licra de la mujer debajo del overol y un suéter azul. Ese fue un dolor muy grande.

Cuando Sergio se hizo un hombrecito empezó a manejar mototaxi. Hoy, todavía, habla con mucha tristeza de la manera en que murió su papá. Dice que si se hubiera muerto de una enfermedad, habría sido más fácil; pero no, no se murió de un paro cardíaco ni de una enfermedad, sino que le quitaron la vida.

Jennifer está dedicada a las labores de la casa y tiene dos hijos: Leyder Jesús, de ocho años, y Karoli Sofía Ríos Herrera, de seis. Ella dice que aunque nunca han pasado trabajos, la vida habría sido muy diferente con la presencia de su papá y su mamá. Tendría un apoyo. Y sus hijos habrían crecido con unos abuelos. Cuando los niños le preguntan por ellos, ella prefiere guardar silencio. Cuando estén más grandecitos, les piensa contar quiénes fueron.



*Otto Mercado García, Dolores García de Mercado, Alan Mercado García*

## **EUGENIO MERCADO GARCÍA, 'GEÑO'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Dolores García Sierra y a Otto y Alan Mercado García, madre y hermanos de Eugenio Mercado García.*

El arte de amaestrar caballos es una tradición en la familia de Eugenio Mercado García. Viene del abuelo y del papá. Todos los hijos que nacieron en la finca se levantaron entre caballos y vacas. Se puede decir que, antes de caminar, los hijos de Dolores García Sierra y su esposo, Otto Rafael Mercado Angulo, ya montaban caballos a pelo y por eso eran muy conocidos en la región.

Dolores y Otto Rafael tuvieron diez hijos, entre ellos Eugenio, o 'Geño', como le decían todos. Le pusieron Eugenio en memoria de su abuelo paterno y Abraham, su segundo nombre, en honor a un hermano de su mamá y a su bisabuelo paterno.

La familia materna es originaria de El Guamo, Bolívar, y la paterna, de San Agustín, un corregimiento de San Juan Nepomuceno, a orillas del río Magdalena. Su bisabuelo era de sangre turca pero, siguiendo la tradición de quienes llegaron desde

oriente y se asentaron en la Costa Caribe, se cambió el apellido por García; sin embargo, siempre firmó en letras descuidadas con su apellido original, Karam. Tanto en San Juan como en El Guamo hubo varios asentamientos turcos y alemanes, de gente que llegó a Colombia huyendo de la Segunda Guerra Mundial.

Los papás de Eugenio eran campesinos y trabajaron toda la vida cuidando fincas. Una de esas fincas era Los Guáimaros. Allí nació prematuramente ‘Geño’, cuando apenas tenía siete meses de gestación. Como el recién nacido necesitaba cuidados especiales, la familia dejó la finca y se fue a vivir a la cabecera de San Agustín, sobre el río Magdalena, para poder darle mayores cuidados.

Con mucho esfuerzo Dolores y Otto compraron una pequeña casa en San Juan Nepomuceno. En ese tiempo trabajaban cuidando una finca llamada La Magdalena, que queda muy cerca del pueblo, y eso les permitía esporádicamente ir a su casita de San Juan. Los hijos recuerdan con alegría esos tiempos.

La familia siempre fue unida. Jamás hubo celos ni peleas. Lo que era del uno era del otro. ‘Geño’ era el tercero de los hermanos. El resto eran Otto, el mayor, que actualmente tiene 45 años; Zarith José, finado, tendría 43; Eugenio, finado, tendría 41 años; Carlos tiene 40; Luis Alberto tiene 38; Victoria tiene 36; Ana Milena tiene 34; Rafael tiene 32; Alan tiene 28; y la última, Sara, tiene 27 años. Hasta ahora van once nietos.

Es difícil olvidarse de ‘Geño’ porque era bonito: alto y elegante; se paraba rectecito. Era un hombre de palabra. Le gustaba vestirse bien, con el suéter encajado, y llenarse de perfume. Era muy jocoso, no podía oír un disco sin sacar a bailar a alguien. Era de abrazarse con los demás, muy recochero y vivo. Si se le metía en la cabeza un sancocho, iba y lo hacía. No era sino que alguno de sus hermanos mencionara la palabra “parranda” para tener a ‘Geño’ encargándose de los preparativos, junto al combo de sus cuatro amigos de toda la vida.

Los años en los que la familia vivía y trabajaba en fincas fueron muy tranquilos. No tenían que preocuparse por nada pero tampoco se acostumbraron a ser vagos. Por las noches salían a caminar y a las ocho ya estaban en la casa. Los niños jugaban correteando las vacas y los terneros hasta caer rendidos.

‘Geño’ no se quedaba quieto nunca. Una vez, todos estaban reunidos en la cocina cuando escucharon el tropel de un caballo. Se asustaron porque pensaron que había pasado algo con un caballo que estaban amaestrando y que resultó ser muy cerrero, o sea, difícil de manejar. Cuando fueron a ver, encontraron a ‘Geño’, que en ese momento tenía unos 10 años, rajado de patas sobre el animal, agarrándose con las manitos de la crin y muerto de la risa.

De niño, Eugenio era muy desordenado y atrevido. Hacía travesuras en combo con sus amigos sin medir las consecuencias. Cuando estaba con sus hermanos y se ponía en plan de jugar con las vacas, como si estuvieran en una corraleja, a Dolores le tocaba corretearlos para cuidarlos. En una ocasión, se montó al lomo de una vaca, se resbaló y quedó debajo del cuerpo del animal; se partió el brazo. Después de cada travesura su papá, claro, lo regañaba, pero luego no podía evitar reírse.

Uno de los hermanos, Luis Alberto, es montador profesional. ‘Geño’ también empezó a amansar caballos desde pequeño. Su papá amarraba al caballo brioso al bramadero –un palo en la mitad del corral–, le daba fusta, lo sobaba y lo bañaba; y cuando ya estaba acostumbrado, le ponía la silla de montar. Luego el papá cogía a ‘Geño’ de “madrina”: lo subía al caballo para después montarse él y amansar al animal.

A ‘Geño’ le gustaban muchos los deportes. En el álbum familiar, junto a sus fotos de cuando estuvo en el Ejército, están las del equipo de fútbol en el que jugaba. También alzaba pesas con un entrenador de San Juan, conocido como el doctor Barroso. Ambos viajaban a competencias en Cartagena y una vez estuvieron en Cali. Además le gustaba correr y montar bicicleta. Nunca paraba. Una vez cogió un caballo chiquito y mansito que teníamos en la finca, y dijo que lo iba a montar para hacer un mandado, pero se lo llevó a escondidas para unas carreras de caballos. Llegó a la casa muerto de la risa porque traía el premio.

La familia ha vivido varias tragedias y siempre se ha repuesto. En diciembre de 1998 la guerrilla secuestró a uno de los hermanos, Otto, en Becerril, Cesar; era patrullero de la Policía. El 22 de diciembre del año siguiente, mataron al papá, el señor Otto, en una finca en la que trabajaba en San Juan. En esos momentos ‘Geño’ fue el que ayudó a resistir y a sacar adelante a la familia. Fue hasta partero de su hermana menor, Sarita: le cortó la tripa en medio de la noche en la finca.

La familia comenzó poco a poco a emigrar a Barranquilla. Pero Eugenio, que tenía unos 26 años, decidió quedarse en San Juan y seguir viviendo la vida de pueblo. Mientras la familia estuvo en Barranquilla, solía ir a visitarlos.

Dolores resistía aquella cadena de desgracias moviendo cielo y tierra para rescatar a Otto; incluso estuvo en la zona de despeje de El Caguán, durante el proceso de paz del gobierno de Andrés Pastrana. Finalmente, en junio de 2001, lo liberaron. Pero más demoró en llegar este alivio que en aparecer el siguiente golpe. En octubre de 2001 los paramilitares se llevaron a Zarith, otro de los hijos, y su cadáver apareció en una playa cerca de Manatí, donde desemboca el río Magdalena. Y en el 2002 ocurrió la tragedia de Los Guáimaras, que se llevó a ‘Geño’.

Meses antes le habían ofrecido un trabajo de escolta pero no se acostumbró a eso. Regresó al trabajo en las fincas. A él lo que le gustaba era el monte y el ganado, y por la noche sacaba tiempo para estudiar el bachillerato en la escuela nocturna de San Juan. Quería ser veterinario. Ya de por sí tenía bastante destreza con los animales. Todo el mundo lo buscaba para que inyectara a las vacas o les pusiera suero. También atendía a personas enfermas, porque lo aprendió en la Armada. Cuando murió, le faltaba el último año del colegio.

Eugenio tenía mucho carisma, un don de gentes que le hacía tener siempre muchos amigos cerca. Su novia era una muchacha simpática a la que le decían Shakira. Ella todavía visita ocasionalmente a la familia de Eugenio y recuerda los tiempos en que estuvieron juntos. Nunca ha dejado de llevar flores a su tumba, cada vez que puede visitarla.

El día de la tragedia, el 30 de agosto de 2002, su amigo Francisco Contreras le pidió que lo acompañe a vacunar el ganado de la finca Los Guáimaras. 'Geño' había ensillado unas mulas para llevarlas a San Cayetano pero prefirió acompañar a Francisco. Nunca volvió. Sólo pudimos ver su cuerpo, sin vida, después de cinco días.

Han pasado 16 años y las investigaciones todavía no dicen nada. Desde Barranquilla, la familia ha sobrevivido a punta de trabajo, voluntad y fe en el futuro, tratando de estar siempre unidos para ayudarse mutuamente. Dolores se ha mantenido fuerte, así como siempre ha sobrevivido a todas las adversidades, pero a veces sus hijos la oyen gritar en la noche mientras duerme.

Dolores ve a sus once nietos y contempla, esperanzada, un futuro promisorio: son muy jóvenes, saludables y activos, y están lejos de malos pasos o influencias perjudiciales. Sin embargo, no puede evitar volver al pasado todos los días.

A menudo recuerda el gusto que tenía 'Geño' por el baile y vuelve a los tiempos de los carnavales, cuando él se metía en cualquier parranda para poder bailar; así consiguió muchos amigos y se hizo popular. Una vez vino a San Juan el músico Aníbal Velásquez y las vecinas, incluso mujeres ya mayores, lo fueron a buscar a su casa porque todas querían que fuera su pareja de baile. Nunca le decía a nadie que no. Quienes no lo conocían pensaban, por su aspecto físico, que era del interior del país y le decían: *¿Quién dijo? ¡Ese cachaco sí sabe bailar!*



*Enith Pardo y Gina Ortega Pardo*

### **JOAQUÍN ORTEGA HERNÁNDEZ, 'JOACO'**

*Este testimonio es el resultado de una entrevista a Gloria Ortega Hernández, hermana; Gina Ortega Pardo, hija; y Enith Pardo, esposa, de Joaquín Ortega.*

Joaquín era hijo de Gabriel Ortega Hernández y Carmen Hernández Mercado. Gabriel murió en noviembre de 2002, tres meses después de la masacre de Los Guáimaras, de un paro en el corazón. Él ya sufría del corazón y, al ver cómo quedó su hijo, no resistió. Carmen ya había muerto, hacía muchos años, de problemas de azúcar.

Eran once hermanos y Joaquín era el tercero: Luis Enrique, Orlando, Guillermo, Emilse, Vilma, Gloria Inés, Carmen, Gabriel, Emiro y Néstor. Quedan sólo cuatro vivos. Todos nacieron en el barrio San Isidro de San Juan Nepomuceno. Sobrevivían de la tierra. El papá, quien era muy calladito, trabajaba en una finca cerquita al pueblo, cultivando ñame, aguacate, plátano, yuca, naranja... también criaba gallinas y puercos.

La familia era muy unida. Los niños se le encaramaban al papá y jugaban al burrito; también les gustaba saltar la cabuya.

La mayoría de hermanos, como 'Joaco', sólo hizo la primaria. Gloria hizo un poquito más porque se fue para Santa Marta y luego para Cartagena, y allá estudiaba auxiliar de contabilidad y de laboratorio, y trabajaba al mismo tiempo.

'Joaco' tuvo tres varones y una hembra con una muchacha de apellidos Bello Beltrán, pero ese matrimonio se acabó. Luego se casó con Enith Pardo y de esa unión nació Gina. Se conocieron porque la mamá de Gina había trabajado en la misma finca en la que él atendía el ganado. Una vez Enith fue de visita y el dueño de la finca los presentó. Les dijo que, ya que ambos estaban solteros, harían muy buena pareja. Él tenía 36 años y ella 25. Al mes se fueron a vivir juntos y así se quedaron por 14 años.

Él sostenía a la familia con lo que aprendió del papá: cultivando la tierra. Trabajaba en la finca de Los Magníficos, con una familia que tenía mucha plata y que salía a recorrer el pueblo en unos caballos muy finos. En esa finca Gina vivió el primer año de vida. Después todos se fueron a vivir a otra finca llamada La Unión, a cinco minutos del pueblo.

Cuando estaba en la casa, 'Joaco' siempre se sentaba al lado de un abanico y de una taza de agua, que se iba echando de a poquitos en el pecho porque siempre tenía mucho calor. Le gustaba mucho bañarse y su esposa Enith le decía en broma: *Niño, te vas a desgastar*. Se mantenía en un arroyo que había en la finca y allá se llevaba a Gina para enseñarle a nadar.

También era común que Gina se le montara en las piernas y luego lo abrazara, mientras jugaba con sus pelos del pecho: él era muy velludo. Y por las noches los dos se metían en una hamaca a echarse agua en el pecho y a comer panela. Algunas veces 'Joaco' se sentaba en la cama de los pelaos –Gina y su hijastro Francisco– y les echaba cuentos: que la historia de Simón el bobo, que la historia de Juan el bobo... y los niños terminaban siempre muertos de la risa. Era muy gracioso.

Le gustaba mucho el mecato: los bolis, los chitos... parecía un pelaito.

A veces iba a misa. No le gustaban la calle ni la fiesta. Se la pasaba era viendo televisión: noticias y películas. Era muy madrugador. Se levantaba a las tres o cuatro de la mañana a preparar el tinto y hacía una ollada tan grande que le duraba el día completo. Él no sabía vivir sin café.

Algunos fines de semana la familia lo acompañaba al lote donde cultivaba, que quedaba casi a una hora de la finca caminando, y le ayudaban a limpiar la tierra y a dejarla lista para sembrar. Otras veces 'Joaco' recogía el maíz y los niños lo desgra-

naban. O le ayudaban ordeñando las vacas o recogiendo los huevos. La verdad es que 'Joaco' vivía más en el monte, pero siempre estaba pendiente de la familia. Nunca les faltó nada.

Él era de muy buenos sentimientos. Tenía los ojos café clarito; todos los hermanos tenían los ojos claros porque así eran los del papá. Era blanco. Tenía el pelo castaño claro y un bigote no muy tupido. Medía como 1,80. Era grande, cuajado, simpático. Gina en cambio salió chiquita, como su bisabuela materna. Siempre usaba su sombrero y sus abarcas, un tipo de chancletas que se ponen los campesinos.

El día de la masacre él estaba en Los Guáimaras. Había llegado hacía quince días a reemplazar a un trabajador que estaba enfermo. La última vez que se vio con Enith fue en La Unión. Ella le dijo: *'Joaco', ¿para qué te vas para allá? ¿Y si un tiro te sueña? Y el respondía: Vas a ver que nada me va a pasar.* Ella se lo decía en broma, pero la verdad es que ya se hablaba que por esos lados estaban la guerrilla y los paramilitares. Y donde estaba esa gente, siempre se esperaba una tragedia.

La primera que se enteró de la desgracia del 30 de agosto de 2002 fue Gina. Estaba comprando un suero en la tienda cuando escuchó el rumor de la masacre. Tenía 12 años y ni siquiera se le pasó por la cabeza que su papá podía ser una de las víctimas. La niña llegó a la casa y no le mencionó nada a su mamá. Después todos se sentaron en la mesa a desayunar y en ese momento Enith recibió una llamada de una amiga que le dijo: *Eni, ¿Joaco está en Los Guáimaras? Es que allá hubo una masacre y si él está allá, entonces cayó.* Y así fue.

Nos reunimos en la casa de la señora Eli Lang, porque su hijo Francisco también estaba en Los Guáimaras. Los familiares de ella fueron a buscar un carro para llevar los cajones y recoger los muertos. Todos en la familia no parábamos de llorar. A Enith se le cerró el estómago completamente. Pasó cinco días sin probar bocado. Y le cogió pavor al monte: nunca volvió al campo, ni a pasear.

El 30 y el 31 de agosto fueron días de angustia y desespero. Finalmente, el 4 de septiembre llegaron los helicópteros con unas bolsas negras colgando. Ahí estaban los cuerpos de los cinco que mataron en Los Guáimaras. Esa imagen nunca se nos va a olvidar. Todavía hoy, cuando escuchamos el sonido de un helicóptero, revivimos ese momento.

La esposa no fue capaz de reconocerlo, se quedó afuera del cementerio. Entraron una cuñada, dos de sus hijos y su hermana Gloria, quien decía que tenía que verlo para convencerse de que sí estaba muerto. Nadie lo podía creer. Él era un hombre grande y grueso y quedó chiquitico. Los vellos sí se le veían, y también una cicatriz

que tenía en la pierna izquierda. Por eso fue que lo reconocieron. Enith entró cuando ya estaba en el cajón.

Ella se puso flaquita del sufrimiento. Al principio soñaba que 'Joaco' llegaba a la casa y se ponía a hablar con toda la familia. Luego dejó de soñarlo. A los cuatro meses empezó a trabajar en casas de familia, en Cartagena. La hija, Gina, terminó el bachillerato y también se puso a trabajar como empleada del servicio. Luego se fue para Venezuela. Allá se casó con un venezolano y vivió en el estado de Zulia durante ocho años. Tuvieron una niña, María Alejandra, que tiene seis años. Hoy Gina tiene 29 años y quiere estudiar sicología infantil. Cuando habla de 'Joaco' dice que el recuerdo que más conserva de él es cuando la subía al caballo y se la llevaba para el monte. Enith todavía lo sigue llorando.



*Luis Yepes, Mercedes Yepes, José Joaquín Barrios*

## **MANUEL DE JESÚS YEPES MUÑOZ, 'MANE ÑEQUE'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Luis y Mercedes Yepes Muñoz, hermanos; José Joaquín Barrios Serrano, sobrino; Ana Zenaida Yepes, hija; y Elsa Josefa Sánchez Barrios, pareja de Manuel de Jesús Yepes.*

Por la vida campesina y ganadera que llevaba, a Manuel de Jesús Yepes Muñoz le gustaban mucho las corralejas de los pueblos sabaneros del Caribe. Esperaba con emoción esa época de fin de año, que es cuando se celebran las fiestas tradicionales de San Juan Nepomuceno, para distraerse y también para rebuscarse. Durante esos días de jolgorio y parrandas, él acostumbraba a vender naranjas dentro de los palcos de madera. Cuando ya tenía el saco vacío, lo usaba de manta. Se metía al ruedo, le hacía pases de torero al animal y la gente aplaudía su destreza.

Una vez, cuando era joven, tuvo un accidente con un toro que estaba arreado en una finca. El animal le metió un cacho por un pómulo, se lo fracturó y en una clínica en Cartagena tuvieron que intervenirlo y ponerle una platina. A las pocas semanas parecía que no le hubiera pasado nada, ni siquiera le quedó cicatriz. Le dieron

una incapacidad de 15 días pero antes de que pasara ese tiempo, Manuel ya estaba en la calle. Era voluntarioso y terco. Pensaba que estaba libre de cualquier mal.

Manuel era una persona trabajadora, amable, alegre, amigable y entusiasta en sus proyectos. Venía de una familia de nueve hermanos: siete mujeres y dos varones. Él era el menor. Un día cualquiera, estando en el municipio de Arjona, conoció a Elsa una muchacha sanjuanera y de ese amor nació Ana Zenaida, a quien quiso mucho. Los papás eligieron el nombre de la niña por la madre de Manuel, Zenaida, con quien él tenía una relación muy fuerte. Después de un tiempo, la relación entre Manuel y Elsa se acabó.

‘Mane’ era muy familiar. Por lo menos una vez a la semana, cuando llegaba del monte, se bajaba donde su media hermana, Amira Serrano Muñoz, para ponerse al tanto de la vida de sus sobrinos y consentirlos. Los llenaba de besos y abrazos y les contaba historias. Y cuando tenía dinero, les compraba en la tienda todo lo que ellos quisieran. Los niños siempre esperaban y celebraban su llegada. Su sobrino consentido era José Joaquín.

La hermana con quien mejor se llevaba era Mercedes y aunque tenían largas discusiones, siempre se reconciliaban. Se querían mucho. En un tiempo a ‘Mane’, Mercedes y Lucho –otro de sus hermanos– se les dio por levantar pesas: hicieron unas barras artesanales de cemento y mucha gente empezó a llegar a aquel gimnasio improvisado.

Manuel siempre estaba trabajando en alguna finca ganadera de la región y montaba a caballo todo el tiempo. Toda su vida se dedicó a amansar caballos. Cuando llegaba el sábado, después de una semana dura de trabajo, organizaba sancochos y nos invitaba a todos. Los 31 de diciembre él era el que cocinaba. Cogía cuatro patos y le decía a Zenaida: *Vieja, quítate de la cocina, que esta noche te atiende yo*. Tenía una buena sazón pero le gustaba mucho el picante. A todo le ponía picante.

Cuando terminaba sus labores en una finca y no encontraba trabajo enseguida, se dedicaba a la venta de naranjas. Aprovechaba que una de sus sobrinas tenía una finca en San Cayetano, un corregimiento de San Juan, y ahí las cogía. También vendía cocos.

Usaba camisas guayaberas de flores, de esas tipo hawaiano, siempre por fuera del pantalón. Era descomplicado. Tenía unos zapatos de charol negro, con una punta adelante, que se ponía en los días especiales, de resto estaba siempre en chancletas. Y, claro, cuando trabajaba usaba botas fuertes para el monte. Cargaba una mochila terciada, hecha con majagua o con pita de saco, pintada de rojo, amarillo y azul.

A Manuel le gustaba el trago y por eso le decían ‘Mane Ñeque’, por la bebida que más le gustaba, el Ñeque, un ron fermentado en forma artesanal, que es tradicional en los pueblos del Caribe. Pero la familia nunca tuvo que agachar la cabeza por eso porque nunca él anduvo en cosas malas ni negocios torcidos o ilegales. Él fue el que le enseñó a beber a su sobrino José Joaquín: se lo llevaba y amanecía con él, disfrutando de la música y de echar cuentos. Durante mucho tiempo fue su compañía, aunque al muchacho no le gustaba tanto el trago.

Manuel hacía travesuras que no hacían daño a nadie. Una vez, durante las fiestas del pueblo, un señor de una cantina le entregó veinte botellas de ron para que las vendiera. Cada día, él empacaba una dentro de su bulto de naranjas y, mientras las vendía, disfrutaba la fiesta tomándose de a trago de ron. Al final, cuando le cobraron las botellas, dijo que las había vendido todas y las pagó con la plata que hizo con las naranjas.

Su ranchera favorita era “Camino de la vida” de Antonio Aguilar. Cada vez que podía, se la ponía a sus familiares y amigos y la cantaba con emoción y voz de grito: “Camina y camina corazón de frente, camina y no vuelvas tus pasos atrás, que ese amor es inútil comprende, porque con el tiempo nos ha olvidar”. También le gustaban los boleros de Orlando Contreras y en las cantinas siempre pedía esa música.

Hubo una época en la que ‘Mane’ desapareció. De un momento otro nadie volvió a saber de él y pasaron ocho años así. Hasta su familia y amigos lo lloraron, porque pensaban que algo malo le había pasado. Y así como se fue, un día cualquiera también apareció, y se fue a vivir con su mamá, Zenaida, quien murió de 104 años, comiendo ají hasta el último día de su vida, como ‘Mane’. A su regreso, ‘Mane’ enseguida empezó a trabajar en la finca Los Guáimaras donde, dos años después, murió. Doña Zenaida sufrió mucho por la muerte de Manuel, hasta consumirse.

Cuando Mane volvió de su destierro, mandó a buscar a su hija Ana Zenaida; quería recuperar todo el tiempo perdido con ella. En ese período padre e hija salían todos los días a comer en restaurantes y en los puestos de comida chatarra en San Juan. Era su forma de compensar el tiempo perdido. En medio de esas pláticas, Mane le dijo a su hija que su único amor había sido la madre de ella, y que todavía a veces pensaba si podían volver porque nunca más tuvo una relación estable. Tres meses duraron Mane y Ana Zenaida de un lado para otro, hasta cuando ella regresó a Cartagena, pero continuaron teniendo una bonita relación.

Marlyn Barrios Serrano, su sobrina, hija de Rafael Barrios –quien era uno de los que fueron a rescatar el cadáver de Manuel y en el camino fueron asesinados–, escribió este poema el 18 de agosto de 2004:

## Tragedia Negra

*Fue un día como todos  
excepto porque no había nada que comer  
la mañana se sentía triste  
mas no sabíamos lo que íbamos a vivir.  
De pronto hubo una llamada  
habían matado al tío Manuel de Jesús.*

*Qué noticia tan descabellada  
que a todos alarmó  
pues fueron siete muertos  
y el pueblo se condolió.*

*Sin pensarlo dos veces  
mi padre se marchó,  
no sabíamos nada,  
pues ni se despidió.*

*Fueron días tristes  
sin saber si volverían  
más tristes nos sentimos  
al ver la casa vacía.*

*Más tarde al contemplar  
la dura y cruel realidad  
los que se fueron a buscar a los muertos  
no regresaron más.*

*El pueblo se sentía triste  
pero más triste me sentía yo  
luego hubo otra noticia  
iban a trasladar a quince muertos  
y entre ellos estaba tu padre.*

*Por qué no nos dijiste nada  
con tu partida nos dejaste  
la casa y nuestras vidas vacías.*



*Janeth Meléndez*

## **DANILSON DANID CANTILLO MELÉNDEZ, EL 'NIÑO'**

*Este es el testimonio de Janeth Meléndez, mamá de Danilson Danid Cantillo Meléndez.*

Danilson nació en San José del Peñón, un corregimiento de San Juan Nepomuceno, en la casa de los abuelos. Allí creció con ellos, con sus tíos y conmigo, su mamá. Del papá no se volvió a saber nada desde que el niño nació. Nos abandonó. Por eso el abuelo se convirtió en su verdadero padre: le compraba sus potes de leche y su alimento. Fue el que lo crió.

Cuando Danilson tenía dos años me conseguí un nuevo esposo y tuve dos hijos más: Gleidy María y Ancir Alfonso Hernández. Él era un buen papá, eso nadie lo puede negar: no dejaba que los pelaos pasaran hambre y era muy cariñoso con ellos. Pero no era un buen esposo. Por eso terminamos separándonos. *Mami, por qué no vuelves con papi y vivimos como antes que éramos muy felices*, me decía Danilson.

En el 2002 toda la familia salió desplazada de San José del Peñón. Por allá se aparecían todos los grupos armados. Primero llegaba uno y hacía reuniones en el

pueblo. A los dos o tres días llegaba el otro y lo mismo: nos reunía y nos preguntaba con qué bando estábamos, y uno, lleno de miedo, respondía que con ninguno. Pero nos ganó el miedo y decidimos irnos. Ese pueblo quedó vacío.

Los primeros cuatro o cinco meses nos tocó vivir a todos en un colegio en San Juan. Pero nos cansamos. La abuela de Danilson no estaba en condiciones para vivir ahí. Es que era un espacio muy estrecho, para unas 150 personas que llegamos desplazadas. Finalmente, los tíos consiguieron una casa en un barrio llamado Armero y para allá nos fuimos todos.

A Danilson le decían en el colegio Cantillo. Era muy bueno para las matemáticas; aprendió muy rápido y sacaba cuentas en un dos por tres. Era un niño maravilloso, muy querido. Le gustaban mucho los trompos de palo y aprendió a fabricarlos para regalárselos a sus compañeritos; jamás les cobró un centavo. También le encantaban los barriletes o, como dicen en el interior, las cometas. *Cantillo, hazme un barrilete. Cantillo, ayúdame a hacer esta tarea. Cantillo, ayúdame a dibujar este mapa. Cantillo, hazme un mandadito.* Todo el mundo le pedía cosas y él nunca se negaba. No era un niño flojo, ni malcriado, ni grosero, ni nada de eso.

Cuando terminó la primaria, el 'Niño', como yo le decía, se fue a vivir con la abuela paterna para poder estudiar el bachillerato. Esa fue la vez que pasamos más tiempo sin vernos. Durante cinco meses no tuvimos noticia el uno del otro, hasta que no aguanté más y me fui a visitarlo desesperada. *Hijito de mi vida, tenía muchas ganas de verte,* le dije apenas lo abracé. Después de ese año no hubo manera de seguirle pagando el colegio; entonces, el muchacho se puso a trabajar en el campo con su tío Eberto: desmontaban la hierba, construían cercas, hacían lo que les ordenaran y se ganaban sus 15.000 pesos diarios.

Danilson y Eberto andaban juntos para arriba y para abajo; parecían hermanos. Lo único en lo que Danilson no seguía al tío era en la parranda. No le gustaba la fiesta porque era evangélico. Nosotros ni nos dimos cuenta en qué momento se metió a esa iglesia, porque nadie en la familia es evangélico. Pero a los 13 años él decidió meterse solo y terminó hasta bautizándose con ellos. Iba a los cultos y a las escuelas dominicales, y allá se enamoró de una muchacha con la que tuvo dos hijos: Eber Alfonso y José David. Estaban enamorados pero se dejaron recién ella alumbró al segundo y cada quien cogió un pelao. Eber, el mayor, se quedó con nosotros.

El pastor lo ponía a predicar y él aprendió muy rápido. Oraba con mucha fe. A veces, si a uno le dolía algo, por ejemplo la cabeza, él le ponía las manos encima y empezaba a orar. Y uno no sabía si era por efecto de la oración o porque uno le ponía

mucha fe, pero el dolor se iba. Una noche, cuando ya tenía dos años de muerto, lo vi orándome. La verdad no sé si lo vi o si fue un sueño. Eran como las siete de la noche. Yo estaba acostada porque tenía mucho dolor de cabeza y sentí su mano encima. Abrí los ojos y lo vi. Tenía una bata blanca. Decía: *Cúrala Señor. Retírale todos los males que tenga, todo lo malo que venga para ella.* Y también me hablaba a mí directamente y me decía: *Mami, no me llores que estoy bien. No me llores...*

Lo que pasa es que, cuando mataron al ‘Niño’, yo me la pasaba llorando. Los dos primeros años me puse flaquita de tanto llorar. *No llores más que así no lo vas a dejar descansar,* me decía la gente.

El ‘Niño’ tenía los ojos negritos, las cejas pobladas, el cabello indio y negrito; era muy alto –medía como 1,77– y no era ni tan flaco ni tan gordo. A los 13 años se hizo un tatuaje en el brazo izquierdo: un dragón azul enroscado. Yo lo regañé, le dije que eso eran cosas de vagabundos, de bandidos, de periqueros, de mariguaneros. Pero ¿qué podía hacer? Ya lo hecho, hecho estaba. Eso sí, él nunca jamás probó las drogas.

Siempre se vestía muy elegante. Y cuando había algo especial en la iglesia se ponía corbata. Para donde quiera que iba, llevaba la biblia. No la desamparaba. Siempre repetía que la iglesia era un lugar muy bueno y les decía a los pelaos y a la familia que se entregaran a la palabra de Dios. Yo le respondía: *No, ‘Niño’, a mí no me gusta esa religión. Eso es una vocación y yo no nací con ella.*

Él alternaba la iglesia con el trabajo en la finca. Cuando sucedió la tragedia, tenía 24 años. Llevaba ya un tiempo trabajando en Los Guáimaros. Venía a la casa los fines de semana y se devolvía los lunes en la madrugada. Allá le tocaba cuidar los terneros y ordeñar las vacas y encerrarlas para que pastaran.

El jueves antes de que lo mataran, tuve un sueño que me dejó muy triste. Soñé que el ‘Niño’ iba por un camino y que, cuando estaba pasando junto a un charco de agua, un hombre flaco, vestido de negro, le disparaba. Él caía al pozo y se levantaba un chapuzón de sangre. Ahí me desperté. Ni me dio tiempo de contárselo porque a los días llegó la noticia de que me lo habían matado. Primero llegó el rumor de que habían matado a tres tipos en Los Guáimaros, entre ellos uno al que le decían la ‘Viga’. Ese era mi hermano Eberto, que le pusieron ese apodo por lo alto. Cuando yo escuché eso, supe que mi hijo también estaba muerto, porque a donde quiera que iban siempre estaban juntos: a trabajar, a pasear, a jugar softbol. Y sí, tenía razón.

Desde que eso pasó nada es igual. Él era el que me daba de comer. Me tocó ponerme a trabajar en casas de familia para que mi nieto Eber, que tenía dos años y medio, no aguantara hambre. Yo ya había trabajado haciendo aseo cuando tenía unos

17 años, pero desde que nacieron los hijos no trabajé más, hasta ese momento que me tocó volver a hacerlo. Él me ayudaba mucho, nunca nos dejó pasar hambre ni necesidades. El luto me duró unos cinco años. Digo luto, porque no iba a fiestas, ni hacía actividades de diversión; sentía que no tenía alegría en el corazón. Va pasando el tiempo y uno se va recuperando, pero nunca vuelve a ser el mismo. Todavía lo lloremos. Incluso el hijo, que casi no lo conocí, hoy lo llora como un pelao chiquito. Él también tiene un tatuaje en el antebrazo derecho con el nombre del papá y, al lado, el nombre mío.

Yo he sido todo para mi nieto: abuela, papá, mamá. Nunca le ha faltado nada ni le faltará mientras yo viva. Por eso, a mis 60 años, sigo trabajando. De los dos nietos, él es el que más se parece a mi 'Niño'.



*Yesica María M. Cárdenas*

## **EBERTO FEDERICO MELÉNDEZ MARTÍNEZ, LA 'VIGA'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Janeth Meléndez, hermana de Eberto Meléndez Martínez, y Yesica María M. Cárdenas, su hija.*

María de Jesús Martínez Rodríguez parió 20 hijos. Hasta hoy se han ido nueve, entre ellos Eberto Meléndez, o la 'Viga', como le decían.

El esposo de María de Jesús, Ramón Manuel Meléndez Romero, construyó una casa de zinc y paredes de barro, en la que crecieron todos sus hijos. María de Jesús la mandó a pintar azulita y no se volvió a pintar nunca más. Quedaba en San José del Peñón, un corregimiento de San Juan Nepomuceno. La cocina era una casa de palma dentro del mismo terreno.

Teníamos un pedacito de tierra donde Ramón sembraba de todo: su yuca, su ñame, su maíz y su arroz, que los niños se encargaban de pilar. María criaba sus gallinas y sus cerdos. Uno no padecía de hambre cuando era pequeño.

De todos los hermanos, sólo los mayores estudiaron hasta quinto de pri-

maria. Y Eberto hizo hasta cuarto. Él tenía una letra bien bonita y eso que era zurdo. Le iba muy bien en el colegio. Pero en lo que más sobresalía era en el sóftbol. Era el *pitcher* del equipo de San José del Peñón. Allá toda la vida se ha jugado sóftbol y los niños aprendían de los viejos. Ramón también jugaba cuando era joven. Al menos eso era lo que nos decía. Y otro de sus hijos, Pedro, también jugaba de *pitcher* y también era zurdo. Nosotros íbamos a verlos jugar a donde fuera. Sobre todo a El Guamo, un municipio como a 15 kilómetros de San Juan.

Eberto era bastante chusco. De piel morena y ojos cafés. Tenía el cabello flechudo y abundante, y las cejas gruesas pero poquitas. Siempre llevaba su bigote. Le decían la ‘Viga’, por lo alto. Tuvo dos hijos con su novia María Dominga Cárdenas: Yesica María y Gabriel Eduardo. Cuando nació el niño se separaron; Yesica estaba de unos 3 años. Él siguió respondiendo por los dos, aunque los niños fueron registrados con el apellido del padrastro.

Todos los recuerdos que Yesica conserva de su papá son en el campo y jugando sóftbol y fútbol. Él siempre era el arquero: no dejaba pasar ni un balón porque era muy largo. Yesica también jugaba los dos deportes.

Él nunca le pegó a sus hijos, ni les gritaba ni los regañaba. Se la pasaba jugando con ellos y con su esposa.

Eberto y María Dominga se querían bastante pero el papá de ella era muy bravo. Decía que no quería que su hija se metiera con un “porquerero”, que es como les decían antes a los que vivían en San José del Peñón. Y a pesar de eso, ellos se enamoraron y se quisieron, pero la relación se acabó.

Eberto era un parrandero de los propios. Escuchaba sobre todo vallenato y alcanzó a oír algunas champetas, que estaban empezando a salir por la época en que lo mataron. Esas primeras champetas eran más sanas, no como las de ahora que son repelentes, o sea más vulgares y groseras. Pero la música que le gustaba de verdad, verdad, era la de Diomedes Díaz y la de Rafael Orozco. Esa música sí que era linda. Y más le gustaban, si las escuchaba tomando ron Tres Esquinas y Costeñitas.

Él trabajaba en el campo, en la finca Los Guáimaros. Cuando tenía partido le pedía a su sobrino, Danilson, que le hiciera el turno. Luego le daba aliguito de plata y Danilson se la pasaba a su mamá para la comida de Eber, uno de sus niños. La ‘Viga’ y su sobrino eran inseparables. Salían a coger iguanas para sacarles los huevitos. Iban a los arroyos a pescar con atarraya y a nadar. Cazaban venados, conejos, saínos (chanchos de monte) y guartinajas (una especie de roedor). Ramón, su papá, que era un cazador de los grandes, les enseñó todos los secretos.

La muerte de Eberto y Danilson destruyó a María de Jesús. Ella se puso bien mala. ¡Imagínese! Esos dos –su hijo y su nieto– eran la vida de ella, sus dos “bordonnes”, o sea los niños de la familia. Después de eso se enfermó de depresión. Y a los cuatro años de la muerte de los pelaos, murió de una embolia. Tenía 85 años. Nosotros decimos que se murió fue de impresión por la muerte de ellos. Nadie se atrevía a darle la noticia y le tocó a una nuera: *Señora María, ¿ya se tomó la pastilla de la presión? ... Siéntese aquí que tengo que contarle una cosa.*

Ese día, el 31 de agosto de 2002, antes de que nos llegaran con la mala noticia, Janeth, la hermana de la ‘Viga’, andaba muy desganada. No quería hacer nada. Ni siquiera prepararle la comida al nieto, Eber. Y su mamá le decía que dejara la flojera, que si no iba darle comida al niño. Más tarde nos enteramos de la masacre: primero dijeron que habían matado a la ‘Viga’ y todos sabían que si él había caído, Danilson debía ser otro de los muertos, porque ellos siempre estaban juntos.

Yesica, la hija de la ‘Viga’, tenía 11 años. Y Gabriel Eduardo, el segundo hijo, 8 años. Yesica estaba en la casa cuando su mamá le dijo: *Mataron a la ‘Viga’*. Y la niña, que era muy nerviosa, se encerró en el baño.

A los cuatro días trajeron los cuerpos de Eberto y Danilson al pueblo. Fue terrible. Yesica estaba mirando desde una loma: vio cómo los tiraban en bolsas negras desde los helicópteros y salió corriendo para la casa. Quería ir al cementerio pero los pies no le daban. A los dos días lo velaron en el barrio Armero. María de Jesús abrazó a sus dos nietos, los llevó una habitación y, llorando, les entregó dos kits de aseo que Eberto les estaba guardando. Se los iba a dar el mismo viernes que lo mataron, porque todos los viernes en la tarde él bajaba a San Juan.

Después de la muerte de la ‘Viga’, Yesica terminó el bachillerato y estudió atención integral a la primera infancia. Ahora está estudiando psicología infantil y tiene dos hijos: María José, de diez años, y Keiner, de seis. Y Gabriel, el segundo hijo, terminó la primaria, prestó servicio militar y trabaja como vigilante. Tiene un niño, Dani, de tres años.

Eberto y Danilson están enterrados en San José del Peñón, en una bóveda grande, al lado de María del Rosario y Ramón, que ya tiene 21 años de muerto. Sus tumbas están juntas, como siempre. Andaban juntos y se fueron juntos.



*Yurleidys Tapia Campo*

## **JOSÉ MANUEL TAPIA PÁJARO, 'JOCHÉ'**

*Este testimonio es el resultado de una entrevista a Yurleidys Tapia Campo y Elizabeth Campo Herrera, hija y esposa de José Manuel Tapia Pájaro.*

José Tapia y su hermano Jorge murieron casi igualito: a Jorge lo mató la guerrilla en una finca llamada Alemania, entre San Jacinto y San Juan Nepomuceno, en el año 2000. Y a José, o 'Joché', lo mataron el 30 de agosto de 2002 en la finca El Tapón. Él fue una de las 15 víctimas de la llamada masacre de los Guáimaras.

Los hermanos Tapia se criaron en San Jacinto pero 'Joché', cuando era un pelao, José se separó de la familia para irse a trabajar en la finca El Tapón en Corralito, un corregimiento de San Juan Nepomuceno. Ahí trabajó toda su vida. Y ahí se conoció con su esposa Elizabeth Campo.

Se vieron por primera vez en el centro de Corralito. Todos las tardes él y sus compañeros bajaban de la finca a jugar cartas y, como ella vivía diagonal a la cantina, él empezó a tratar de enamorarla. Le chiflaba, le gritaba piropos y le decía: *Tú vas a ser*

*mi mujer, cuéstemelo lo que me cueste. Así tenga que comprarte, pero vas a ser mi mujer, y se echaba a reír. Ella tenía 15 años y él, 27.*

Ella empezó a trabajar para él, lavándole la ropa y cocinándole. Y así terminaron enamorándose. Se hicieron novios y se fueron a vivir a San Jacinto. A los dos años quedaron en embarazo de Leonardo. En ese tiempo tuvieron que casarse en una notaría, porque necesitaban ser marido y mujer para una diligencia, pero a ninguno de los dos les gustaba el matrimonio. Después de que nació el niño, volvieron a San Juan. A él no le gustaba estar en el pueblo sino en el monte, trabajando.

Antes de conocer a 'Joche', Elizabeth había tenido dos hijos: Yurleidys Karina y Yesid David. Aunque ellos no eran sus hijos de sangre, él siempre los quiso como si lo fueran y les dio el apellido. Él era tan cariñoso, tan atento, tan justo, que si le compraba un juguete a uno, le compraba a todos. Nunca marcó diferencias entre ellos. Siempre decía que Yurleidys era su princesa. Ella lo quiso tanto que decidió tatuarse su nombre, y el de su mamá, para llevarlos siempre consigo. En su antebrazo tiene un símbolo del infinito con los nombres "José M. y Eli".

De 'Joche' todo el mundo resalta el buen humor que tenía. Era muy chistoso, mamador de gallo y una excelente persona. Humilde y sencillo. Le sacaba el lado positivo a todas las cosas. No hablaba muy claro sino como con la lengua pegada. Y hasta de eso hacía chistes. Él era muy buena gente. No le costaba quitarse un bocado de la boca para dárselo a alguien más. Si llegaba visita sorpresa a la casa, decía que repartieran su comida. Lo querían mucho. La gente le decía 'Joche' de cariño y sus hijos lo llamaban 'Papi Joche'.

Estudió sólo hasta tercero de primaria, pero decía que quería que sus hijos terminaran el colegio y fueran unos profesionales. Siempre repetía que los iba a apoyar económicamente y que nunca los iba a abandonar. Para ayudar a la familia, Elizabeth vendía almuerzos y algunas veces Yurleidys salía con un baldecito a vender sopa.

Él era de ojos cafés, claritos y pequeños, morenito, de cejas y labios delgados. Tenía la lengua pegada, hablaba muy enredado. Era flaco y no muy alto. Tenía el pelo liso y se lo peinaba para atrás. No le gustaba dejarse el bigote y la verdad es que casi no le salía. Él era como de raza india. Para trabajar, le gustaba ponerse camisa, jeans y botas de cuero. Le gustaba la fiesta pero no bailaba. Siempre que iba a una, llevaba a su esposa; no era de los que dejaban a la mujer encerrada. Se tomaba sus rones pero, antes de empezar a beber, separaba la plata para el mercado y el resto de cosas que necesitábamos.

Se la pasaba escuchando y silbando la música de Los Betos, de Diomedes y

de Farid Ortiz. De Farid le gustaba muchísimo una que dice: “O acaso usted no fue joven y se enamoró. O acaso usted no hizo la vida a su gusto...” A Elizabeth también le encanta esa música; él incluso le dedicó una. Hay una canción que nos lo recuerda mucho y cada vez que la escuchamos se nos viene a la mente: El Mochuelo. Esa que dice: “En enero Joche se cogió, en enero Joche se cogió un mochuelo en las montañas de María, y me lo regaló, no más, para la novia mía”.

Para el 2002, habíamos vuelto a vivir a Corralito, donde Elizabeth y ‘Joche’ se conocieron. En ese momento habían empezado a llegar los grupos armados al pueblo y uno no se atrevía a decirles nada porque no sabía ni quiénes eran. Hasta que un día uno de ellos reunió a la comunidad en la plaza central y les dijo a todos que tenían que desocupar el pueblo. Ese mismo día nos enteramos de que la guerrilla había matado a Jorge Tapia, el hermano de ‘Joche’. Ahí decidimos venirnos a vivir a San Juan Nepomuceno definitivamente. ‘Joche’ alquiló una casa con cuatro habitaciones en el barrio Armero y nos fuimos a vivir ahí con Juana, la tía de Elizabeth, su marido y sus hijas.

‘Joche’ siguió trabajando en El Tapón, la finca de Corralito. Iba y venía. Lo primero que hacía cuando volvía a la casa era coger su lora, que se llamaba Lorenza. A él le gustaban mucho los animales, especialmente los pájaros. Los cogía, los ponía en jaulitas y les daba su agua y su comida; ese gusto lo heredó su hijo Leonardo, que también tiene unos pajaritos. En general, le gustaba mucho criar animales: gallinas, cerdos... También tenía una perra, Susi, que era su adoración. A Susi nos tocó enterrarla luego de que un muchacho del barrio le dio una patada y le afectó el hígado. Todos la lloramos.

En ese tiempo Elizabeth iba cumplir los 22 años y él, los 35. Como el cumpleaños de ella era el 9 de agosto y el de él, el 18 de agosto, ella quería hacer una fiesta. Y aunque él dijo que para qué una fiesta a estas alturas, si nunca le habían celebrado un cumpleaños, igual la hicimos. Vinieron los hermanos de San Jacinto y se reunió toda la familia. Bailamos y comimos sancocho. ‘Joche’ fue el centro de atención con sus chistes. Cuando la gente le preguntaba cuántos años estaba cumpliendo, respondía que 15. Elizabeth le regaló unas de esas botas Brahma cafés para el trabajo y él a ella, unas almohadas, un edredón para la cama y unas cortinas que le mandó a hacer. Ella todavía tiene esas almohadas, que ya están viejitas, viejitas.

Le celebramos el cumpleaños el 18 de agosto y el 30 de agosto lo mataron en El Tapón, donde también trabajaba su suegro, Antonio, ordeñando vacas y atendiendo el ganado. En los tiempos libres jugaban cartas y dominó, y por las noches a veces se iban a cazar conejos y venados. Por esos días Elizabeth estaba embarazada de su último hijo, José Manuel. Tenía dos meses.

El día de la masacre, el abuelo Antonio iba para El Tapón, pero en el camino se encontró con un muchacho que lo detuvo y le dijo que habían matado a 'Joche', que se devolviera. El abuelo quiso seguir pero el muchacho insistió: *Vamos, vamos, que esos manes que los mataron vienen aquí mismo*. Logró convencerlo. Dicen que cuando llegó el grupo armado, 'Joche' estaba en el corral de la finca jugando cartas. Eran las cinco de la tarde de un viernes: su hora de descanso. Al parecer trató de huir pero sólo alcanzó a ponerse una de las botas que Elizabeth le dio de regalo en el cumpleaños.

Cuando el abuelo volvió a San Juan, se fue directo para la Policía y el comandante le respondió que ellos ya sabían que habían matado una gente por allá. Nada más. En ese momento Elizabeth iba caminando por la calle central, que pasa junto a la estación, con su hijo Yesid David de la mano. Cuando Antonio, su papá, la vio, dejó caer unos tarros de leche que tenía en la mano. *¿Por qué te devolviste?*, le preguntó ella. Él la sentó en una banca. No sabía cómo decirle. *No vayas a llorar... Tienes que ser fuerte por tus hijos y por ese que tienes en la barriga... Nos mataron a 'Joche'*. Elizabeth se desmayó.

Cuando volvió en sí, sólo lloraba y lloraba. No podían darle ningún medicamento para calmarla por el embarazo. Ella llore que llore y todos preocupados por su salud. Ellos dos se amaban mucho.

El 2 de septiembre, cuatro días después de los primeros asesinatos en El Tapón y Los Guáimaras, trajeron a San Juan a los muertos. Yurleidys estaba sentada en la puerta de la casa de la abuela cuando pasaron unos helicópteros con unas bolsas negras colgando. Todo el pueblo se llenó de un olor a podrido. Ella no entendía qué estaba pasando. Tenía apenas seis años. Elizabeth estaba en el cementerio y tuvo que reconocer a 'Joche'. Físicamente no parecía él; se convenció de que sí era por el pelo, el pantalón y la bota que ella le había dado.

Estuvo de luto durante cinco años: no usaba ropa de colores ni salía a fiestas. Permanecía mucho tiempo en la casa. Ya han pasado 16 años de la masacre y todavía lo llora. Y aunque tiene su pareja, sigue recordándolo. A veces, cuando se siente muy desesperada, se acuerda de él y le pide fortaleza para sacar a sus hijos adelante. 'Joche' nunca nos dejó pasar necesidades.

En la casa cambió todo. Elizabeth apenas tenía 22 años, tres hijos, y uno más que venía en camino. Le tocó irse a trabajar a casas de familia en Cartagena y dejar sus hijos al cuidado de su tía Juana, que fue quien crió a José Manuel, el último hijo de 'Joche'.

A Leonardo, su otro hijo, le gusta criar gallos finos y gallinas criollas. Sacó eso de él. También tiene una perra que no lo desampara: se llama Princesa. Yurleidys tuvo su primera hija, la que sería la primera nieta: Sofiana. Esa hubiera sido la felicidad más grande para él. Siempre quiso darle otra niña a Elizabeth y no pudo.



*Marlyn Barrios, Milena Barrios, Adalberto Barrios, Amira Serrano Muñoz, Isaías Barrios, Luz Estela Barrios*

## **RAFAEL BENITO BARRIOS SERRANO, 'RAFA'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Amira Serrano Muñoz, madre; José Joaquín, hermano; Luz Estela y Milena Barrios Flórez, hijas; Marlyn, Adalberto e Isaías Barrios Serrano, hijos; y Anabel Serrano Castillo, esposa, de Rafael Benito Barrios Serrano*

Amira Serrano Muñoz tuvo tres hijos: Rafael Benito, José Joaquín y Carmen Sofía. Los tres hermanos siempre se mantenían juntos. Incluso, cuando crecieron y conformaron sus propios hogares, trataban de vivir cerca; muchas veces preparaban una sola comida para las tres casas. Rafael Benito era muy cariñoso con Amira y estaba pendiente de ella. Cuando ya estaba casado, la visitaba a ella y a su abuela materna, cada vez que podía. Si no alcanzaba a llegar entre semana, el sábado, después de trabajar, sin falta estaba allí.

Rafael era un hombre trabajador. Además de trabajar en el campo, vendía de todo: medicinas, cosméticos, jabones, ropa y lo que apareciera. Salía temprano, recorría San Juan Nepomuceno y sus corregimientos, y así se hizo muy conocido por

todas partes. Él dejaba la mercancía fiada y después iba a cobrar semanal o quincenalmente, como acordara con los clientes. Llevaba medicinas hasta lugares muy lejanos, a donde hoy no llega nadie. Era una persona justa y humilde de corazón, que daba hasta lo que no tenía. Por eso la gente lo quería. Muchas personas se acercaron a nosotros después de su muerte a manifestarnos eso.

‘Rafa’, como le decía todo el mundo, tuvo un primer matrimonio del que nacieron dos hijas: Milena y Luz Estela. A su segunda esposa, Anabel, la conoció cuando ella tenía 15 años y él 27. ‘Rafa’ era un hombre bien parecido: alto y grueso, con bigote, bien plantado. Además era sencillo, buen conversador, alegre y entusiasta. Todas estas cualidades le llamaron la atención a Anabel.

A los dos años de conocerse, Rafael y Anabel se fueron a vivir a la casa de la mamá de ella, en San Juan Nepomuceno. Después de cuatro años de estar allí, el papá de ‘Rafa’ les regaló un terreno en el barrio El Edén, donde construyeron una casa de bahareque. Luego de un tiempo, gracias a un subsidio de vivienda, pudieron convertirla en una casa de material, que todavía se mantiene en pie, llena de recuerdos.

Cuando Anabel y ‘Rafa’ bailaban en las fiestas, eran el centro de atención. Hacían piruetas y, al verlos, todo el mundo se paraba a bailar. ‘Rafa’ era muy cuidadoso con su imagen: se miraba hasta tres veces en el espejo antes de salir de la casa. Le encantaba el cine y, cuando podía, entraba a varias funciones en un mismo día. Incluso podía repetirse hasta dos o tres veces una película y siempre la veía con la misma atención.

La llegada de Isaías, su primer hijo con Anabel, lo llenó de alegría. Aunque quería mucho a sus dos hijas, con quienes estaba en contacto todo el tiempo, siempre había querido tener un varón. Después llegaron dos hijos más: Adalberto y Marlyn. Él era muy apegado a sus cinco niños. Su hija Milena, del primer matrimonio, pasaba mucho tiempo en la casa de Anabel y ‘Rafa’. Le gustaba ayudarlo en la cocina a su papá y seguir sus instrucciones. Por ejemplo, una vez que estaban haciendo espaguetis, aprendió que los dientes de ajo se machacan sin pelar. Desde entonces siempre lo hace así.

Nos gustaba mucho irnos de paseo. Los niños se lanzaban a los arroyos en bejucos que ‘Rafa’ cortaba o jugaban con él al “palo de coco”: se montaban sobre sus hombros y desde allí se tiraban al agua. Así aprendieron a nadar.

Por esos años San Juan era un pueblo pequeño en el que se iba la luz frecuentemente. Cuando eso sucedía, ‘Rafa’ aprovechaba las noches para sentarse en la puerta de la casa con sus hijos a ver las estrellas. Les hablaba de ellas, les decía que eran obra de Jehová y les ponía nombres. Los niños se quedaban dormidos escuchándolo y él los llevaba con cuidado a la cama.

Rafael era testigo de Jehová, lo que le ayudaba a tener tranquilidad de espíritu y templanza. Y compartía con sus hijos las virtudes que él practicaba. Les enseñó, por ejemplo, que el camino de la verdad es Dios. También les daba consejos y los animaba a estudiar para que fueran alguien en la vida y pudieran tener más oportunidades de las que tuvo él. Gracias a sus consejos y cariño, 'Rafa' construyó un vínculo familiar muy estrecho con sus hijos. Los cargaba siempre que podía y los sentaba en sus piernas para consentirlos. No había celos entre ellos porque él se comportaba igual con todos.

A veces 'Rafa' llevaba a sus hijos a trabajar al campo, para que tomaran ejemplo, dejaran la pereza y aprendieran a ser personas de bien. A veces les mostraba sus manos llenas de callos y cortadas por el monte, y les repetía que estudiaran porque esa era la única manera de salir adelante. *No miren para atrás, miren para adelante*, les insistía.

Cuando su hija Luz Estela se graduó de bachillerato, Rafael la llevó a la ceremonia aunque no estaba bien de salud. *Así sea con tapabocas voy*, decía. Estaba muy elegante, con una camisa blanca. Tuvo los ojos llorosos durante toda la ceremonia. En la fiesta bailó todo el tiempo y antes de la media noche se fue para su casa, porque debido a su religión no se quedaba por fuera más allá de eso. Aunque ese día estaba tan feliz por el gran logro de su hija, que no se quería ir. Constantemente les decía a sus hijos que su gran sueño era que todos fueran profesionales.

Siempre estaba muy pendiente de su hija mayor, Milena, que era un poco rebelde y quedó embarazada muy joven. Le repetía: *Pórtate bien, hija*. Decía que era igualita a él físicamente; era su hija de confianza. Antes de morir, cuando ella ya se había mudado para Cartagena, le mandó una carta en la que le escribió que la quería mucho y que deseaba mudarse para allá, para estar más cerca de ella.

La última vez que Milena lo vio con vida, Rafael estaba ganándose unos días como celador. Ella tenía 26 años y en ese momento estaba embarazada de un varón, que nació después de la muerte de su abuelo. Esa vez ella se le sentó en las piernas, como cuando era niña, y estuvieron hablando de muchas cosas hasta la media noche.

El 31 de agosto de 2002, 'Rafa' escuchó que habían asesinado a su tío Manuel Yepes en la finca Los Guáimaros. En la esquina del hospital del pueblo, un grupo de hombres estaba hablando de ir a rescatar los cadáveres y en ese grupo de rescate terminaron involucrados él y Rider, el esposo de su hermana Carmen Sofía.

Rafael y Rider se subieron al primer vehículo que salió rumbo a Los Guáimaros. Después de eso, no los volvimos a ver con vida.

Amira, su mamá, tiene 16 años de estar sufriendo. Nunca pensó que llegarían tantas cosas malas al mismo tiempo: perdió a su hermano Manuel, a su hijo Rafael y a su yerno Rider. El golpe y el vacío fueron muy fuertes. Nunca se ha podido recuperar del todo. Cuando escucha el nombre de 'Rafa' llora, como el día que se enteró de su asesinato.

Durante muchos años, Milena tuvo una fotografía de su papá colgada al frente de la cama, pero su familia le pidió que la quitara porque decían que la estaba traumatizando. Además, no volvió a San Juan en mucho tiempo. Luz Estela ha tenido sueños en los que habla con su padre: 'Rafa' la sienta en sus piernas, la abraza, la besa y le dice que está vivo. En uno de los sueños, Rafael estaba acostado en una hamaca grande, abrazándola, y ella le decía: *'Rafa', ¿por qué te fuiste para allá?* Y él le respondía: *Ni yo mismo sé qué me impulsó a irme. Al principio sentí dolor, pero después sentí paz.* Nosotros sabemos que murió orando.



*Ernesto Blanco, fallecido en agosto de 2018*

## **ROBERTO CARLOS BLANCO RODRÍGUEZ, 'ROBER'**

*Este testimonio es el resultado de una entrevista a Ernesto Blanco (+), papá de Roberto Carlos Blanco Rodríguez.*

A Concepción Rodríguez, la mamá de 'Rober', la conocí un día que venía de Barranquilla para San Juan. Se embarcó en el mismo carro en el que yo estaba y desde ahí quedamos prendados, enamorados. Con ella tuve cinco hijos: Néstor Rafael, José Miguel, Alexander, Liliana Margarita y Roberto.

Nuestra casa quedaba en el barrio San Isidro. Ahí nació Roberto. Ahí estuvimos 40 años. Yo mismo la construí con mucho esfuerzo. Era una casa buena, de material, amplia. De fachada blanca, cuatro alcobas, su baño, un patiecito pequeño y un quiosquito para tener sombra, para recibir el fresco.

No todos los hijos lograron estudiar. Ni Nestícor ni Alexander quisieron terminar. José, Liliana y 'Rober' sí terminaron el bachillerato. Roberto era magnífico. Todo lo sacaba sobresaliente en el colegio. No perdió ningún año. Eso sí, nunca qui-

sieron estudiar en la universidad. Nunca aspiraron a eso porque sabían que no podían. Yo toda la vida he sido pobre.

‘Rober’ estaba en un grupo de gaita en el colegio, en el que tocaba el tamborcito y el llamador. ¿De dónde aprendió? Yo creo que eso fue por un amigo mío de San Isidro, que era músico y tocaba la gaita. Lo escuchábamos tocar y ahí nos enamoramos de la música. Empezamos a practicar y luego recibimos clase con un señor llamado José Rodríguez Arrieta, un primo de mi mujer. Pero yo era más bien fanático, nunca aprendí del todo. En cambio ‘Rober’ sí aprendió rapidito; fue muy inteligente para eso. El maestro le enseñaba canciones como “La negra Celina” o “La paloma guarumera”.

Roberto montó su grupo en el colegio y se presentaron en el Festival de Gaitas de Ovejas, Sucre. La segunda vez que fueron, se ganaron el primer puesto. Fueron campeones. A él le gustaba mucho. ¡Mire hasta donde llegó! Yo lo seguía a todas partes como buen fanático. Se veía magnífico en el escenario. Todos se subían vestidos de blanco y con sombrero vueltiao de paja.

Cuando estaba pequeño, ‘Rober’ era inquieto, amable, le gustaba la charla. Ya grande le gustaba mucho jugar cartas y billar, y el traguito. Pero nunca se metía con nadie. Se tomaba sus rones y se quedaba dormido. Le gustaba toda la música y toda la bailaba en las casetas. Más que todo la champeta. ¡Y bailaba muy bien! ¡Es que estaba jovencito! Todo el mundo lo conocía por su amabilidad, porque era muy bondadoso. Era un muchacho sano. Por eso le duele a uno que lo hubieran matado.

‘Rober’ tenía 24 años cuando me lo mataron. Para ese momento estábamos viviendo solamente los dos en la casa de San Isidro. Ya todos los hermanos se habían casado y él seguía conmigo. Era el que más me ayudaba. Cuando salió del colegio, trabajaba conmigo la albañilería y también lo llamaban por aparte para hacer trabajos. Yo le enseñé desde pelao. Me lo llevaba y lo ponía a pegar bloques; al principio los ponía torcidos pero fue mejorando. Casi todos los muchachos me salieron muy buenos albañiles. Con el tiempo ellos se fueron modernizando y aprendieron a pegar pisos con cerámica y esas cuestiones.

De ‘Rober’ me queda sólo una foto que mandé a reconstruir. Tenía unos 18 años cuando se la hicieron. Ahí se alcanza a ver que era flaco como yo. Tenía los ojos café clarito, las cejas delgadas, las orejas grandes, la nariz pequeña pero puntuda, como la mía, y el pelo apretado. Medía como 1,70; un poquito más alto que yo. Todos mis hijos son altos. ¡Me quedaron bien hechos! Aunque Alexánder sí es un poquito bajito. Roberto siempre estaba sonriendo. Uno nunca lo veía bravo.

El resto de fotos de la familia se fueron perdieron cuando nos fuimos para Barranquilla y nos quedamos sin casa. Nos tocó salir por la violencia. Y eso terminó de enfermar a Concepción, mi esposa. Sufrió del colesterol y del azúcar y, para acabar de completar, quedó ciega. Actualmente está ciega y flaquita porque no duerme mucho. Los médicos dicen que se puso a pensar tanto que se enfermó. Tiene Alzheimer; perdió la mente. Ella sufrió mucho por la muerte del hijo. Nosotros teníamos una tiendecita en la que todos los días vendíamos 200 mil pesos, y ella no quiso atender más. Ni ganas tenía de vivir. A mí también me cayó una gran tristeza; andaba sin ganas de nada. Todo lo que hacía me salía mal.

El desplazamiento a Barranquilla fue después de la muerte de ‘Rober’. Por las noches empezaron a meternos panfletos debajo de la puerta, diciéndonos “sapos”, “cuidado con decir algo”. Lo que pasó fue que en el velorio empezaron a llegar versiones de que uno de los asesinos vivía en el mismo barrio de nosotros. Y luego de esos rumores llegaron las amenazas. Tuve que vender la casa, casi regalada, y nos tocó irnos.

Yo volví a San Juan Nepomuceno como en el 2006, cuando recogieron a todos los paracos del pueblo. Concepción se quedó en Barranquilla con nuestro hijo Néstor Rafael. Ella nunca se pudo recuperar de la muerte de ‘Rober’. Le costó mucho creerlo. Incluso el día en que lo mataron en Los Guáimaras –porque se fue a buscar unos muertos con su jefe, ‘Lucho de Oro’–, Concepción dice que lo vio llegar. *Ya cruzó mi hijo*, dijo, y se fue a dormir tranquila. Pero no fue así.

El cuñado de ‘Lucho de Oro’, José Luis Contreras, tenía al hijo en los Guáimaras y al pueblo ya había llegado el rumor de que habían matado a cuatro personas en ese sector. Entonces, ‘Lucho de Oro’ estaba buscando gente para que lo acompañara a rescatar el cuerpo y le dijo a ‘Rober’, porque ellos eran cercanos. ‘Rober’ fue el que le construyó la casa y era el que le hacía los mandados, y como nunca decía que no, se fue con él. Y en el camino, llegando allá, los mataron. Pero nos tocó esperar varios días para que trajeran los cuerpos.

A mi hijo le gustaban mucho los niños pero nunca tuvo uno. Alcanzó a conocer a dos sobrinos, que quiso mucho: Brayán y Darly Patricia. Ellos estaban como de cuatro y siete años cuando sucedió la masacre. ‘Rober’ se volvía como un niño cuando estaba con ellos. O no, más bien él era como un niño. Por las tardes se sentaba frente al televisor a ver muñequitos y a morirse de la risa. Así lo recuerdo: sonriendo siempre.



*Elizabeth Lang de Contreras*

## **JOSÉ LUIS CONTRERAS ARDILA, 'JOSÉ LUISITO'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Elizabeth Lang Vergara y José Luis y José Carlos Contreras Lang, esposa e hijos de José Luis Contreras Ardila.*

José Luis Contreras Ardila, o 'José Luisito', era la mano derecha de su papá, José Luis Contreras Acosta. Era quien andaba con él para arriba y para abajo, ayudándole en los negocios de compra y venta de ganado. Era el hijo mayor y ayudó a criar y a educar a sus siete hermanos.

'José Luisito' conoció a su esposa, Elizabeth Lang, bailando en las fiestas de San Juan Nepomuceno, el pueblo donde ambos nacieron. Aunque ella era una mujer de iglesia, nunca escondió su gusto por el baile. En los tiempos de antes, durante las fiestas, las mujeres se sentaban a un lado y los hombres al otro. Ellos eran los que sacaban a bailar. Si eran buenos parejas, bailaban juntos toda la tanda de música y si no, sólo bailaban un disco. 'José Luisito' sabía bailar, así que Elizabeth no lo soltaba en toda la noche. Claro, poniéndole la mano en el pecho para que no se le recostara mucho.

En la casa de 'Eli' no gustaban de José porque no querían que la niña tuviera novio; por eso los muchachos decidieron verse a escondidas en las casas de las amigas de ella. A veces los cogían las nueve de la noche por fuera y en la calle se escuchaban los gritos de la mamá de Elizabeth diciéndole a su hija: *Mira, muchacha, ¿te mando la cama?* Entonces se separaban para volverse a encontrar al siguiente día. Como en esa época no había teléfono, se mandaban razones sobre los sitios de encuentro con los amigos.

Estuvieron de novios un año y se casaron el 21 de diciembre de 1974; ambos tenían 26 años. La ceremonia fue a las seis de la mañana. José tenía puesta una camisa blanca de manga larga y un pantalón caqui y 'Eli', un vestido verde de seda que le marcaba la cintura. Ese mismo día se fueron de luna de miel a Santa Marta, pero el Cinzano y el vino de la celebración hicieron que ella se mareara y vomitó todo el camino. Tuvieron que parar en Ciénaga para que ella se tomara una sopa de pescado, que la compuso para el resto de la luna de miel. Dos años más tarde tuvo a su primer hijo, José Carlos; luego nacieron Francisco Javier y José Luis.

'José Luisito' era un hombre muy casero; le costaba tomar tinto en otro lugar que no fuera su casa. Por eso, cuando tenía que madrugar a trabajar, sin importar la hora que fuera, Elizabeth se despertaba con él y le preparaba su café. Se amañaba mucho en su casa. Al caer la noche, se sentaba siempre en la misma mecedora.

Para despertar a los hijos en la madrugada, 'José Luisito' les mordía las orejas y les hacía cosquillas y los niños se levantaban rezongando entre dientes pero siempre obedientes a su papá.

Cuando llegaba de la finca en su caballo, exigía encontrar a sus hijos en casa; incluso pasaba lista. Ellos ya sabían lo que tenían que hacer: uno cogía el caballo y lo desensillaba, otro le buscaba las abarcas y el otro le quitaba las botas y las medias, mientras él se sentaba a leer el periódico. Decía: *Aprovechen y limpien las botas ahora, que cuando la boñiga de vaca se seca es más difícil.* Así fue como les inculcó disciplina.

Había reglas muy claras en la familia. Por ejemplo: todos tenían que estar en la casa al mediodía para almorzar. Él decía que sus hijos no se podían convertir en una carga y en una boca más que alimentar para las familias de sus amigos, porque nadie sabía las dificultades que había al interior de esas casas. Les enseñó a sus hijos a ser responsables e independientes desde pequeños. Gracias al amor y el cuidado del viejo, todos sus hijos tuvieron una infancia feliz.

Todos los 31 de diciembre los cinco se reunían para darse el feliz año. En esa

fecha especial Elizabeth hacía la comida y les pedía a sus tres hijos y a su esposo que estuvieran a las once y media de la noche en la casa para recibir juntos el nuevo año, cantando y bailando. Ninguno faltaba a la cita.

José era muy jocosos y alegre; casi nada lograba sacarlo de casillas. Siempre decía las cosas con refranes y dichos. José Carlos heredó eso de él: es dicharachero como su papá. Era muy detallista. Sabía que a 'Eli' le gustaban las pulseras, los collares y los aretes, y siempre que podía le llegaba con un regalo de esos. O lo que se le atravesara. Un día estaba compartiendo con unos amigos en una cantina de San Juan y le vendieron una cobija de lana y muchas agujas; y con eso llegó a su casa. Todavía, en las noches más frescas, 'Eli' usa la cobija y se acuerda de esos días.

Era muy caritativo con las personas. Le gustaba servir a los demás. Disfrutaba mucho del campo, de la siembra y de montar a caballo con su esposa y con sus hijos. Mientras tuvieron finca, nunca se perdió una cabalgata.

Siempre que podía pedía de comer arroz apastelado: una receta de la costa que lleva varios tipos de carne. También le gustaba mucho el arroz de fríjol, las patas de cerdo con fríjol zaragoza, el sancocho trifásico y los bollos. Una vez 'Eli' tuvo que viajar por el trabajo y José quedó al cuidado de los hijos; los niños la llamaban todas las noches diciéndole que regresara pronto porque estaban cansados de comer bollo al desayuno, bollo al almuerzo y bollo a la cena.

'José Luisito' nunca se quedaba quieto, siempre estaba arreglando algo. Si veía a su esposa preparando comida para vender, le ayudaba en lo que fuera necesario: desde pelar papas y lavar los platos, hasta menear el arroz. José trabajaba en compra y venta de ganado. También vendía carneros, cerdos y vacas en San Juan. Así pudo sostener a su familia. En algún momento, después de ahorrar mucho, pudo comprar un Nissan, que él manejaba; pero el carrito pasaba más tiempo en el taller que afuera. Hasta que un día un señor le propuso que le cambiaba el Nissan por unos terneros y José aceptó, porque le gustaban mucho los animales.

Tenía un expendio de carne que abría a las tres y media de la mañana. José Luis, el hijo menor, se encargaba de cuidar el cajón de la plata, de recibir los pagos y entregar las vueltas; mientras Francisco, el segundo, cortaba la carne. Casi siempre, a las nueve ya no había nada para vender. Eran capaces de vender hasta una vaca completa en menos de medio día.

El 31 de agosto de 2002, José escuchó en el pueblo el rumor de una masacre en Los Guáimaras, donde estaba su hijo Francisco. De inmediato tocó todas las puertas posibles para ir a buscar los cadáveres y logró conseguir un Jeep. Con seis

personas más atravesó los corregimientos de San José del Peñón y Corralito y luego cogió la carretera que va a San Agustín. Esa fue la última vez que los vieron. Nunca más regresaron.

La vida de Elizabeth se tronchó. Tuvo que empezar una nueva vida sin su hijo y sin su compañero, los dos pilares de su casa, quienes sostenían a la familia. Al principio, la gente que nos rodeaba estuvo muy presente, pero después de las novenas todo el mundo volvió a su vida normal. En cambio, nosotros no dejábamos de pensar en que nunca más veríamos a José en su mecedora, ni a Francisco haciendo bromas en la casa. Su ausencia ha sido dura para todos. Cuánto habrían disfrutado sus nietos de sus enseñanzas. Todos tenemos un vacío en el corazón que todavía no se llena.

La prenda de vestir favorita de 'José Luisito' era una guayabera blanca que su esposa le compró cuando su mamá, la señora Carmen Ardila, se enfermó y él comenzó a prepararse para su muerte. También la usó para la primera comunión de sus hijos. Ese es el objeto máspreciado que Elizabeth conserva de él. Allí guarda la plata y cuando la saca, le agradece a su esposo por estar en espíritu con ella, por acompañarla. También conserva una gorra, unas gafas y una cartera. Además, tiene las fotos de Francisco y de José en su cuarto y algunas veces habla con ellas. Les dice cosas como: *¡Ajooo, José! Tú si estás sabroso ahora porque no tienes que pagar recibos, ni luz, ni gas, ni nada de eso.* Para sus hijos es un golpe muy fuerte escucharla así.

Ella dice que Dios y María Santísima le han dado la fortaleza para seguir adelante. No fue la mano de Dios la que se llevó a su esposo y a su hijo, sino la mano del hombre, que con su ambición y egoísmo hace tanto daño. Ahora Elizabeth es el soporte de la familia: de sus hijos y sus nietos. Uno de ellos se llama Francisco José, en honor a la memoria de los dos que ya no están.



*Adriana Luna, Sergio Mendoza Luna, Yamidt Luna, Alicia Luna, Alicia de la Rosa, María Camila Luna, Natalia García, Sophía García, Magola Luna, Manuel García y Wilmar de Jesus Sierra*

## **MANUEL JOAQUÍN LUNA BARRIOS, 'MANE JOACO' O 'MANECO'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Alicia Esther de la Rosa de Luna, esposa, y Yamidt, Adriana, Mariana, Rodolfo, Alicia y Magola Luna de la Rosa, hijos de Manuel Joaquín Luna Barrios.*

A Manuel Joaquín Luna Barrios todos lo decíamos 'Maneco' o 'Mane Joaco'. Y su esposa, Alicia de la Rosa, a quien él llamaba cariñosamente 'La Negra', también le decía 'Nariz de Patacón'. Era muy jocoso y se hacía bromas con todo el mundo. Era muy popular en San Juan Nepomuceno.

Nació el 21 de agosto de 1944, el mismo día y mes que escogió para casarse 22 años después. Lo criaron sus hermanos mayores porque, en los tiempos de antes, los papás se iban para el monte a trabajar y dejaban a los niños en las casas de los familiares.

Manuel y Alicia se conocieron en San Juan. Ella era una señorita de bien.

Tenía 16 años, había estudiado en Barranquilla y era la niña de los ojos de su papá, Luis de la Rosa, un ganadero de la región, muy popular, conocido como ‘Lucho Gere’. ‘Maneco’ trabajaba de jornalero en la finca de éste y veía a Alicia todos los sábados, cuando iba a cobrar la semana de trabajo. Desde el principio le causó curiosidad.

Se enamoraron y a pesar de que la familia de ella no estaba muy de acuerdo, se fueron a vivir juntos, se casaron y construyeron una familia con siete hijos. El amor pudo más. Cuando ‘Maneco’ murió, el 31 de agosto de 2002, su hijo mayor, Rodolfo Manuel, tenía 31 años; Yamidt, 28; Mariana Esther, 27; Adriana Esther, 22; Magola del Carmen, 20; Luis Manuel, 17; y Alicia Isabel, 13.

‘Maneco’ cuidaba a sus cinco hijas como si fueran un tesoro. Era muy celoso y sólo aceptaba en su casa a los muchachos que eran muy persistentes. La que más sufrió fue Yamidt, que era la mayor de las mujeres.

Siempre les enseñó a sus hijos que había que luchar en la vida: una lección que les ayudó no sólo a soportar su muerte, sino las terribles circunstancias en las que ocurrió. Manuel trabajaba como agricultor y también trabajaba la carne; era matarife y tenía un expendio de carne en su casa. Además de todo eso, arreaba ganado. Anteriormente el ganado no lo transportaban en camiones, sino que había personas que llevaban los animales de un lugar a otro: de las fincas al matadero, o de finca a finca. Así conoció todas las tierras que rodean San Juan Nepomuceno.

Se levantaba todos días entre las cuatro y las cinco de la mañana y a esa hora empezaba a vender la carne en el expendio. Nunca cerraba. Mamaba gallo con los clientes todo el día. Cuando tenía que salir a revisar los cultivos que tenía en la finca de sus hermanos Reinaldo y Antonio, su esposa Alicia administraba el local.

‘Maneco’ siempre se vestía con camisas de manga corta, desencajadas, y pantalones de tela con pinzas y abarcas. La gente lo recuerda montado en su caballo, con un sombrero vueltiao, recorriendo San Juan y saludando a todo el mundo. Hasta saludaba a la gente que no conocía, diciendo: *Adiós mijita, ¿cómo estás?* o *Señor, ¿cómo le va?* Y después preguntaba: *¿Quién es ese?* En la provincia es costumbre decirle “hola” a cualquiera, aunque uno no tenga idea de quién es la otra persona. Así era Manuel de abierto con la gente.

Cuando llegaba en las tardes de trabajar, paseaba en caballo a sus dos nietos mayorcitos y, después, se sentaba con ellos en el corredor de la casa a jugar a los chocoritos. A la más pequeña, que tenía un año, le sonaba un vaso con hielo y la niña movía su cuerpecito para que él la cargara. Hoy son nueve nietos, que se ríen con las historias que les cuentan sobre su abuelo.

Algunas veces, cuando llegaba en su caballo un poco tomado, entraba a la casa en el animal: se agachaba para cruzar la puerta y atravesaba la sala, la cocina y el kiosko de palma hasta llegar al patio, y allí desensillaba. Los nietos pequeños se asombraban con la maroma y sus hijas se reían.

‘Maneco’ tenía miles de dichos. Por ejemplo, cuando veía a una pareja con un hombre bien parecido y una mujer maluca, decía: *Ese hombre tiene mujer para toda la vida porque ¿quién se la va a quitar?* O cuando la situación económica estaba difícil, repetía: *Jumm, vivo así sea en el filo de un socio*, que es el cuchillo filoso con que se trabaja en el campo. Además, solía usar la expresión “probao” para afirmar cualquier cosa: *Papá, ¿va a llover?* Y él contestaba: *Probao*.

Sus asados eran famosos. Montaba la olla en el patio de su casa con la vitualla y asaba la carne jugosa en un fogón artesanal. El olor de la carne alborotaba a todo el vecindario y él repartía carne y vitualla al que llegara. Lo mismo hacía cuando traía de la finca una carga de mazorca verde: la ponía a cocinar para luego darle a todos los vecinos. También le gustaba mucho cocinar bocachico en cabrito: le metía tomate, cebolla, ají y cilantro, y lo amarraba con la pita de los bollos, antes de ponerlo a cocinar a las brasas.

Además de los asados, a ‘Maneco’ le gustaba mucho el sancocho. Todos los días, sagradamente, se tomaba dos tazones de sopa con suero o vinagre casero. Tampoco le podía faltar el machucado sanjuanero: una especie de ensalada hecha con cebolla roja, cilantro, huevo criollo, cebolla de cañita y ají chivato, que es el ají grande picante que se cultiva en la región.

‘Maneco’ tenía 58 cuando lo mataron; este año cumpliría 75 años. Él les dejó muchas enseñanzas a sus hijas, como la responsabilidad y el amor por el trabajo. Era muy serio con eso. Además, cuando daba su palabra, siempre la cumplía. Le hacía favores a todo el mundo, sin ningún interés. Algunos dicen que lo que pasó fue por su sentido de responsabilidad: quería cumplirle a su compadre José Luis Contreras; por eso se fue con él a buscar a Francisco, el hijo de José, a quien habían matado en la finca Los Guáimaras.

Ese 31 de agosto de 2002, Manuel estaba listo para irse al monte en su caballo, pero al final decidió no ir: quitó la silla y soltó al caballo. Estaba sentado en la puerta de su casa cuando escuchó el rumor de la masacre y habló con su compadre José Luis. Luego le dio la noticia a su esposa Alicia: *Negra, mataron al hijo de mi compadre. Mataron a Francisco*. Su esposa le preguntó: *¿Vas para allá?* Y él enseguida dijo que sí. Después volvió a hablar con José Luis: *Compadre, si no hay quién vaya con usted, yo sí lo acompaño*.

Se empezó a vestir. Su esposa lo siguió por todas partes, tratando de quitarle la camisa y hasta las botas de los pies, rogándole que no se fuera. Pero Manuel le decía: *'Negra', ¿y si fuera nuestro hijo 'Rodo' (ahijado de José Luis)? Estoy seguro de que yo contaría con mi compadre y él me acompañaría; no lo pongas en duda. No me va a pasar nada. Ahora en la noche venimos y todo el mundo querrá escuchar los cuentos de lo que pasó.*

Se montó en el jeep en el que irían a recoger los cuerpos y, sin abotonarse la camisa, le dijo al conductor: *Arranca, arranca, que esta gente me quiere bajar.* Ya en la calle, le seguíamos gritando: *'Maneco': ¡bájate, por favor, bájate 'Maneco'!* Y él insistía: *¿Cómo no vamos a acompañar a mi compadre en esta situación?*

'Maneco' era el soporte de su casa, el horcón, como llamamos en la costa a la cabeza de la familia, en referencia a la viga de madera que sostiene los ranchos y sobre la que se construye todo lo demás. Tras su asesinato, a sus hijos les tocó asumir todas las responsabilidades. Ahora eran los horcones de la casa y si ellos se caían, todo lo demás se derrumbaría.

Tras su asesinato, se levantaron con las uñas y, como pudieron, siguieron adelante. Ahora 'Rodo', su hijo mayor, es docente; tuvo que hacer préstamos para poder terminar su carrera, pero se graduó. A Adriana, quien ya era bachiller cuando todo sucedió, le tocó trabajar muy duro, pero se hizo profesional en San Juan; estudió licenciatura, hizo una especialización y hasta una maestría. Y a los otros hijos les tocó estudiar carreras técnicas porque la situación económica no alcanzaba para más. Hoy todos se ganan la vida honradamente.

Algunos vecinos dicen que da tristeza que el viejo 'Mane Joaco' no pueda ver todo lo que han logrado sus hijos. Se han hecho profesionales a punta de golpes, tropezones y mucha esperanza. Y también gracias a las enseñanzas y el ejemplo de su papá, quien no paraba de hablarles de la importancia del trabajo y la responsabilidad.

La mañana antes de que pasara todo, se despidió temprano de su nieta Yeimi y de su hija Mariana, quienes viajarían a Barranquilla ese mismo día. Las abrazó, les dio besos y le dijo a su hija: *Cuídame mucho a mi nieta, no la sueltes; mira que hay muchos carros, mucho tráfico en la calle; que no le pase nada.* Luego llegó la buseta y ellas se embarcaron; esa fue la última vez que lo vieron con vida.



*Liz Karina Ramírez Barrios, Casta Cantillo Roa, Rider Ramírez Barrios, Carmen Barrios Serrano*

## **RIDER RAMÍREZ CANTILLO, 'EL POPY' O 'SOCIO'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Casta Isabel Cantillo Roa, madre; Carmen Sofía Barrios Serrano, esposa; Rider y Liz Karina Ramírez Barrios, hijos; José Joaquín Barrios, cuñado; y Luis Yepes, tío de la esposa de Rider Ramírez Cantillo.*

Rider Ramírez Cantillo era alto, de contextura delgada y elegante. Usaba un bigote corto, que cuidaba con esmero. Se vestía con ropa clásica y siempre se encajaba la camisa. Le gustaban mucho las gorras y tenía de todos los estilos. Antes de salir de su casa se bañaba en colonia; no salía sin ella a ninguna parte y decía que lo protegía de los males del mundo.

Nació sietemesino, el 20 de julio de 1966, en el corregimiento de Arroyo Grande, en Cartagena de Indias. Fue el segundo de los ocho hijos que tuvieron Ramón Ramírez Méndez y Casta Isabel Cantillo Roa. Era un niño educado y aplicado en el colegio. Tuvo buenas notas durante todo el bachillerato, que terminó en Luruaco (Atlántico). No pudo seguir estudiando porque su familia no tenía con qué. Sus amigos y familiares le decían 'el Popy'.

Se distinguía de los otros niños porque ahorraba cuanto peso ganaba ayudando al papá en las labores del campo. Nunca fue travieso, como muchos niños, por eso siempre sus parientes recordaban una ocasión en que Ramón lo regañó y después de eso desapareció. Todos lo buscamos durante un día y una noche por todo el pueblo, pero no lo encontramos. A la mañana siguiente apareció. Estuvo escondido todo el tiempo encima de una troja de madera que se usaba para depositar alimentos y resguardarlos de los animales rastreros.

La familia Yepes Barrios, de San Juan Nepomuceno, lo adoptó desde el primer momento de sus amores con Carmen Sofía Barrios. Era un miembro importante. A Carmen Sofía la conoció en la estación de buses del mercado de Bazurto, en Cartagena. Ella viajaba con su cuñada y una sobrina a visitar a su papá, Adalberto Barrios, que estaba trabajando en Arroyo Grande. Desde que se vieron en medio el bullicio se gustaron. Resultó que ambos tomaron el mismo bus y conversaron durante todo el camino. Fue amor a primera vista.

Esa primera noche en Arroyo Grande, el padre de Carmen Sofía organizó una fiesta por la llegada de ella. El pueblo era pequeño, todo el mundo se conocía y era costumbre que la gente llegara a las celebraciones incluso sin estar invitada. Así fue como Rider terminó en esa fiesta. Llegó a las siete de la noche. En cuanto la vio, le estiró la mano, le preguntó si bailaba con él y en toda la noche no pararon de bailar. A Rider le gustaba mucho el vallenato, además de la música jíbara. Esa noche sonó “La Chinita” de Diomedes Díaz, y Rider se la cantaba: “Ay, qué muchacha tan bonita, para que ustedes la vean, se parece a una chinita, de esas de allá de Corea”.

A partir de ahí fue a visitarla todos los días. Después de una semana, ella se devolvió a San Juan Nepomuceno y, durante los dos meses siguientes, él la llamaba frecuentemente al teléfono fijo de la casa de una prima. Carmen buscó la manera de convencer a su familia de regresar a Arroyo Grande y ahí retomaron su historia de amor. Sin embargo, no podía durar para siempre y a ella le tocó regresarse a San Juan. Un mes y quince días más tarde, él se presentó para quedarse y nunca más se fue. En San Juan hicieron su vida juntos.

Rafael Benito, hermano de Carmen, se hizo muy amigo de Rider y de inmediato comenzó a buscarle trabajo. Rider estaba decidido a trabajar en lo que fuera. Salieron juntos una mañana y en la tarde nos trajeron la noticia de que había conseguido trabajo en una carpintería. Allí empezó lijando la madera, pero al poco tiempo ya podía armar una silla y un mes más tarde estaba armando mecedoras y haciendo muebles. Hasta el fin de su vida ese fue el oficio al que se dedicó para sostener a su familia.

En 1989, un año después de haberse conocido, Carmen Sofía y Rider se fueron a vivir juntos. En esa época ella trabajaba en una droguería y él se había estabilizado económicamente. Al principio, vivieron en la casa de Amira Serrano, la mamá de ella, pero poco tiempo después, el padre de Carmen les regaló un lote en el barrio El Edén y allí construyeron su casa.

En 1990 nació su primer hijo, a quien llamaron Rider. El papá eligió el nombre justo en el momento del registro. Había repasado muchas posibilidades pero ninguna le pegaba, hasta que al final se decidió a nombrarlo como él. Dos años después nació Liz Karina, a quien también le escogieron el nombre después de nacida, de un listado que la futura madrina de la niña le había enviado a Rider.

Él estaba dedicado totalmente a su familia. En la época en que nació Rider hijo, los partos eran sucesos recatados, que se hacían en la intimidad de las casas o del cuarto del hospital, con la sola presencia de los médicos, como en este caso. Los esposos no podían entrar a la habitación durante el trabajo de parto. Conservando esa tradición, pero inconforme con ella, Rider se mantuvo detrás de la puerta; sin embargo, cuando oyó el primer llanto de su hijo, no soportó y entró corriendo a quitarle el niño de las manos al médico. Le pidieron que saliera porque Carmen ni siquiera había expulsado la placenta. Él salió, pero con el niño en sus brazos para mostrárnoslo a quienes estábamos afuera. Cuando nació Liz Karina, actuó con igual devoción. Apenas le dieron los dolores a Carmen Sofía, él la subió a la parrilla de su bicicleta y la llevó al hospital. Estuvo al pie de ella todo el tiempo mientras nacía su hija.

Siempre participó de la crianza de Liz Karina y de Rider, a quienes por cariño llamaba 'la Male' y 'el Porri'. Antes de irse a trabajar les dejaba preparado el primer tetero del día. Él patrocinó que Liz Karina siguiera tomando diariamente un tetero hasta los nueve años. Se lo preparaba bien caliente a las seis de la mañana y lo ponía en una mesita de noche al lado de la cama. Ella tomó tetero hasta el último día de la vida de su padre.

Rider era una persona noble, cariñosa, trabajadora, humilde, de pocas palabras; un padre consentidor que sacrificaba su bienestar por el de sus hijos, pero con mano firme para la crianza. Era muy ordenado y asignaba las tareas para ayudar en la casa. Siempre iba a las reuniones del colegio. No pasaba por alto un irrespeto, una grosería o el desaseo de la casa. Cuando quería reprenderlos, les prohibía ver televisión. No le gustaba pegarles y, cuando lo hacía, era porque ya habían pasado los límites de su paciencia.

Tampoco le gustaba que sus hijos estuvieran mucho en la calle. Les daba to-

do lo que le pedían para que jugaran en el patio: tenían columpios y casitas de madera de dos pisos. Incluso, a 'la Male' le hizo una casita con muebles y todo lo de una casa normal. Él trataba de fabricar los sueños de sus hijos con sus manos de artista. Al 'Porrí' lo apoyaba en el fútbol; se esmeraba porque tuviera su uniforme y sus guayos en buen estado y lo acompañaba a cada entrenamiento y partido que tuviera. A 'la Male' la llevaba a la casa de la cultura para que participara en un grupo de danza folclórica.

Como pudo, Rider se independizó de la carpintería para la que trabajaba y montó su propio negocio en el garaje de su casa, para estar más cerca de su familia. Los compañeros de trabajo, por la confianza y la hermandad que los unía, siempre le decían 'Socio'. Su jornada laboral comenzaba a las ocho de la mañana, para que el ruido no despertara temprano a sus hijos y pudieran descansar tranquilos.

A Rider le gustaba sobre todo el pescado frito con arroz de coco y patacones. Los fines de semana salían a dar vueltas por el pueblo, todos juntos. Él siempre les compraba algo, aún si la plata sólo alcanzaba para un heladito. La misa de los domingos era obligatoria y los cuatro asistían juntos a la ceremonia de las ocho en la mañana, en la Parroquia de San José. La familia también hacía parte del grupo de catequesis de la iglesia y, con otros matrimonios amigos, asistían a retiros espirituales en Sincelejo y Corozal.

Viajaban siempre en vacaciones. Eran muy pocas las veces en que se separaban. A veces, Carmen visitaba a su papá, con sus hijos y sobrinos, en la finca en la que trabajaba, cerca de Santa Catalina y próxima a Cartagena, o Rider cogía para Arroyo Grande. Aunque decía que no le gustaba ir al monte, cuando estaba en Arroyo Grande, trabajaba el campo con el papá y en ocasiones se llevaba a Rider José, su hijo.

Como Rider era un miembro más de la familia de Carmen, él siempre estaba pendiente de sus cuñados y suegros, como si fueran sus hermanos y padres. Una vez, el papá de Carmen tuvo un grave accidente y él se hizo responsable de la situación. Tenía una estrecha relación con su cuñado Rafael; desde el principio hubo un gran afecto entre ellos y hasta para morir se fueron juntos.

Cuando el 31 de agosto de 2002 Rider vio a 'Rafá' embarcado en un carro, en el que iban a buscar a unas personas que habían asesinado el día antes en la finca Los Guáimaras, dijo que él lo acompañaba. Entre los muertos estaba Manuel, un tío de su esposa.

Después de que cayó la noche y no regresaron, Carmen quedó hundida en la depresión. No quería saber nada de comida. No cocinaba. No lavaba. No podía cuidar a sus hijos. Una cuñada suya se enteró de la noticia y se vino enseguida a hacerse

cargo de los niños. Cuando Liz Karina lloraba porque quería a su papá, ella se tiraba en la cama a llorar con ellos. Después de que se confirmó la muerte de su esposo, Carmen no fue capaz de levantarse por mucho tiempo.

Sólo con el paso de los días reaccionó y fue consciente de la gran responsabilidad que le quedaba. Su papá estaba en silla de ruedas y su mamá, Amira, también estaba enferma. Con la muerte de Rider y Rafael, además de la de Manuel, quedaban solamente ella y un hermano para hacerse cargo de la familia. Un antiguo jefe de Carmen la volvió a llamar para trabajar y allí ocupó todo su tiempo.

A pesar de estos 16 años sin Rider, la familia ha logrado salir adelante tratando de estar juntos cada vez que se pueda. Carmen continua trabajando para apoyar a la familia, y Liz Karina y Rider José han seguido estudiando y están comenzando a definir sus propias vidas.

El parecido físico de los dos hijos con su padre es impresionante. Además, Rider José heredó su nobleza y es de pocas palabras; Liz Karina sacó su carácter y muchos de sus gustos. Para ellos Rider no ha muerto, siempre está presente en cada momento de su vida y cada día crece el amor por él. Todos esperamos que algún día podamos volver a encontrarnos, para que la historia de la familia pueda tener por fin un final feliz.



*Lucila Quintana Luna*

## **ANDRÉS JOSÉ ROMERO QUINTANA, 'LORE'**

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Lucila Quintana Luna y Luz Marina Yepes, mamá y tía de Andrés José Romero Quintana.*

El papá le quería poner Lorenzo Agustín pero la mamá no quiso, decía que ese nombre *era muy grande*, entonces se quedó Andrés. Andrés José Romero Quintana. Pero todo el mundo le decía 'Lore' y él entendía era por ese nombre.

El 'Lore' era hijo de Lucila Teresa Quintana Luna y Luis Lorenzo Romero Rodelo. Ocupaba el quinto puesto entre sus hermanos, Claudia, Sergio, Diana Isabel y Aleida María. Todos esos nombres los sacó don Luis del periódico *El Tiempo*, que leía a diario, sagradamente. Él era albañil y doña Lucila se encargaba del hogar y los hijos.

Todos ellos nacieron en La Frontera, un barrio de San Juan Nepomuceno, vecino al hospital principal del pueblo. Allí vivían en una casa con los papás y las hermanas de Luis Lorenzo. La mayoría de los pelaos nació en esa casa, menos Andrés y su hermano Alejandro Javier, que nacieron en el hospital.

Pero Alejandro se nos fue muy rápido: murió a los nueve meses de gastroenteritis. Y eso fue muy duro porque apenas hacía 22 días habíamos enterrado a su papá. A Luis Lorenzo se lo llevó la hepatitis: esa enfermedad que lo pone a uno pálido y amarillo. Como en esa época no había carnet para que lo atendieran a uno en urgencias, usted tenía que tener plata para que el médico fuera a la casa y para comprar las medicinas. Y como nosotros éramos tan pobres, nadie pudo atender a Luis Lorenzo.

Él murió el 31 de diciembre de 1977, en un hospital de Cartagena, pero nos tocó esperar hasta el 2 de enero para ir a verlo, porque los primeros de enero no funcionaba el transporte público. Ese día lo recogimos y amanecimos en la casa con él, porque así eran los velorios antes. En esa época, si usted estaba velando a un muerto, ni siquiera cerraba la puerta de la casa. En cambio ahora nos toca encerrarnos porque puede entrar un ladrón, llevarse todo y dejarnos na'más con el muerto. Ahora mismo uno no está seguro ni en su propia casa.

El 'Lore' nació siendo un niño grande y blanco. Era un bebé tranquilo, que sólo lloraba cuando tenía hambre. Empezó a ir al colegio a los 6 años con sus hermanos mayores. Los profesores aceptaron que empezara tan pequeño para que no se quedara en la casa llorando cuando se iban sus hermanitos, como siempre ocurría.

Cuando era un pelao le gustaba mucho la calle; siempre se iba sin camisa y sin zapatos. Una vez llegó a la casa con una cortada en la planta del pie y el papá quería recibirlo con un correa, pero doña Lucila no dejó. Lo llevó al hospital y estuvo con él hasta que se puso mejor. Así son las mamás.

El 'Lore' era muy amiguero. Le gustaba mucho jugar con barriletes, que son las mismas cometas pero en la costa los llamamos así: barriletes. También jugaba trompo y "bolita uñita", el juego de las bolitas de cristal. Le gustaba mucho ir a los arroyos y matar pájaros y unas lagartijas pequeñas, que por aquí les dicen "lobos". Pero sobre todo, le gustaban los barriletes: los hacía con papeles de colores, no como ahora que los forran con bolsas.

Para ser honestos, en el colegio no le iba tan bien. Tocaba pelear con él para que hiciera las tareas, pero nunca perdió un año. Él era de esos que llegan el viernes a la casa, tiran el bolso en la mesa y lo vuelven a coger el lunes para ir a estudiar. Le gustaba sentarse en el puesto de la ventana para estar viendo los barriletes. Y a cada rato llamaban a la mamá a ponerle quejas, a decirle que el muchacho no estaba parando bolas en clase por estar mirando al cielo.

En segundo de bachillerato dijo que no iba más, que no quería volver a estudiar. ¿Y nosotros qué podíamos hacer? Empezó a ayudarlo a la mamá en la casa. Lava-

ba los platos y hacía los oficios, mientras las hermanas estaban en el colegio. También hacía los mandados. *‘Niño’, ve a comprar esto. ‘Niño’, ve a comprar lo otro*, le decía la mamá.

El ‘Lore’ tenía su carácter. Le decíamos que era un cascarrabias. Pero con nosotros, su familia y sus amigos, era un niño cariñoso. Era muy callado y reservado: un “come callado”, como decimos por aquí. No le gustaba contar, por ejemplo, cuando tenía novia. Después supimos que sí tenía una, Zoli Barrios, una muchacha que murió en un accidente en Barranquilla. Nos dijeron que por aquí también tuvo otra novia que sintió mucho su muerte.

Le gustaba el trago, eso sí. Pero nadie puede decir que le gustaba buscar pelea y a nadie le quedó debiendo ni un peso.

Cuando estaba más grandecito empezó a trabajar con Julio Sánchez, el dueño de la funeraria de San Juan. Si don Julio iba a buscar un muerto, él lo acompañaba y se encargaba de llenar los papeles y todo eso. Luego lo dejó y empezó a trabajar como mensajero con ‘Lucho de Oro’, un abogado. Él era muy bueno para hacer favores.

De grande, se preocupaba mucho por la ropa. No le gustaba que estuviera mal lavada ni trajinada y por eso prefería lavarla él mismo. Le gustaba estar limpio. Seguía siendo cascarrabias pero muy cariñoso con la familia, quería mucho a sus ocho sobrinos. Cuando nos lo mataron, el ‘Lore’ tenía 34 años y era soltero; no dejó hijos. Tenía las cejas negras, tupidas, el pelo negro, un bigote delgadito, orejas grandes y ojos claros y “agatados”, igualitos a los de su papá. Era flaco y alto; medía como 1,80.

El 30 de agosto de 2002 el médico Reyner Castro lo invitó a su cumpleaños y ahí amanecieron. Se fue a acostar como a las cinco de la mañana, “chapeto”, o sea borracho. Al otro día, el hermano del ‘Lore’ llegó a la casa muy temprano, contando que habían matado a unas personas en Los Guáimaros. El ‘Lore’ lo escuchó y se levantó enseguida, todo “chamuscado” de ron. Entre los muertos estaba Francisco Contreras, el hijo de José Luis Contreras, un compadre de la familia.

Esa mañana ‘Lucho de Oro’ llegó a buscarlo, le pitó tres veces y el ‘Lore’ trató de evitarlo, pero terminó saliendo. ‘Lucho’ le dijo que acompañaran a los familiares de las víctimas a buscar sus muertos. Y el ‘Lore’ se embarcó, sobre todo, porque quería acompañar a su compadre, José Luis Contreras. Se fue a ayudar y encontró la muerte.

*¿Qué te vas a ir a buscar al monte?*, le decía la mamá, sabiendo que a él no le gustaba meterse en el campo. *‘Lore’, bájate, bájate*, le suplicó ella. *Nombe, si no me va a pasar nada*, fue lo último que le dijo. Y luego se fueron. ¿Qué más podía hacer la

familia para convencerlo? Ese día tenía un escapulario con una cruz de madera, que le había regalado una muchacha que al parecer era su novia, pero no estamos seguros porque, cuando el hermano le preguntaba por ella, él se molestaba. No le gustaba hablar de esas cosas. Él era así: “come callado”.

Se fue el 31 de agosto y lo trajeron muerto el 4 de septiembre, en una bolsa negra. Como en esa época se iba mucho la luz, en el velorio nos tocó usar un mechón prendido. Ese día la mamá estaba enferma de los nervios. Y los días después sí que sufrió sintiendo que unos hombres iban a llegar a tocar la puerta, a matar al resto de la familia.

No era miedo al ‘Lore’, porque el muerto no hace daño, sino a que fueran a acabar con todos. Como decían que los paramilitares podían estar involucrados, y ellos no respetaban nada, la atacó el miedo de que iban a llegar por los otros. Sufría mucho por las noches, cuando se iba la luz; con el tiempo se cansó de sentir miedo y se fue a vivir con una hija a Cartagena. Desde eso le teme a la oscuridad: no es capaz de dormir sin una luz prendida.

Como las hermanas y el hermano se habían casado, él era el que sostenía a la mamá y el que pasaba con ella la mayor parte del tiempo. *Vieja, ¿qué vamos a comer?*, le decía cada noche y ella respondía: *Lo que tu quieras hijo*. Le encantaba el mote de queso y en general no era complicado para la comida. Comía de todo. Lo único que no le gustaba, al igual que a su hermana Diana, era el bollo de mazorca. ¡Y cómo es de bueno! Ni la mazamorra de maíz, que bien deliciosa que es. Le encantaba el mondongo. Y el ron Tres Esquinas también: ahí sí se perdía. Si podía tomar toda la noche, toda la noche tomaba. Pero a nadie le quedó debiendo ron.

Todos sentimos mucho la muerte de ‘Lore’. Acá en San Juan lo querían mucho porque servicial sí era. Si usted le pedía un favor, él ahí mismo se lo hacía. Nosotros sí lo extrañamos mucho. ¡Uf!



Alicia Serrano

## RAFAEL GUSTAVO SANTANA MANJARREZ, EL 'LELE'

*Este testimonio es el resultado de entrevistas a Alicia Serrano, esposa; Rafael Gustavo Santana, hijo; Julio Santana, hermano; Ana Marcela y María Alejandra, hijas, de Rafael Gustavo Santana Manjarrez.*

'Rafa', o el 'Lele,' era el menor de seis hermanos, o sea el "bordón", como se le dice al hijo menor de una familia aquí en la costa.

Era hijo de Manuel Santana y Ana Manjarrez. Y hermano de Manuel, Emilia, Julio, José, Rafael, Álvaro y Germán, a quien todo el mundo conoce como el 'Chirro'. Todos ellos se criaron en la casa del abuelo Juan Manjarrez, que quedaba por la Plaza Olaya de San Juan Nepomuceno. Era una casa enorme que tenía construidas otras tres casas de palma atrás en el patio. Ahí vivíamos tres familias.

Nuestra familia es de campesinos. Toda la vida, desde chiquitos, trabajamos el monte: cultivamos ñame, yuca, maíz y arroz. Éramos muy unidos, sobre todo el 'Lele' y José, que en su época de juventud eran inseparables. Salían a bailar juntos. Se parecían hasta en la personalidad. Es que el 'Lele' era bien juguetón. Se daba a querer.

Casi ninguno pudo estudiar; sólo tres: José, el 'Chirro' y el difunto 'Rafa', que hizo hasta cuarto de primaria. Él era muy dedicado a la escuela y buen estudiante. ¡Lástima que no pudo llegar más allá porque no había recursos!

Al 'Lele' le gustaba la fiesta pero no demasiado; no era de amanecer. Y era muy noviero.

A Alicia Serrano, la esposa, la conoció cuando ella tenía 15 años y él 27. Ella vivía en la vereda el Hobo de San Juan Nepomuceno, y él empezó a ir muy seguido por allá porque trabajaba como ayudante de un conductor. Desde que la vio, comenzó a coquetearle, a chiflarle, a enamorarla, a decirle *tú sí que me gustas*. Duraron dos años de novios. Y un primero de enero, el último día de las fiestas taurinas de San Juan, él le propuso que se fueran a vivir juntos. Ella dijo que sí y no volvieron a separarse. Se fueron a vivir con los papás del 'Lele' y su hermano Álvaro al barrio Paraíso.

Alicia tenía una hija que se llama Ana Luz y que en ese tiempo tenía 3 años. Cuando el 'Lele' le hizo la propuesta le dijo: *Si yo te quiero a ti, la quiero a ella también. Lo que te vaya a dar a ti se lo doy a ella*. Y así fue. La crió como si fuera su propia hija. Después tuvieron a Rafael, Maira y Ana Marcela.

Al 'Lele' lo recordamos siempre riéndose; ese nunca andaba bravo. Era muy chusco y juguetón. Un moreno de más o menos 1,65 de altura. Tenía el pelo indio y negro, los ojos oscuros, las cejas pobladas y un bigote que nunca se quitó.

Le gustaba mucho manejar carro. Y se hizo hombre así, manejando. Primero trabajaba como ayudante y luego se volvió conductor de jeeps y camiones. Transportaba gente y mercancía; ñame, yuca, maíz, lo que hubiera en el campo. Él trabajó para mucha gente del pueblo: para los Tapias, para el 'Negro' de Ávila, para Gabriel Rodríguez, para Rubén Serrano, para Armando Núñez, para 'Joche' Leones. El último carro que manejó fue el de Adrián Rodríguez, que fue el carro en el que iban los siete que mataron el 31 de agosto de 2002.

Su hijo Rafael fue su ayudante un tiempo pero él nunca se atrevió a soltarle el volante. *En el próximo viaje te lo doy*, le decía, y eso nunca sucedió. El 'Lele' quería cuidar al niño, evitar que cualquier cosa mala le pasara. Se querían mucho. Él era sólo risas con sus hijos. No perdía oportunidad para jugar con ellos: los cogía a cosquillas, los cargaba en los hombros.

Rafael y Maira lo esperaban despiertos todas las noches, y cada uno se le colgaba en una pierna apenas cruzaba la puerta. Los niños le quitaban los zapatos, le ponían el abanico cerquita y Alicia le llevaba la comida. Rafael y Maira se sentaban a verlo comer, esperando a que él les diera un sobradito.

A Ana, la menor, la “bordona” o la “bordi”, como él le decía, le gustaba era sobarle el estómago y preguntarle: *Papá, ¿hasta dónde te va a llegar la barriga?* Ella era la consentida. Él no quería fiesta con ella –así decimos en la costa cuando uno no quiere que nada malo le pase a un ser querido y lo cuida y lo protege mucho–. Cuando les daba permiso para ir al parque, tenían que estar en la casa a las ocho en punto de la noche. Si se pasaban, no los dejaba salir la próxima vez. Y ellos siempre le obedecían, lo respetaban mucho. Sus hijos sólo lo vieron enojado una vez en la vida que llegó de la calle y le pegó a ‘Rafa’ sin razón. Quién sabe qué rabia traía de afuera. En cambio la mamá, Alicia, sí les pegaba cuando era necesario pero a escondidas de él porque se ponía bravo.

Como el ‘Lele’ vivía tan cansado, siempre que se sentaba a hacer una visita se quedaba dormido. Le gustaba dormir sentado. ¡Es que la vida de un chofer es muy brava! Madrugaba mucho y llegaba como a las diez o a las once de la noche a la casa.

El 31 de agosto no fue a trabajar porque tenía el carro varado. Por la mañana estaba sentado en la entrada de la casa, fumando, cuando llegaron a pedirle que acompañara a una gente a Los Guáimaros porque al parecer habían matado a varios trabajadores. Él les dijo que el carro estaba malo y entre todos recogieron 150.000 pesos para arreglar la batería. *Voy a buscar unos muertos y vengo ahorita. No me demoro, dijo. ¿No vas a desayunar?*, le preguntamos y él respondió que no, que ahorita. Le dejamos el desayuno tapado para más tarde. Se acababa de pegar un baño y se fue todo planchadito. Tenía una camisa rosada, unos zapatos café y un pantalón de tela gris.

El almuerzo también se quedó servido. Y la comida, porque por la noche tampoco apareció.

Nos cansamos de esperarlo y nos fuimos a dormir. En un momento de la noche, Alicia sintió que el ‘Lele’ entró al cuarto, la tocó y le dijo: *Mija, ya llegué.* Luego sintió que se sentó en la cama, se puso a comer del plato de comida que estaba en la mesita del lado y se acostó. Ella siguió durmiendo tranquila pero cuando se despertó no lo encontró.

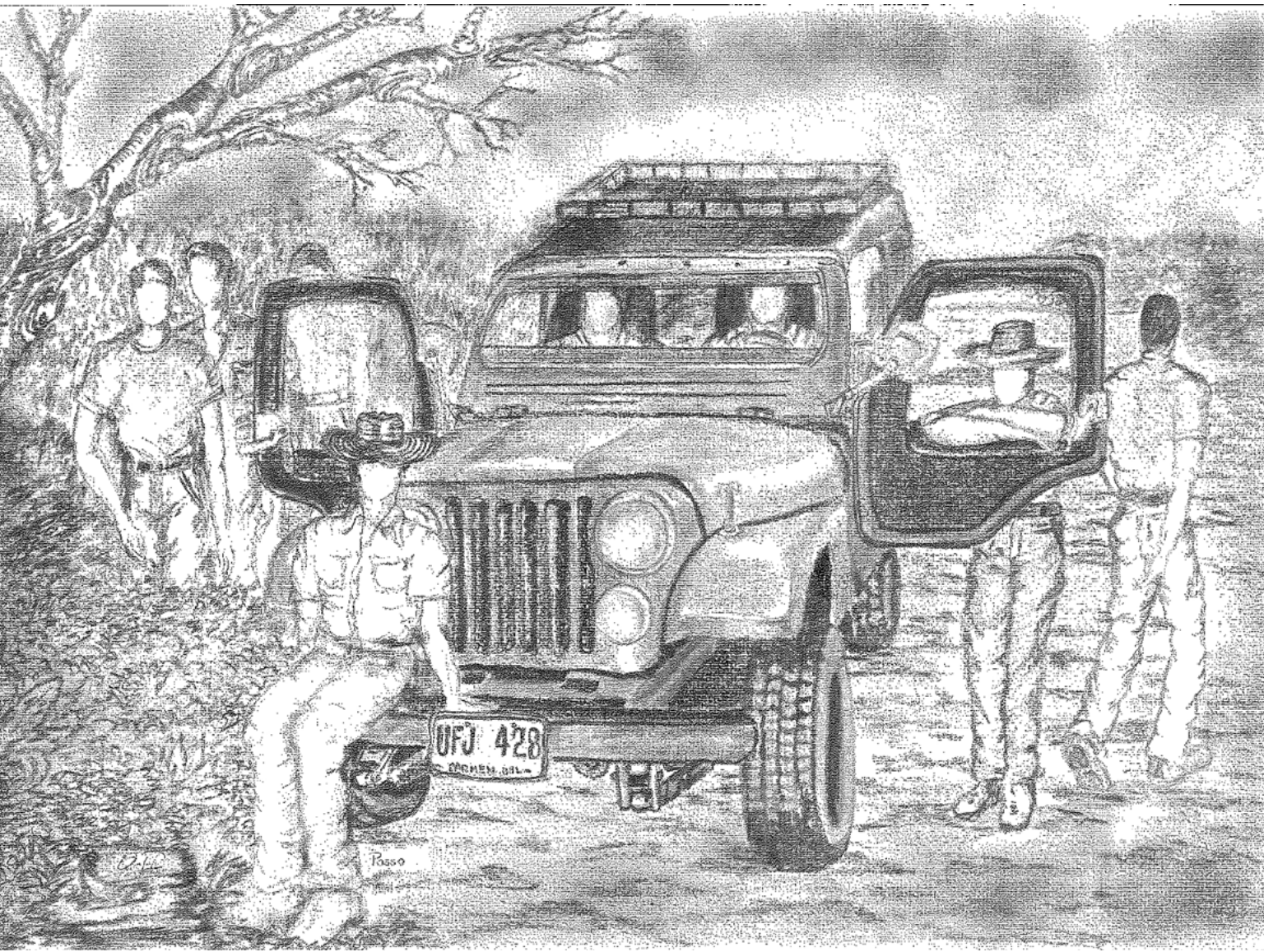
Los siguientes días Alicia se quedó con la sensación de que el ‘Lele’ iba a llegar golpeando desde afuera la ventana del cuarto, como hacía siempre para avisar que ya estaba en casa. Y así fue hasta el 4 de septiembre, que su cuerpo llegó a San Juan. Alicia tuvo que ir al cementerio a reconocerlo y sólo estuvo segura de que era él, cuando vio la cicatriz del lado derecho del abdomen que le dejó la cornada de un toro en unas corralejas. Esa vez el animal lo puyó muy cerca del hígado y tuvieron que cogerle 17 puntos.

La ida del 'Lele' cambió todo en la familia. Rafael tuvo que salirse del colegio –tenía 16 años y estaba en tercero de bachillerato– para irse a trabajar a Cartagena con un primo y poder aportar a la casa. Vendía unas mil naranjas al día en el mercado, y les mandaba a sus hermanas y a su mamá entre 40.000 y 50.000 pesos cada dos días. Cuando Alicia pudo recuperar las fuerzas, porque la muerte del 'Lele' la dejó muy adolorida, empezó a trabajar haciendo aseo en casas de familia. Lo mismo hizo Ana, la menor, que en ese momento tenía 12 años. Maira, que tenía 15, se fue a vivir y a trabajar como empleada del servicio en la casa de 'Joche' Leones, el exjefe de su papá.

Desde ese momento las cosas no han sido fáciles pero nos mantuvimos siempre unidos para sobrellevar el dolor y salir adelante. Teníamos que acompañar a Alicia, que quedó muy desanimada y triste: se la pasaba llorando. Siempre nos preguntamos qué pudo estar sintiendo el 'Lele' cuando vio de frente a los hombres que lo iban a matar, porque él era muy miedoso. ¿Qué les habrá dicho? ¿Cuánto les habrá rogado para que no le hicieran daño? Cuando trabajaba en el campo, no le gustaba que le cogiera la noche. Le tenía miedo a las culebras, al monte. Le tenía pánico a las agujas y a los hospitales. Tenía que operarse dos hernias y nunca lo hizo. Y cuando le dolía una muela se metía ácido de batería con un algodón, con tal de no ir al médico; decía que el ácido mataba el nervio y la muela dejaba de doler.

Fue un gran hombre, un gran papá. Nosotros decimos que él aceptó ese trabajo, ir a recoger a las víctimas de Los Guáimaras, porque estaba desesperado. Él nunca aceptaba un viaje para recoger muertos; ya varias veces se lo habían pedido y había dicho que no. Pero en ese momento llevaba cuatro días sin trabajar y quería ganarse unos pesitos para la comida de la casa. Claro, también quería ayudar a las familias de las víctimas. Pero, sobre todo, estaba desesperado sin trabajar.

A todos nos tocó seguir adelante, pero no lo olvidamos. Al 'Lele' nunca vamos a olvidarlo.



## PARTE TRES

# RUTAS JURÍDICAS POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

*Alejandro Jiménez Ospina*

Después de la masacre de sus seres queridos en las fincas Los Guáimaros y El Tapón, los días 30 y 31 de agosto de 2002, los familiares fueron testigos del olvido y el desinterés del Estado por cumplir con su obligación de garantizar justicia y verdad. Sin embargo, desde el 2013 empezaron a organizarse para tener una participación activa en el caso. A partir de ese momento, se han reunido con innumerables entidades públicas y privadas que los apoyaron, por ejemplo, en la realización de los primeros actos conmemorativos.

En el 2016, por primera vez, San Juan Nepomuceno les rindió un homenaje a las 15 víctimas, en las fechas en que ocurrieron los hechos. Los familiares celebraron una misa campal en el parque, invitaron a los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad San Buenaventura, sede Cartagena, interesados por el conflicto y los procesos de justicia transicional, y lanzaron globos blancos al cielo; organizaron un foro con la presencia de víctimas de otros lugares de la región, con quienes compartieron experiencias sobre reconciliación y paz, y colgaron en el palacio municipal un gran pendón con las fotos de las víctimas. El exponer esos rostros públicamente puso al pueblo a hablar de las historias que había detrás y fortaleció el reclamo por la justicia y la verdad.

Pero, antes de todo esto, se hicieron ejercicios de memoria con el Colectivo

de Comunicaciones Línea 21 de Montes de María, que fueron claves para el avance en el proceso. Muchos de los familiares de las víctimas se reencontraron en esos días; otros, incluso, no se conocían. Los ejercicios de memoria permitieron ir tejiendo una visión común, que se ha ido fortaleciendo.

En el 2017, también de la mano de algunos aliados, organizaron una misa especial en la iglesia con un video-homenaje que realizaron junto a profesores y estudiantes de Comunicación Social de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional del Caribe. Durante la jornada, uniformados con sus camisetas “15 años, 15 vidas. Los Guáimaras”, los miembros de las familias propusieron un aplauso colectivo en honor a las víctimas, para concluir una jornada que comenzó con una caminata por las principales calles del municipio. Ese mismo día, también se escuchó en la emisora local un programa dedicado a los 15: los familiares recordaron pasajes de las vidas de sus seres queridos, en los que reivindicaron su condición de campesinos y trabajadores honestos, recordaron la necesidad de tener respuestas de las autoridades e hicieron un llamado a la solidaridad de la población sanjuanera.

El alcalde municipal, Benito Acosta, acompañó los actos, recordando que Montes de María se había convertido en un laboratorio de paz en medio de las negociaciones con las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Y resaltó que San Juan Nepomuceno estaba en la ruta de la reconciliación y la paz, pero que ese ejercicio sólo podía hacerse colectivamente. Además, con apoyo de la Alcaldía se elaboró una placa de mármol con los nombres de las 15 víctimas, la cual se instaló en una esquina del parque Olaya Herrera, debajo de un frondoso árbol que sembró el señor Licinio Herrera Campo: un sanjuanero que se salvó de caer en la masacre.

Desde el año pasado los familiares vienen adelantando un proceso de memoria histórica, del que es producto este libro, que también lleva el sello de la Asociación de Luchadores por la Verdad y la Justicia de Los Guáimaras. Desde las reuniones iniciales de la asociación y en todos los balances de las conmemoraciones, ha estado presente el interés por publicar un libro, un documento o un folleto, en el que estuvieran narradas las vidas de sus familiares. Parte de ese objetivo se cumple con este texto, que tiene como protagonistas las historias de vida de los 15, construidas, entre todos, con recuerdos que permiten mantener viva su memoria.

Una vez que se unieron y se organizaron, los familiares de las víctimas han logrado la atención de la Defensoría del Pueblo, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la Unidad para las Víctimas, la Alcaldía Municipal de San Juan Nepomuceno, la Fiscalía General de la Nación y organizaciones sociales y procesos regionales de garantía de derechos para las víctimas.

Al momento de imprimir este libro están a punto de cumplirse 16 años de lo ocurrido y todo, aparentemente, sigue igual. No obstante, debe valorarse que hay un mayor compromiso de las autoridades investigativas y del Ministerio Público por encontrar respuestas para las víctimas, de acuerdo con el compromiso del Estado con la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición.

Las investigaciones han estado en cabeza de la Fiscalía General de la Nación, a través de sus agentes en la justicia ordinaria y en la justicia transicional, y hay indagaciones en curso en por lo menos tres despachos judiciales: en una fiscalía de Derechos Humanos de Barranquilla, que revisa la participación de las FARC-EP en los hechos; y dos en fiscalías de Justicia y Paz, de la misma ciudad, en las que se plantea la posible participación de grupos paramilitares.

Para poder comprender las implicaciones jurídicas de las investigaciones y entender qué rutas podrían seguir este caso y los de otros miles de víctimas del conflicto armado que tampoco han tenido respuesta, a continuación realizamos un análisis al respecto.

Para empezar, hay que recalcar que la necesidad de verdad y justicia hacia las víctimas requiere una respuesta por parte del Estado a partir de la investigación, juzgamiento y sanción de los responsables. Además, debe haber una reparación adecuada y se deben implementar medidas para garantizar la no repetición de este tipo de violaciones a derechos humanos. Ese deber lo reconocen tanto la ley colombiana como el derecho internacional; el problema está en la práctica: en la respuesta de los organismos investigativos cuando conocen los hechos, y en la diligencia con la que realizan luego las investigaciones y los juicios.

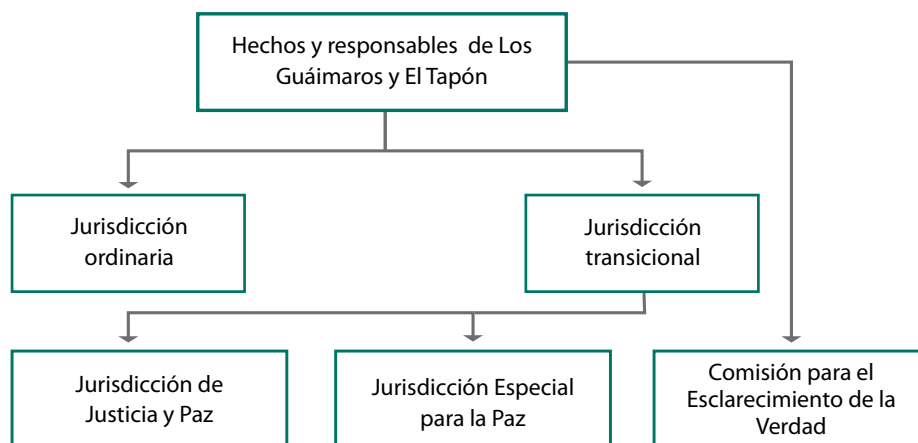
Es difícil evaluar las investigaciones penales y la búsqueda de verdad sobre los hechos de Los Guáimaras y El Tapón, pues la información recolectada por las autoridades está sometida a reserva. Sin embargo, exploraremos lo poco que conoce la comunidad hasta ahora, dejando claro que nada de eso ha respondido a la necesidad de verdad y justicia de los familiares.

Este capítulo pretende mostrar cuáles son los caminos que se deberían recorrer para encontrar justicia y qué instituciones tienen el deber de apoyar a las víctimas en ese camino, a partir de qué normas y bajo cuáles lógicas.

El panorama actual de la justicia penal para violaciones a derechos humanos en el conflicto colombiano obliga a revisar quién es el posible victimario. Pero hay que tener en cuenta que hoy es diferente juzgar a antiguos integrantes de grupos paramilitares que a miembros de la Fuerza Pública, desmovilizados de las FARC o

guerrilleros de otros grupos o en disidencia. Esto es así porque en la historia reciente del país distintos Gobiernos han llegado a acuerdos con grupos armados para lograr su desmovilización y desarme y a partir de estos acuerdos se han creado formas de justicia especiales para investigar, juzgar y sancionar los delitos cometidos por quienes se desmovilizaron.

*Gráfica 1 – Instituciones involucradas en la búsqueda de verdad y justicia por los hechos de Los Guáimaras y El Tapón*



Por ejemplo, en el período de la presidencia de Álvaro Uribe Vélez se acordó con los paramilitares la creación de un proceso penal especial, bautizado Justicia y Paz. En virtud de este los integrantes de grupos paramilitares que se desmovilizaron en esa época deben ser juzgados por unos jueces penales especiales y bajo un procedimiento diferente. En el caso de las FARC, se llegó a un acuerdo similar con el Gobierno de Juan Manuel Santos: se pactó la creación de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) para investigar y juzgar los delitos cometidos en el conflicto por algunos actores, entre ellos los antiguos combatientes de las FARC, que en principio deben ser juzgados allí y no por un juez penal ordinario.

Entonces, para saber cuáles son los caminos que tienen que transitar las víctimas de graves violaciones a derechos humanos es necesario pensar en quiénes son los posibles victimarios. Como hasta ahora la respuesta del Estado colombiano no ha permitido identificar claramente quiénes cometieron la masacre de Los Guáimaras y El Tapón, se podrían establecer tres hipótesis: (i) que los autores fueron miembros de grupos paramilitares, (ii) que quienes cometieron el hecho pertenecían a la guerrilla de las FARC-EP, y (iii) que la responsabilidad incluye a integrantes de las fuerzas ar-

madas y de policía estatales, por acción u omisión. Cada una de estas posibilidades tiene un camino diferente por recorrer en la búsqueda de verdad y justicia.

Como aparece en la Gráfica 1, en la actualidad hay tres sistemas que podrían tener competencia para la investigación y sanción de los responsables por la masacre de Los Guáimaras y El Tapón: (i) la justicia ordinaria; (ii) la jurisdicción de Justicia y Paz y, (iii) las instituciones creadas en el Acuerdo Final de Paz, firmado por el Gobierno y las FARC.

## LA JURISDICCIÓN PENAL ORDINARIA

Cuando ocurrió la masacre, la investigación de graves violaciones a los derechos humanos estaba en manos de la jurisdicción penal ordinaria, específicamente de la Fiscalía General de la Nación, que se rige por el Código Penal y el Código de Procedimiento Penal, aplicable a todas las personas que estén en Colombia en circunstancias normales.<sup>1</sup> En este caso, la investigación comenzó en una Fiscalía de Derechos Humanos de Barranquilla.

El procedimiento penal para esta masacre contempla dos partes: una de instrucción y otra judicial. En la primera parte del proceso la Fiscalía recibe la denuncia de los hechos o los conoce por otro medio e inicia una investigación previa; luego decide si abre una investigación en toda regla, comienza a diseñar las hipótesis, recolecta las pruebas y, si la investigación es exitosa, identifica a los posibles responsables y les informa que comenzará un juicio en su contra. Todo esto ocurre sin que haya un juez involucrado. La propia Fiscalía debe encargarse de las autorizaciones necesarias y de verificar las actuaciones de sus funcionarios.<sup>2</sup>

La segunda parte del proceso, que comienza con la acusación de los presuntos responsables, se lleva ante un juez. Aquí la Fiscalía actúa como acusadora y el procesado debe defenderse de las acusaciones. El juez tiene el rol de un tercero imparcial, que se encarga de dirigir el juicio desde el respeto a los derechos y garantías del procesado y culminarlo con una sentencia en la que decida si la persona es inocente o culpable.<sup>3</sup>

---

1 El Código Penal es la Ley 599 de 2000, mientras que el Código de Procedimiento Penal vigente para la época de los hechos de Los Guáimaras era la Ley 600 de 2000, que luego sería reemplazada por la Ley 906 de 2004.

2 *Vid.* Ley 600 de 2000, arts. 311 a 399.

3 *Vid.* Ley 600 de 2000, arts. 400 a 412.

Por eso, en el caso de Los Guáimaros y El Tapón, a partir del momento en que la Fiscalía conoció los hechos, debía dar inicio a una investigación penal con el fin de identificar a quienes participaron en la masacre y someterlos a juicio. Estos responsables podían ser de cualquier tipo: no importaba los cargos que desempeñaran, ni si pertenecían o no a un grupo armado organizado, o si eran agentes del Estado. No importaba si se trataba de guerrilleros, paramilitares, militares, policías, políticos o empresarios: si la Fiscalía encontraba que podían tener responsabilidad, debían ser investigados.

Según el procedimiento penal que estaba vigente cuando ocurrieron los hechos, las víctimas tenían la posibilidad de participar, con algunas condiciones. Con este propósito, era necesario que se constituyeran como parte civil dentro del proceso, a través de un abogado;<sup>4</sup> para esto, en principio, es necesario conocer que existe una investigación o proceso penal. En el pasado, se pensaba que la figura de la parte civil tenía como único fin que las víctimas logaran una indemnización luego del proceso penal. Sin embargo, después de varias sentencias de la Corte Constitucional,<sup>5</sup> se comenzó a hablar de que las víctimas también tenían derechos especiales: verdad, justicia, reparación y no repetición.

Desde el momento en que una persona solicitaba ingresar al proceso como parte civil y era aceptada por el funcionario judicial, tenía derecho a participar de forma activa. Eso incluía pedir pruebas para el esclarecimiento de la verdad o para demostrar quién era responsable, y presentar recursos cuando una decisión la afectara.<sup>6</sup>

## EL MODELO DE JUSTICIA PARA LOS PARAMILITARES: JUSTICIA Y PAZ

Entre 2003 y 2005 el Gobierno realizó un proceso de negociación con distintos grupos paramilitares, entre ellos las Autodefensas Unidas de Colombia y las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, con el objetivo de lograr su desmovilización, desarme y reinserción (Gómez Isa, 2007) (Ronderos, 2014).

Cuando acordaron la desmovilización, el Gobierno empezó a recibir fuertes presiones por parte de organizaciones de víctimas, sociales y de defensa de derechos humanos, e incluso del propio Congreso de la República, para que reconociera

---

4 *Vid.* Ley 600 de 2000, art. 137.

5 *Vid.* Corte Constitucional. Sentencia C-228 de 2002. M.P. Manuel José Cepeda Espinosa y Eduardo Montealegre Lynett. Corte Constitucional. Sentencia C-875 de 2002. M.P. Rodrigo Escobar Gil.

6 *Vid.* Corte Constitucional. Sentencia T-694 de 2000. M.P. Eduardo Cifuentes Muñoz.

su obligación de investigar, juzgar y sancionar a los miembros de estos grupos que cometieron graves violaciones a derechos humanos durante el conflicto armado interno (Palau van Hissenhoven, 2006). Luego de difíciles discusiones, el Congreso expidió la Ley 975 de 2005 o Ley de Justicia y Paz, que diseñó un proceso penal especial para los delitos más graves cometidos por los paramilitares desmovilizados durante el conflicto.<sup>7</sup> El trato era el siguiente: si los excombatientes colaboraban con la verdad,<sup>8</sup> recibían una pena reducida. Además, existía otra norma que les otorgaba tratamientos especiales por los otros delitos.<sup>9</sup> El proceso comenzaba con la desmovilización del grupo o del individuo. Luego rendían una versión libre ante la Fiscalía, en la que debían aportar a la verdad y a la justicia con sus relatos sobre lo ocurrido. Después, la Fiscalía verificaba e investigaba lo que habían dicho. Y finalmente los llevaba a juicio ante los jueces y tribunales de Justicia y Paz.<sup>10</sup>

Desde que se empezó a implementar la Ley de Justicia y Paz, los delitos cometidos por antiguos miembros de grupos paramilitares y desmovilizados individuales ya no podían ser investigados o juzgados a través del procedimiento penal ordinario. A pesar de que la Fiscalía era la institución encargada de la investigación, había una sección, unos jueces y unos tribunales especiales para estos juicios, que se conocían como jueces de Justicia y Paz, diferentes a los que juzgaban a las demás personas.

Esto quiere decir que a partir de ahí no era posible investigar al mismo tiempo a paramilitares y no-paramilitares por haber cometido un delito en el marco del conflicto armado, así participaran en los mismos hechos. Por ejemplo: si un paramilitar perpetraba una masacre bajo órdenes de un oficial del Ejército, la investigación contra el paramilitar la debía llevar Justicia y Paz y la del oficial del Ejército, la justicia ordinaria. La explicación de esto es que en el proceso de Justicia y Paz el desmovilizado tenía que colaborar con la justicia si quería obtener una reducción considerable de la sanción y, a cambio de esos tratos especiales, debía comprometerse a dejar de delinquir, a entregar las armas y a colaborar con la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas.<sup>11</sup> En cambio, el oficial del Ejército no había hecho ningún acuerdo con el

---

7 Vale aclarar que el procedimiento de Justicia y Paz también era aplicable a los integrantes de otros grupos armados al margen de la ley, como guerrillas de las FARC-EP y ELN, entre otros, que se desmovilizaran individualmente.

8 Vid. Ley 975 de 2005, art. 3.

9 Vid. Ley 418 de 1997, art. 50.

10 Vid. Ley 975 de 2005.

11 Vid. Ley 975 de 2005, arts. 3, 10 y 11. Corte Constitucional. Sentencia C-370 de 2006. M.P. Manuel José Cepeda Espinosa *et al.* Corte Constitucional. Sentencia C-575 de 2006. M.P. Álvaro Tafur Galvis.

Estado; además, cometió un delito y traicionó la confianza que los ciudadanos depositaron en él como servidor público, por lo que tendría que ser investigado y juzgado con toda la severidad del caso.

Hasta aquí, hemos planteado dos caminos para investigar los hechos de Los Guáimaras y El Tapón. Por un lado Justicia y Paz, que era responsable de todos los delitos relacionados con antiguos miembros de grupos paramilitares que se desmovilizaron en el Gobierno de Álvaro Uribe, y de miembros de las FARC-EP u otros grupos guerrilleros que se desmovilizaron individualmente en esa época. Y, por el otro, la jurisdicción ordinaria, que se encargaba de otros presuntos responsables, entre ellos guerrilleros, militares, policías, políticos.

## UN NUEVO ACERCAMIENTO: LA JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

En diciembre de 2016, luego de una larga negociación, el Gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC-EP alcanzaron un acuerdo para la desmovilización, desarme y reinserción de esa guerrilla. En ese proceso también se reconoció la obligación de investigar, juzgar y sancionar los delitos más graves cometidos por la guerrilla en el marco del conflicto armado interno, para lo cual se acordó la creación de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).<sup>12</sup>

Eso significa que además de la jurisdicción ordinaria y la jurisdicción de Justicia y Paz, se creó una nueva justicia para investigar, juzgar y sancionar a personas que cometieron delitos graves en el marco del conflicto armado, como la masacre de Los Guáimaras y El Tapón. Adicionalmente, este nuevo sistema tenía una particularidad: no sólo estaba hecho para guerrilleros de las FARC-EP que se desmovilizaron, sino que tenía competencia sobre otras personas que hubieran cometido delitos graves, como los miembros de las fuerzas armadas del Estado, los servidores públicos y los llamados terceros civiles, es decir, personas que sin hacer parte de ninguno de los bandos, participaron en delitos cometidos dentro de la guerra.

Luego de una decisión de la Corte Constitucional,<sup>13</sup> los servidores públicos y los terceros civiles que den su autorización, pueden ser investigados, juzgados y sancionados por la JEP. ¿Por qué alguien se sometería voluntariamente a la Jurisdicción

---

12 *Vid.* Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, punto 5.1.2.

13 *Vid.* Corte Constitucional. Sentencia C-674 de 2017. M.P. Luis Guillermo Guerrero Pérez –a la fecha sólo está disponible el comunicado de prensa–.

Especial para la Paz? Porque así como sucede con Justicia y Paz, en la JEP se otorgan penas reducidas a quienes colaboren con verdad y reparación, y se comprometan a no delinquir más.<sup>14</sup>

Aquí aparece, entonces, una nueva opción para investigar los hechos de Los Guáimaras y El Tapón, que se suma a los caminos que ya mencionamos: Justicia y Paz debe investigar la participación de paramilitares; la JEP debe investigar a guerrilleros desmovilizados, y a miembros de las fuerzas armadas, servidores públicos y terceros civiles que se sometan voluntariamente a ella; y la jurisdicción ordinaria, a servidores públicos y terceros civiles que no se sometan a la JEP, así como a los miembros de guerrillas que no se desmovilizaron.

La JEP es, pues, un nuevo sistema penal que les permitiría a las víctimas continuar su búsqueda de verdad y justicia. Y en este caso, desde el principio existen posibilidades de participar. Según el Acuerdo Final, las organizaciones de víctimas y de defensa de derechos humanos colombianas pueden acudir a la Sala de Reconocimiento de Verdad y Responsabilidad y de Determinación de los Hechos y Conductas, para entregarle información (informes) relacionada con conductas y delitos ocurridos en el marco del conflicto armado.<sup>15</sup>

Al momento de publicar este libro las reglas de juego de la JEP siguen en discusión en la Corte Constitucional, pero se ha expedido la sentencia sobre el Acto Legislativo 01 de 2017,<sup>16</sup> que sienta las bases constitucionales para su operación. Allí se estableció que debe permitirse la participación efectiva de las víctimas, de acuerdo con los estándares nacionales e internacionales sobre acceso a la justicia.<sup>17</sup>

## LA COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD

Además de la JEP, el acuerdo entre el Gobierno y las FARC-EP incluye también la creación de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. La misión de esta entidad es reconstruir el conflicto armado co-

---

14 *Vid.* Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, punto 5.1.2. Acto Legislativo 01 de 2017, art. 5.

15 *Vid.* Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, punto 5.1.2.

16 *Vid.* Corte Constitucional. Sentencia C-674 de 2017. M.P. Luis Guillermo Guerrero Pérez –a la fecha sólo está disponible el comunicado de prensa–.

17 *Vid.* Proyecto de Ley Estatutaria de la Administración de Justicia en la Jurisdicción Especial para la Paz, art. 14.

lombiano desde distintos puntos de vista, con inclusión de las graves violaciones a derechos humanos cometidas por los distintos actores.<sup>18</sup> Allí, con la participación de víctimas, victimarios, académicos y medios de comunicación, los comisionados y las comisionadas de la verdad escucharán las distintas versiones, recogerán información y emitirán un informe que ayude a la construcción de un relato conjunto sobre el conflicto armado interno colombiano.

Este es un escenario distinto a los anteriores porque esta comisión no se enfoca en la responsabilidad penal de las personas que cometieron delitos en el conflicto, sino en construir un relato que contribuya al esclarecimiento de los hechos y a dar una explicación amplia a la guerra, desde distintas miradas, entre ellas la de las víctimas.<sup>19</sup> Por eso se dice que la Comisión de la Verdad es un mecanismo extrajudicial,<sup>20</sup> porque no está hecha para investigar, juzgar y sancionar a los responsables de los delitos.

Esto abre un abanico de posibilidades de reconciliación mucho más amplio que el de la JEP. La Comisión de la Verdad estará disponible para escuchar los relatos de todas las partes del conflicto, así como de las personas y colectivos que no fueron parte de él pero que se beneficiaron o fueron afectados dentro del mismo. Lo anterior permitirá entender la complejidad del conflicto armado colombiano, las motivaciones e intereses de los actores y, a fin de cuentas, sus distintas realidades. Desde ese contexto sería posible construir un relato conjunto sobre parte de nuestra historia, que le abra las puertas a una sociedad más pluralista y comprensiva con la perspectiva de vida del otro.

En la Comisión de la Verdad las víctimas tendrán que tener un papel central, ya que su obligación es “poner en marcha un proceso de participación amplia, pluralista y equilibrada en el que se oirán las diferentes voces y visiones, en primer lugar de las víctimas del conflicto (...) y también de quienes participaron de manera directa e indirecta en el mismo, así como de otros actores relevantes”.<sup>21</sup> En ese sentido, a la Comisión de la Verdad podrán acudir todas las víctimas del conflicto armado que lo deseen, dentro de las metodologías y mecanismos que los comisionados y las comisionadas diseñen, algo que todavía está en desarrollo.

---

18 Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, punto 5.1.1.1. Acto Legislativo 01 de 2017, art. 2. Decreto 588 de 2017, arts. 2 y 11.

19 *Vid.* Decreto 588 de 2017, art. 2.

20 *Vid.* Decreto 588 de 2017, art. 4.

21 *Vid.* Decreto 588 de 2017, art. 6.

## CONCLUSIONES

De acuerdo con todo lo expuesto, hoy las víctimas de la masacre de Los Guáimaros y El Tapón cuentan, o podrían contar, con cuatro tipos de instituciones en su búsqueda de verdad y justicia. En el escenario actual, este caso puede ser competencia de la **justicia ordinaria** para las investigaciones relacionadas con servidores públicos no combatientes y terceros civiles que no se han sometido a la JEP, y para aquellas que involucran a guerrilleros y paramilitares no desmovilizados. Al mismo tiempo, también tienen competencia **los jueces, tribunales y fiscales de Justicia y Paz** para lo relacionado con paramilitares y guerrilleros desmovilizados en las negociaciones entre el Gobierno Uribe, y una porción del paramilitarismo y aquellos que se desmovilizaron luego de expedida la Ley de Justicia y Paz. Y, además, se abre un escenario para que la **JEP y la Comisión de la Verdad** puedan revisar la responsabilidad de guerrilleros desmovilizados, miembros de las fuerzas armadas estatales y servidores públicos no combatientes y terceros civiles que se hayan sometido a la JEP.

La quietud de estos 16 años de los diferentes órganos de la justicia, llevó a las víctimas a organizarse para incidir ante las autoridades y reclamar sus derechos a la verdad y a la justicia. A partir de su movilización, han logrado poner el foco en su caso, reclamar por la garantía de sus derechos y aportar a las investigaciones penales desde sus capacidades y posibilidades.

Ahora quienes tienen que dar el siguiente paso son las instituciones públicas: deben articularse entre sí, reactivar los mecanismos de justicia viejos (Justicia Ordinaria y Justicia y Paz) y activar los nuevos (JEP y Comisión de la Verdad). Que para esa incidencia las víctimas deban acudir a cuatro tipos de instituciones, debe entenderse como un factor de revictimización y las instituciones deben trabajar conjuntamente para mitigar el impacto de esto.

El mayor problema está en los efectos que la impunidad y el paso del tiempo tienen en la investigación penal. La espera de estos 16 años no sólo ha acumulado dolor, sino que también dificulta la investigación, diluye responsabilidades y obstruye la búsqueda de verdad. Además, pone sobre la mesa un problema de derecho que no debería ser obstáculo en ningún caso: la prescripción de la acción penal.

De acuerdo con el derecho penal colombiano, el Estado deja de tener la posibilidad de sancionar a quien ha cometido un delito cuando pasa un tiempo de-

terminado.<sup>22</sup> Para el caso de las violaciones a derechos humanos que sufrieron las víctimas de la masacre de Los Guáimaras y El Tapón, el término de prescripción rondaría entre los 20 y los 30 años,<sup>23</sup> dependiendo de los delitos que se tomen en cuenta. Para desaparición forzada, tortura o desplazamiento forzado son 30 años; para homicidio y homicidio en persona protegida, son 20 años. Esto significa que a partir del 31 de agosto de 2022 comenzarán a prescribir algunos de los delitos cometidos. Estos son términos bastante extensos y es difícil pensar que una investigación por hechos tan graves pueda demorar más de 20 años; sin embargo, la práctica de la Fiscalía General de la Nación en este caso parece indicar que ese vencimiento puede materializarse.

No obstante, dentro de las normas internacionales y colombianas hay la posibilidad de alargar estos plazos. Si los delitos que se persiguen son calificados como crímenes de lesa humanidad, desaparecería el término de prescripción y la investigación podría tomarse todo lo que fuera necesario, incluso más de 30 años.<sup>24</sup> Esta opción no debe descartarse. Hasta la fecha, la investigación ha sido insuficiente y al parecer no se conocen las circunstancias completas de tiempo, modo y lugar en las que ocurrió la masacre de Los Guáimaras y El Tapón, las motivaciones de quienes la cometieron, ni los otros detalles. Las instituciones deberán avanzar en la investigación para poder determinar si los hechos se pueden considerar como de lesa humanidad.

Una vez la JEP y la Comisión de la Verdad estén configuradas completamente, podrán ofrecer una buena oportunidad para impulsar la búsqueda de verdad y justicia. Entregar informes a la JEP y participar en la construcción de verdad en la Comisión, son oportunidades inmejorables para que las víctimas sean escuchadas y reciban una respuesta institucional clara. El reto ahora es que estas instituciones respondan a las demandas de verdad y justicia de forma adecuada. Como se vio en este escrito, lo que las víctimas conocen hasta el momento es poco e insatisfactorio. Con la misma fortaleza que las llevó a formar la Asociación de Luchadores por la Verdad y la Justicia de Los Guáimaras, los familiares persisten en sus esfuerzos de revelar la verdad y reivindicar la vida de sus seres queridos como campesinos, trabajadores, padres y hermanos. Para eso requieren una actuación decidida y un acompañamiento constante del Estado y sus instituciones.

---

22 Vid. Corte Constitucional. Sentencia C-416 de 2002. M.P. Clara Inés Vargas Hernández.

23 Vid. Ley 599 de 2000, art. 83.

24 Vid. Corte Constitucional. Sentencia C-370 de 2006. M.P. Manuel José Cepeda Espinosa *et al.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Gómez Isa, F. (2007). *Desmovilización paramilitar en Colombia: Entre la paz y la justicia*. Madrid: Universidad de Deusto y FRIDE.
- Ronderos, M. T. (2014). *Guerras recicladas. Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá D.C.: Aguilar.
- Palau Van Hissenhoven, N. (2006). *Trámite de la Ley de Justicia y Paz: Elementos para el control ciudadano al ejercicio del poder político*. Bogotá D.C.: Fundación Social.



## SOBRE LOS AUTORES

**Carolina Gutiérrez Torres.** Periodista de la Universidad de Antioquia consagrada a la escritura, la investigación y las comunicaciones estratégicas en defensa de los derechos humanos. Empezó su carrera periodística en el diario *El Espectador*, donde estuvo cinco años; luego pasó por la redacción de la revista *Semana* y posteriormente se vinculó al equipo de comunicaciones de Dejusticia. Ha recibido el premio del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB), el Premio ¡Investiga! y el premio Álvaro Gómez Hurtado. Y ha sido colaboradora en otros medios de comunicación como Arcadia, la revista Avianca, Pacifista, Vice y Universo Centro. Actualmente es periodista de Dejusticia.

**Alejandro Jiménez Ospina.** Abogado de la Universidad de Medellín y especialista en derecho constitucional de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente cursa la maestría en derecho con profundización en derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido auxiliar docente de las cátedras de Derecho Constitucional Colombiano en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) y de Teoría del Derecho Internacional y Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario de la Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Actualmente es investigador del área de justicia transicional de Dejusticia.

**Irina Junieles Acosta.** Abogada de la Universidad de Cartagena, con especializaciones en ética y filosofía política, y derecho administrativo. Cuenta además

con una maestría en teoría crítica del derecho y la democracia de la Universidad Internacional de Andalucía. Se desempeñó durante varios años como abogada litigante, y en distintos cargos en la función pública. Durante más de 13 años ha sido docente universitaria e investigado temas de justicia transicional, género y derechos culturales. Es columnista del periódico *El Universal* y de los portales web *La Silla Vacía* y *Semana Rural*. Actualmente coordina el trabajo en región y dirige el área de justicia transicional en Dejusticia.



## Por Dejusticia:

Carolina Gutiérrez Torres, Alejandro Jiménez Ospina e Irina Junieles Acosta

## Por la comunidad de familiares de las víctimas de la masacre de Los Guáimaros y El Tapón:

Luz Estela Barrios Flórez	Sergio Herrera Sánchez	Liz Karina Ramírez Barrios
Milena Barrios Flórez	Elizabeth Lang Vergara	Rider Ramírez Barrios
Adalberto Barrios Serrano	Adriana Luna de la Rosa	Elsa Josefa Sánchez Barrios
Carmen Soffa Barrios Serrano	Alicia Luna de la Rosa	Ana Marcela Santana
Isaías Barrios Serrano	Magola Luna de la Rosa	Julio Santana Manjarrez
Marlyn Barrios Serrano	Mariana Luna de la Rosa	María Alejandra Santana
José Joaquín Barrios Serrano	Rodolfo Luna de la Rosa	Rafael Gustavo Santana Serrano
Ernesto Blanco	Yamid Luna de la Rosa	Alicia Serrano de Santana
Casta Isabel Cantillo Roa	Janeth Meléndez	Anabel Serrano Castillo
Elizabeth Campo Herrera	Yesica Meléndez Cárdenas	Amira Serrano Muñoz
José Carlos Contreras Lang	Otto Mercado García	Yurleidys Tapia Campo
José Luis Contreras Lang	Alan Mercado García	Ana Zenaida Yepes Sánchez
Alicia Esther de la Rosa de Luna	Gloria Ortega Hernández	Luis Yepes Muñoz
Dolores García Sierra	Gina Ortega Pardo	Luz Marina Yepes
Carmen María Herrera Barrios	Enith Pardo de Ortega	Mercedes Yepes Muñoz
Jennifer Herrera Sánchez	Lucila Quintana Luna	



 **Dejusticia**  
derecho · justicia · sociedad

